

No. 34

(21/11/1919)

\$1.20



Para Todos

M. R.

Es Propiedad





Punta de Lobos

**LA MAS REFINADA
SABROSA Y PURA**



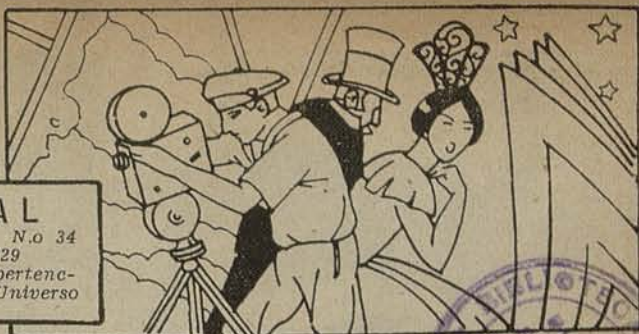
PARA TODOS

REVISTA QUINCENAL

AÑO II

N.º 34

Santiago de Chile, 22 de enero de 1929
Es propiedad de la Empresa "Zig-Zag", perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo



EL HOMBRE QUE SE PARECE A VALENTINO

Por CARLOS F. BORCOSQUE

DESDE HOLLYWOOD PARA "PARA TODOS"

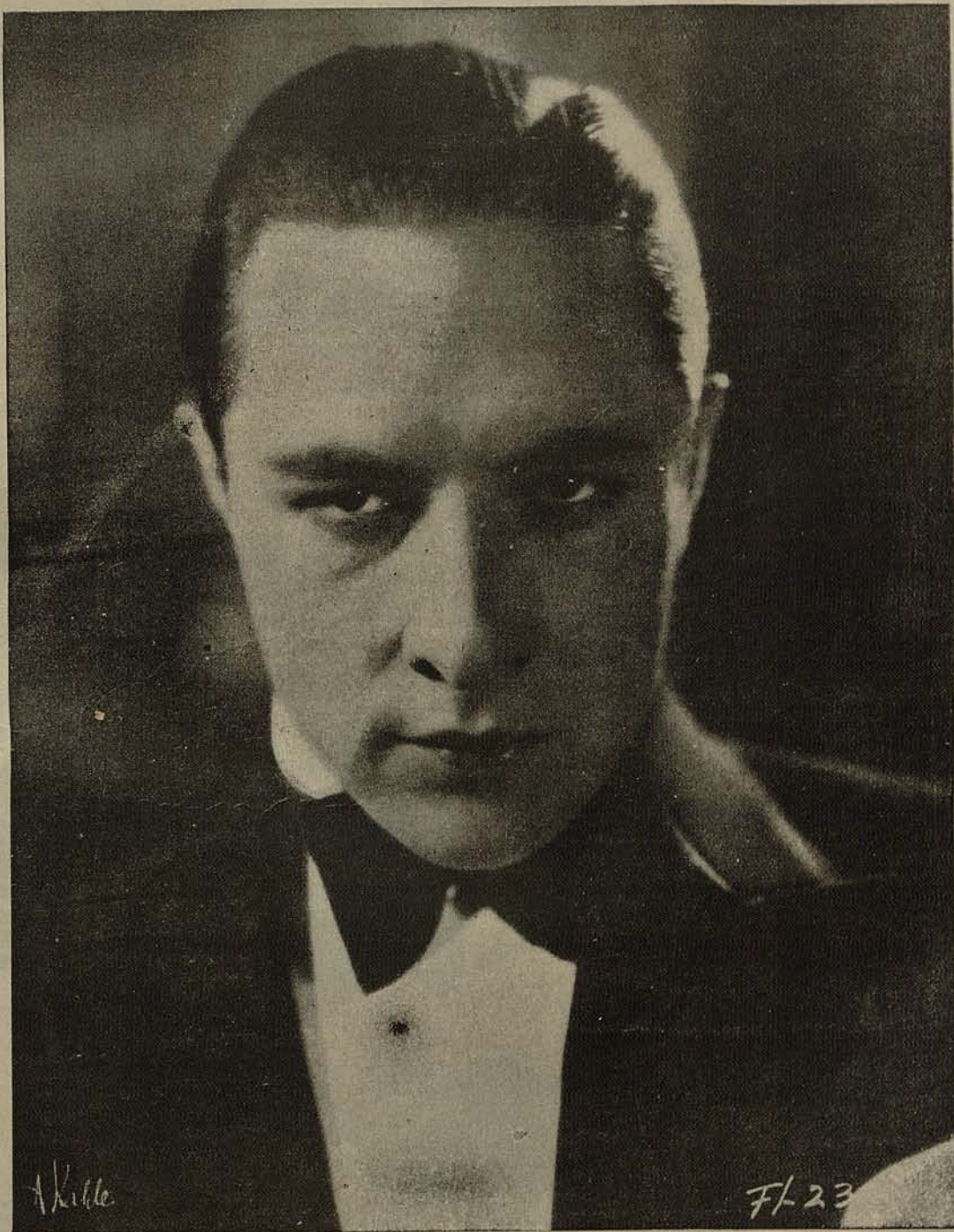
¿Quién será el sucesor de Valentino? Esta pregunta, que hasta la fecha no ha tenido respuesta alguna satisfactoria, aparece como tema de artículo, y muy a menudo, en magazines de Estados Unidos y del mundo entero. En todas partes se han hecho encuestas y en todas partes el público ha votado por sus favoritos, pero jamás la uniformidad de opiniones ha llegado a destacar una figura masculina como pasara con el nalogrado Rudy.

Cada compañía se disputa el honor de poseer los galanes más "amados" por las muchachas jóvenes e ingenuas de todo el orbe, y es innegable que existe hoy día un buen grupo de hombres relativamente jóvenes que son excelentes actores y que poseen belleza varonil. Pero ninguno de ellos —ni los sajones, ni los latinos— tienen esa extraña atracción que hiciera del famoso actor italiano desaparecido, un héroe legendario, adorado por las mujeres y aceptado por los hombres, caso extraño que no ha vuelto a repetirse. Hoy en día, el público masculino que va a los cines, detesta a los galanes tanto como admira a las actrices: apenas si un John Gilbert, un Gilbert Roland o un Richard Barthelmess, por exceso de hombría, consiguen la aprobación del sexo feo. Y es que casi todo el resto posee una relativa perfección de líneas y un amaneramiento que llega a ha-

cerles desagradables en algunas interpretaciones. Metro-Goldwyn-Mayer, reúne actualmente entre su "stock" el mejor grupo de hombres jóvenes: John Gilbert, Nils Asther, Ramón Novarro, Ralph Forbes, sin contar a otros de segunda categoría. Indudablemente el primero es quien se lleva la palma,

aunque cierta excesiva dureza de líneas, y el tamaño de su nariz suelen restarle admiradoras: Asther, no ruego, tiene un hermoso cuerpo de atleta, pero no posee aún soltura suficiente; Novarro es un actor consumado y de una simpatía difícilmente igualable, pero no es, ni por su estatura, ni por la casi excesiva perfección de su cara, el tipo preferido de las mujeres; Ralph Forbes es un inglés distinguido, menos hermoso al natural que en la pantalla, pero de una frialdad amatoria que le quita adeptos.

Paramount tiene media docena de galanes, de entre los cuales se destacan Charles Rogers y Neil Hamilton. El primero, posee en los Estados Unidos tal popularidad, que es el actor que recibe mensualmente mayor número de cartas de admiradoras, pero es muy niño aún, y aunque su interpretación en "Alas" y en algunas cintas posteriores, es excelente, está muy lejos de ser el "amador" ideal. Igual cosa podría decirse de Neil Hamilton, de facciones perfectas. Las mujeres



El último retrato de Paul Vincenti



Siempre 'a rubia y la morena: Doris Dawson, la morena, y Alice, la rubia, tal como aparecen en "Ritzy Rose", de los estudios de First National

(Fotografía enviada por C. F. Borcosque)



He aquí otra fotografía, donde la semejanza entre Vincenti y Valentino es indudable

(Fotografía enviada por C. F. Borcosque)

quieren hombres que no sean feos, pero tampoco demasiado hermosos. El resto de los galanes de esa empresa son del tipo esencialmente americano: altos, delgados, más bien fríos o duros en su manera de hacer el amor: Gary Cooper, Lane Chandler, Richard Arlen. También está James Hall, rubio y bajito, quien posiblemente no ha dado aún de sí, todo lo que puede hacer. Ahora tiene Paramount en su elenco tres actores europeos nuevos: Maurice Chevalier, francés; Robert Castle, austriaco y John Loder, inglés. Habrá que verlos actuar.

Artistas Unidos posee un lote interesante en el que figurarán en primera línea dos latinos: Gilbert Roland y Don Alvarado. El primero lleva magnífica carrera, pero hecho de que actual contrato le obliga a actuar única y exclusivamente junto a Norma Talmadge, coloca siempre su interpretación en segundo término — con "leading" — dándole la oportunidad de hacer una obra que pruebe sus condiciones. Don Alvarado es aún novicio, con poca experiencia escénica. También res que están en...

...ce mayores oportunidades. La Roque. Magníficos actores ambos — quizás los más varoniles de toda la pléyade — tienen miles de admiradoras, pero ninguno de los dos se acerca al tipo "valentinesco". También trabaja en Artistas Unidos Walter Byron, cuya primera película, junto a Vilma Banky, acaba de estrenarse aquí. Es poco para calificarlo.

First National tiene algunos galanes muy jóvenes y otros ya maduros. La principal figura masculina es Richard Barthelmess, que, pequeño y varonil, no será jamás un "amante de la pantalla." Luego Milton Sills, que ya pasó por el momento máximo para entrar en las interpretaciones maduras. Y algunos otros como Jack Mulhall, Donald Reed y Lloyd Hughes—estos últimos dos, retirados de esa empresa en estos días. Son buenos actores... y nada más.

Pathé sólo posee a William Boyd, tipo rubio y cuya excesiva edad le están alejando de los roles de galán; Universal no tiene galanes "amadores" y les contrata fuera cuando algún tema lo exige. Fox pone en primer lugar a Charles Farrell, que es, de entre todos los de la nueva generación, el que mejor camino lleva, pero muy infantil aún. Luego George O'Brien, excesivamente atleta para ser sentimental; Edmund Lowe, que va pasando rápidamente a la edad madura, habiendo doblado los cuarenta. Entre los muchachos jóvenes de Fox, se destaca Barry Norton, argentino, que podrá con el

...en su expresión amorosa se acerca ni recuerda en absoluto el tipo y la escuela maravillosa de Rodolfo Valentino.

Pero ahora ha aparecido un nuevo nombre de galán. Se llama Paul Vincenti, vino de Hungría hace un par de años, a luchar a Hollywood, conociendo seguramente el parecido extraordinario que posee con Valentino. La casa Firs National le empleó en algunos roles y le tuvo bajo corto contrato. Pero Vincenti era aún un novicio y sus interpretaciones no fueron tan interesantes como para destacar su personalidad, ni aun basando la publicidad en su semejanza con "Rudy". Quedo, pues sin contrato nuevamente...

...do, por Hollywood, en las noches de teatro, una espléndida figura varonil, quizás con alguna dureza de gesto debida a que no puede quitarse de encima el recuerdo de un parecido que posiblemente le llevará hacia la fama.

Paul Vincenti desesperaría ya seguramente de haber encontrado una nueva oportunidad, cuando el director Emmet Flynn, que andaba de viaje por Europa, regresó a Hollywood, contratado para hacer una serie de películas para la casa Fox. Es preciso establecer, además, algunos detalles que



Exclusividad Max Glücksmann

principal a la hermosa brasilera Lia Torá. Se inició la carrera de galán: se presentó Paul Vincenti, y para Emmet Flynn fue una impresión indudable, volverse a encontrar ante este seguro do Valentino. Le contrató para esa película que acaba ya de terminarse, y pensando comercial y cuerdateamente que a lo mejor hace este muchacho una carrera triunfal tan grande como el primero. Emmet Flynn es ahora, además, el manager de Paul Vincenti... El dió, años atrás, la primera oportuni-

¿Triunfará? Su semejanza puede serle motivo de triunfo o de fracaso: si llega a igualar a "Rudy" irá hacia arriba, pero si no pasa de ser un actor mediocre, nadie perdonará a Paul Vincenti el haber atraído sobre sí la atención de las gentes sin haber reunido después las condiciones que hicieron célebre al inolvidable "sheik".

"Lo diremos si nuestros lectores prometen que no han de accidentarse: cada uno de ellos, como todos los hombres, mujeres y niños que pueblan el globo, podría poseer 690 millones de francos, es decir, unos 170 millones de pesetas.

Para ello bastaría con extraer todo el oro que figura entre los cuerpos cuya existencia está determinada por los hombres de ciencia en las aguas del mar.

Según los más recientes análisis, la cantidad de oro que en suspensión contienen las aguas del mar es de 50 miligramos por cada tonelada de líquido. Ahora bien, el volumen de las aguas del mar está evaluado en unos 4.320 millones de kilómetros cúbicos, es decir, en 380.000 billones de toneladas. Si, pues,

TODOS LOS HOMBRES PUEDEN SER MILLONARIOS

a cada tonelada de líquido corresponden 50 miligramos de oro, la cantidad total de éste contenida en los diversos mares y océanos de la tierra será de 67 billones de kilogramos.

Si se divide esta enorme cantidad entre los 1.500 millones de habitantes que aproximadamente pueblan el globo, tendremos que a cada uno de ellos les pertenece la propiedad de un enorme bloque de oro que pese justamente 46.000 kilos. Y como el oro tiene actualmente en el mercado la cotización de 15 francos el gramo, a cada persona le corres-

ponde, en dinero contante y sonante, los 690 millones que ya hemos indicado.

Sin embargo, no debemos mostrarnos muy optimistas de que esto llegue a suceder algún día. Algunos financieros, seducidos por cifras halagadoras, han intentado ya probar fortuna. Han sido fundadas varias Sociedades en Inglaterra para la explotación en gran escala del oro del mar. Pero todas ellas se han disuelto después de reconocer, como consecuencia de arduos e intrincados estudios que los gastos de la explotación serían muy superiores a los beneficios que en ella se obtuviesen.

Es una esperanza más del género humano que se desvanece."

LOS BELLOS MOVIMIENTOS



La gimnasia rítmica embellece tanto el cuerpo de la mujer como le afean los movimientos excesivamente bruscos de ciertos deportes. La natación, por ejemplo, es un ejercicio que todas las mujeres debían practicar. Suaviza las líneas, pule la piel y adel-



gaza los contornos. Todas las grandes nadadoras poseen cuerpos sumamente bellos, de músculos al mismo tiempo firmes y dulces. El agua del mar, rozando las carnes suavemente, practica en ellas el masaje más eficaz, más constante y más agradable de soportar. Los pulmones se robustecen con el ejercicio respiratorio profundo que requieren las grandes brazadas, y los brazos adquieren fuerza y elasticidad. Por otra parte, acostumbrándose a dominar ciertos peligros, los nervios se hacen más sólidos y la voluntad más robusta. También es bien conocida la acción eficaz del agua salada sobre la piel, como tónico general del organismo.

El automóvil, cada vez más generalizado entre las damas, es otro deporte muy agra-



dable, aunque encaminado más a una educación del sistema nervioso que como factor de belleza para el cuerpo. El automóvil controla los nervios desordenados, enseña el cálculo, la serenidad, el tacto. El tenis es un ejercicio embellecedor. Nada más saludable que esos movimientos al sol, generalmente a pleno aire, donde no queda un solo músculo en reposo, y cuyas actitudes tienen a veces la belleza de la danza. El golf, es otro de los deportes preciosos, para conservar la salud y la belleza. Ningún instituto de "Beauté" mejor, que ese gran prado de pasto verde donde el sol cae perpendicular sobre las bellas jugadoras. Esas enormes caminatas bajo el sol, con la caricia estimuladora de un leve viento y la contemplación apasionada de la naturaleza, fortifican, levantan el espíritu, borran el ceño duro de los días malos, hacen olvidar las pequeñas envidias, las pequeñas traiciones, las pequeñas maldades de que está llena la vida de los interiores, y, como uno de los más eficaces factores de la belleza es





un ánimo tranquilo, el golf es por ende, uno de los deportes más eficaces que se conocen para conservar la belleza de las feas arrugas que marca la preocupación.

Pero cuando se carece de tiempo y de dinero, pero sobre todo tiempo, para acudir a la cancha de golf, a la cancha de tennis o a la piscina de natación, es siempre indispensable para la salud y la belleza un poco de ejercicio. Para tal circunstancia nos quedan los movimientos rítmicos, la gimnasia rítmica, tan propia de las líneas puras de la mujer. Aquí mostramos a nuestras lectoras una serie de movimientos ejecutados por lindas muchachas alemanas. Hay algunos que



parecen la "maquette" de una obra genial. La devoción, la beatitud, el sacrificio, los juegos olímpicos, el amor a la tierra, la exaltación, todo está en estos gestos admirables. Además de la belleza que implican en sí mismos, la fuente de salud que encierran en sí, es notable. Es demasiado sabido que el organismo autointoxica con la vida sedentaria. El ejercicio es el único depurador eficaz ya que lleva hacia los pulmones un considerable acervo de oxígeno.

Por otra parte da gran soltura a los músculos, disuelve las grasas que están demás y todas las funciones del organismo se facilitan. Sería, pues, muy de desear, que la hermosa muchacha chilena, procurara imitar estos ejercicios tan armoniosos como saludables.

PREMIO A LA CONSTANCIA

Pérez tenía veinte años, cosa natural y que solemos tener todos entre los diez y nueve y los veintiuno. Pérez era tuberculoso, cosa también muy natural, pese a los buenos deseos de las ligas, la Fiesta de la Flor y los fisiólogos, y además, pobre de solemnidad, con esa trágica pobreza de los héroes, de novelas por entregas, en que el lector está esperando tres años el fatal desenlace con el noble propósito de recoger el juego de café o el reloj de orolina que le prometió el editor en el primer cuaderno, coincidiendo con la iniciación de las desdichas del héroe.

La enfermedad avanzaba; sus pulmones corroídos lanzaban tristes gemidos, y su figura se esfuma como una ósea sombra, tomando ese aspecto sospechoso y médicolegal de niña desaparecida; mas por su mente calenturienta pasó una idea, y pensó en los verdes pinares, la sobrealimentación y el gaseoso neumotórax de los llamados sanatorios oficiales antituberculosos, y entusiasmado con la bella imagen serrana, pensó en un porvenir risueño de hombre fuerte como Uzcudún y curado como el jamón serrano.

Y aquí, a partir de este venturoso sueño, para él más agradable que el de manón, comenzó la odisea. Tras cientos de reconocimientos en un sanatorio oficial, le dieron el número 33,033 para turno a ocupar la vacante que se produjera en las diez y ocho camas de que constaba. El empleado del centro oficial le consoló diciendo que era capicúa. En otro, le exigían tener los ojos azules, pues era fundación particular de una dama bretona, judía y muy rica. Se desesperó; buscó recomendaciones; llevó a las figuras preeminentes de la lucha antituberculosa cartas de Carancho, de la Yankee...; mas, tras vanos ofrecimientos, las cartas le fallaban con monotonía de tute arrastrado.

Pasó años enteros en consultorios y clínicas médicas y acabó por aficionarse a la carrera ayudando un día a poner inyecciones, otras veces haciendo historias clínicas. Con las propinas vivió, y lo más notable, estudió y se hizo médico. Acostumbrado a adular en sus años penosos, ya de médico continuó su labor, dando incesante caba a las altas figuras sanitarias, a los médicos de la lucha

antituberculosa, hasta que cierto día, radiante y satisfecho, vió su nombre—no era un sueño—en un sobre de rojo membrete oficial: don Francisco Pérez y Pérez era nombrado director del sanatorio antituberculoso fundado en Las Rozas por doña Anita, una rica hostelera ya retirada del negocio.

Cuando a los pocos días, jubiloso, tomó posesión del nuevo cargo, por poco se desmayó. Al revisar los papeles, y casi en el último lugar, se encontró una amarillenta solicitud. En aquel modesto y timbrado papel hacía once años justos que pedía su ingreso en dicho sanatorio, del que hoy era flamante director. Por su mente, en cinematográfica caravana, pasaron los tristes años de espera, y pensó con amarga ironía que es mucho más fácil entrar en un sanatorio antituberculoso de director que de enfermo; y desde aquel mismo día el enfermo anuló al director: comenzó la cura de reposo y, naturalmente, no hizo nada...

FELIX HERCE

LOS AMORES DE PARIS

Por - CARRASQUILLA-MALLARINO

Era una noche de esas en que pide el cuerpo estar en casa, al calor de la chimenea. Había nevado un poco y lloviznaba a la sazón. Un reloj público vecino había dado nueve campanadas, y por la calle apenas si cruzaba un coche, de tanto en tanto, con sus farolas temblorosas y la abrigada silueta del postillón.

El letrero eléctrico del hotelito, ora rojo, ora pajizo, era la única nota palpitante del suburbio montmartrense, y proyectaba sus radiaciones intermitentes en los cristales de la habitación de Julio Guerra y en los del balcón de la vecina de ojos azules, vista con frecuencia en la escalera y saludada cortésmente.

¡Ah, la vecina! ¡Qué linda era! ¡Cuántas veces oyéndola hablar a su perrito blanco, cantar en voz queda o revolverse en el lecho crujiente, perdió el sueño Julio Guerra, o arrojó al suelo puñados de cuartillas vibrantes, que debían haber ido a la prensa!...

¡Nada! Desde que Georgette ponía la llave en la cerradura de su cuarto, Julio perdía el dominio de su yo. La chica llegaba tarde casi siempre: a las dos o las tres de la madrugada.

¿Por qué vivía sola? Nadie entraba jamás en su habitación. ¿Cuál era su vida? ¿Concurriría a algún café nocturno? Julio la había seguido con disimulo varias veces, a la salida del hotel; pero ella tomaba un coche en el Faubourg, e imposible averiguar su rumbo.

Pues bien, aquella noche invernal, ni Georgette ni Julio salieron. Ella daba vueltas en su cuarto, y él, en el suyo, echado en un sillón, en bata y pantuflas, dejaba ir las miradas con el humo del cigarrillo, mientras su pensamiento y su oído seguían las maniobras inquietas de la vecina. Una puerta condenada y un tabique separaban las dos cámaras, y Julio —filosofando su soledad— se sentía invadido por una tristeza recóndita. ¡Qué bien, decía, si se abriera esta puerta y apareciera la vecina! Ella debía estar melancólica también. ¿Meditaría en lo triste que es la soledad, en una noche de invierno silenciosa?

De pronto, comenzó a tararear un aire en boga, una de esas canciones típicas que cantan los ciegos bajo las ventanas. Lo hacía en voz más alta que de costumbre, y Guerra, maquinalmente, se puso de pie, modulando el mismo son.

Cantaron largo rato, una y otra canción de moda, como si no se oyeran.

Las horas habían pasado. Cada uno apagó su luz y se metió en su cama; y dos toses fueron algo así como un *Bonsoir* implícito.

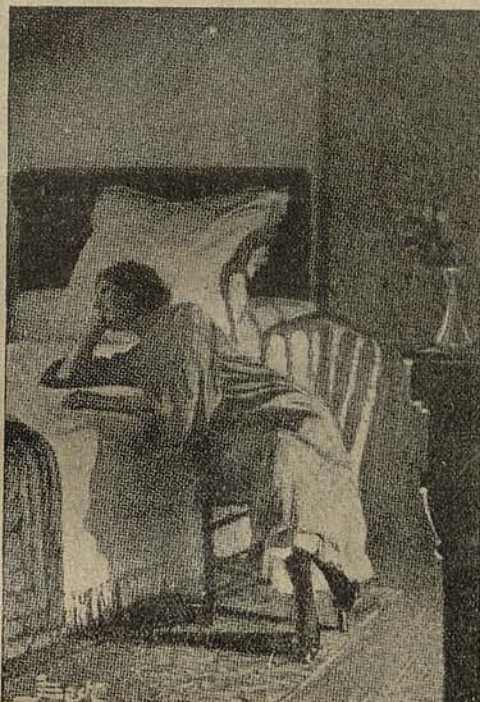
La puerta era una muralla impenetrable; un imposible... ¡Qué poco audaz, qué ingenuo se sintió Julio Guerra!

Y los jóvenes, desconocidos el uno al otro, se fingieron indiferencia aquella noche fría, en que tan amarga era la soledad.

* * *

La luz de un pleno y raro sol se tamizaba en los vidrios y cortinajes. Los niños, entrando en las escuelas contiguas, gritaban y corrían; y aquello, que parecía el murmullo gárrulo de una pajarera distante, despertó, como siempre, a los dos inquilinos.

Julio sintió a la vecina levantarse, invitando a Loulou a dar un paseo, después de abrir las cortinas y mirar el bello día.



—¡Anda, pronto, Loulou! — ¡Vamos al Bois! ¡Pronto, pronto!

Julio Guerra, romántico impertérrito, incurable del corazón, a pesar de su vida experimentada y dura, se dió también por invitado al Bosque; se vistió con premura, bajó la escalera y aguardó en la esquina, resuelto a ser audaz después de una noche de suplicio.

Georgette no se hizo esperar. Salió del hotel y, al llegar a la esquina, encontró a Julio que, sombrero en mano, la saludó y pidió permiso para acompañarla. Loulou, con una cinta en el pescuezo, saludó al desconocido saltando alegremente y batiendo su cola esponjada de perro de lujo.

Aceptada la compañía, Georgette dió el brazo a su nuevo amigo y, después de tomar café en el inmediato restaurant, montaron en el primer vehículo que pasó, dirigiéndose luego al Bosque de Bolonia.

Nadie hubiera dicho que aquella no era una pareja de antiguos casados.

Al llegar a la entrada del Bosque dejaron el coche. Georgette quería que Loulou corriera a sus anchas.

No hacía mucho frío, y los amigos se perdieron a lo largo de los senderos, bajo los tristes árboles desnudos y ennegrecidos.

El humo de la gran ciudad empañaba medio cielo; pero en la otra mitad dilatábase, limpio y sereno, un profundo violeta americano.

Estimulado por la dulcedumbre matinal y advirtiendo en aquella mujer un espíritu sensitivo, Julio Guerra se dió a pensar en voz alta. Su vigorosa imaginación le llevó a otras épocas; y nada tiene de extraño que se sintiera un poeta de tiempos del Rey Sol, declamando madrigales de seda e hilvanando exquisitas galanterías en loor de una pastora ver-sallesca.

Georgette le aplaudía con solemnidad; abría, bajo el cielo y bajo el alba de su cabellera metálica, los grandes ojos de brillante azul y, paso a paso, entre el escueto varillaje de la arboleda, llegaron a prometerse los amigos una larga y sincera vida de amor...

Loulou les seguía de lejos como un niño, formal y discreto, que temiera turbar una acción vislumbrada por instinto. La puerta del imposible se abrió, y pasaban tranquilos los meses de amor del artista extranjero y de la rubia metropolitana.

Julio trabajaba con empeño, y proveía a todo de manera decente aunque modesta. Georgette estaba satisfecha de su vida y de su amigo, según lo declaraba entre besos y risas. Estudió y aprendió uno por uno los caprichos y costumbres del artista, y llegó a tal la armonía de los dos que les sobraba el lenguaje para entenderse. El mismo Loulou era una nota de aquella armonía. Una sola palabra de sus amos le hacía saltar de gozo. Georgette lo había criado como a un chico, y Julio, personalmente, le daba de comer. Entre ambos lo bañaban, y aquello era una fiesta. Loulou tenía su cama y su *toilette*. Como no había sirviente, el perro aprendió a llevar una bolsa con apuntes y dinero, a la tienda, para hacer la compra. Hablar únicamente le faltaba al mimado animal.

¡Qué amable le parecía la vida entonces al bohemio! ¿Grandes riquezas?... ¿Para qué? ¿No tenían bastante para ser dichosos?

El dolor del pasado se había desteñido en los recuerdos de Julio Guerra, como se destiñe la sangre en las telas muy

antiguas. Si había sufrido mucho, estaba bien. Por eso era feliz. ¿No era la vida un turno del bien y del mal? Sufrir mucho antes, para gozar después. Esta llegó a ser la filosofía del joven exótico.

Con todos esos razonamientos, expresados en sonoros discursos, entre caricias y ternuras, parecía estar de acuerdo Georgette.

Mas tocaba ya el turno al dolor, y comenzaron las dificultades monetarias para el honrado mozo. Perdió uno de los mejores trabajos que tenía, y los ingresos mensuales disminuyeron considerablemente.

En el hotel, pues, quedaban los amantes reducidos a una habitación del tercer piso. Luego fueron al cuarto, más tarde al quinto, viendo que el presupuesto no alcanzaba. Por último, un día necesidades extremas, tuvieron que vender el perro a una rica matrona que se lo llevó en su automóvil, mientras las pupilas de añil de la muchacha vendedora se colmaban de llanto.

Con la venta del perro, Georgette se llenó de pesadumbre, aunque no lo confesara. El desinterés de su amor por Julio, que hasta entonces hubo mostrado en todos los detalles de la vida marital, pareció acabarse. Su abnegación y su conformidad de los meses de escasez se agotaban. Un algo extraño notaba Julio en su amada: y cuando lo vio claro, cuando supo, por amarga experiencia, que el amor de aquella mujer no llegaba al sacrificio... que no era amor lo que como tal él conceptuara, el amor que él era capaz de sentir todavía, volvió a ver otro mundo sin el prisma rosa de aquel último idilio agonizante concebido una noche de enero e iniciado una mañana gloriosa, en que el azul violeta se dilataba hondo y suave sobre el bosque desnudo.

No obstante la miseria, y tal vez sugestionada por la fuerte voluntad de aquel hombre de ojos negros y penetrantes, Georgette continuaba en el hotelito. Tal vez porque no había resuelto donde irse. Acaso por temor de su amigo, a quien no creía capaz de dejarla marchar sin tragedia.

Ese nuevo estado de cosas trajo por consecuencia — no sin un rasgo de optimista autosugestión de Julio — una reconciliación que alivió la vida en el cuartito del quinto piso.

Entraba en aquel domingo lo mejor de una primavera, y ellos — como caricaturando el amor de

otro tiempo — tomaron el camino del Bosque, a lo largo de la fabulosa avenida.

Marchaban a pie, sin decirse nada, mezclados a un enorme desfile.

Innumerables fiacres y automóviles congestionaban la ancha vía, y cuando la pareja debía cruzar a la otra acera, tuvo que detenerse, esperando la señal del polizonte.

Los carruajes seguían pasando en profuso tropel. Georgette los observaba uno por uno, haciendo comentarios lacónicos sobre tal sombrero o cual rostro, al oído de Julio, cuando — inopinadamente — se le escapó un grito:

— ¡Loulou! — ¡Mi Loulou! — Miralo, Julio...

El polizonte dió la señal de alto a los carruajes, y allí cerca de los amantes se detuvo el automóvil de la rica matrona que había comprado el perro.

Georgette soltó el brazo de Julio y se acercó para acariciar a Loulou, que sacaba la cabeza por la ventanilla. El animal ladró furioso a la mujer que se aproximaba y, en tanto el automóvil siguió, perdiéndose de vista en un torbellino de ruedas... Julio había presenciado la escena.

Georgette volvió a su lado, sorprendida y llorando a mares.

— ¿Me habré equivocado?

— No tal, respondió Julio. Yo reconocí bien a la dama que nos lo compró.

Y siguieron.

Temprano salió de casa Georgette aquel día.

Era hora de cenar y no regresaba.

La víspera, por la tarde, también se había demorado...

Julio se paseaba impaciente, mirando por la ventana a cada momento, y aunque un rayo de intuición le daba cierta idea, la desechaba como un absurdo.

¡Pobre ingenuo! Creyendo aún en...

Georgette no volvió nunca

Un buen amigo, que sabía los padecimientos del bohemio, le invitó al teatro, para sacarlo de su escondite del quinto piso.

— ¡No seas tonto, hombre! — Hay muchas mujeres y tú tienes un gran porvenir... ¡En vano parece que hayas sufrido tanto!

Julio aceptó la invitación.

En un entreacto daban vueltas los dos amigos, cuando Julio se paró de súbito, creyendo que era una alucinación lo que veía...

— ¡Sí! ¡La misma!... ¡¡Georgette!!

Le saltó el corazón.

La chica, elegante y lujosamente ataviada, pasó dando el brazo a un gomoso de frac y crisantemo, después de mirar a Julio Guerra con lacónica frialdad.



...se perdieron a lo largo de los senderos.

T O N T E R I A S

"Palaces". Es una de las glorias universales de París. Es el lujo de los restaurants, y la delicadeza de sus cocinas.

La reputación de París en este sentido, es enorme. Lujo de servicio. Prodigalidad. Finura. Variadísimos menús. Y como condimento, el "sprit" de los "maitres d'hôtel"...

En un restaurant de los alrededores de la Magdalena, dos turistas de Chicago de paso en París, luego de haber apreciado el exquisito sabor de "Un homard a l'américaine", se admiraron de lo elevado de la cuenta.

— ¡Ah! — articuló uno de los viajeros, 50 francos, un "homard a l'américaine".

— Recuerde el señor, lo que son 50 francos en dólar, respondió el gerente.

Y he aquí lo que respondió un "maitre d'hôtel" al fin de un almuerzo encantador, que reunió en un conocido "Palace" — antes de la guerra — a algunos grandes duques y otros altezas de menor cuantía.

— ¡Veinticinco francos el plato de pescado! ¿Pero es muy escaso el pescado en París?

— No, señor, respondió el "maitre d'hôtel". Son los grandes duques los que son escasos.

UNA NUEVA PELICULA DE CHAPLIN "LAS LUCES DE LA CIUDAD"

HEMOS tenido la suerte de encontrar en un café de la orilla izquierda al señor Samuel W., dibujante americano muy conocido y amigo íntimo de Charlie Chaplin.

En su último viaje a París en agosto, el señor Samuel W. nos había va dado noticias del film que Charlot realiza actualmente en California; entonces habíamos publicado sus declaraciones en la revista: "Photo Cine", y en un periódico cotidiano. M. Samuel W. no ha vuelto después a América, pero ha recibido numerosas cartas de Chaplin, y de los colaboradores más inmediatos del gran artista. El ha tenido, pues, comunicaciones acerca del escenario de "Luces de la Ciudad". Y con todo conocimiento de causa, amplia y seguramente informado, nos ha podido hablar.

—Charlie Chaplin, nos ha dicho, renuncia esta vez a la "sal gruesa" cómica, que hizo la fortuna de "La Quimera del Oro" y del "Circo". Su film será más descolorido y sutil—un film, únicamente sugestivo. Charlie dice que su film no será hecho para los ojos, sino para las almas. "Luces de la Ciudad" obtendrá menos éxitos populares que las precedentes.

—¿La historia? ¡Tiene muy poca importancia! Un vagabundo rueda a través de la gran noche moderna, entre la mescolanza inextricable de luces encantadoras y engañosas.

Pero esta vez, el interés del drama no se concentrará sólo en el ensueño y las peregrinaciones de Charlot. Hay una "tela de fondo", y viva, y que Charlot gusta de poner a plena luz. Con piedad y amor, Charlot hablará a quienes el famoso "sentido social" hace falta, y perecen por generosidad, por torpeza o por sistema. Poetas de lugares infectos, bohemios y aventureros, insumisos, incomprensidos, vencidos de toda especie. "Mostrará la gran ciudad como es". Creo que habrá en el film, todo un pasaje, "sobre los intoxicados de luz". Los jóvenes y las jóvenes que sueñan con "hacer el cinema" y asaltan los estudios con un stock enorme de fantasía y muy pocos dollars en el bolsillo. El inmenso descontento de todo un pueblo, del pueblo de las grandes ciudades americanas modernas—encontrará en Charlot su poeta, su pintor conmovido.

—¿El lugar de acción? Charlie pensó primero en Nueva York. Por ahora, renuncia a nombrar la ciudad donde se desarrollará su historia.

—No sería demasiado temerario mirar "Luces de la ciudad" como una especie de manifiesto moral. Este film constituirá la respuesta de Charlot al innoble desencadenamiento de cóleras y calumnias puritanas que todos recuerdan, provocadas por el divorcio de la artista. Mav Eatman, el gran publicista neoyorquino, me escribe diciéndome que, probablemente Charlot, no regresará más a Hollywood...

—Charlie piensa haber terminado su film para el 15 de diciembre. Piensa presentarlo el mismo en Nueva York, Londres y Berlín. Quizás lo lleve también a París.

M. GOREL.



LA IMPORTUNA

Por

GABRIEL GREINER

AH! ¿No sabéis?... Entonces no leéis en los periódicos los sonoros ecos de sociedad. La noticia vino en ellos magnífica y amplia. Algunas revistas ilustradas publicaron también el retrato de la boda, en el que aparece él con la cara estirada — nervios — y ella con una sonrisa triunfadora y feliz en medio de sus galas de novia, bajo su corona de azahar...

Los señoritos del primero hace dos meses que se casaron. Cuando se alquiló el piso — hace todo ese tiempo — durante unos días llegaron sin cesar muebles nuevos, lámparas, alfombras, espejos, cosas... Todo reciente, reluciente. Vinieron también durante bastantes mañanas dos señoras iguales, que llegaban cada una por un extremo de la calle, se encontraban en el portal y penetraban juntas después de besarse en las mejillas.

Ya tenían las dos el pelo gris, y siempre decían, sonriéndose:

—Vamos a prepararlo todo para cuando ellos vuelvan del viaje...

Luego, un buen día, en un coche con maletas en el pescante, llegaron ellos dos. Aquel día sí que los vistéis, porque os asomastéis, atraídos por el cascabel del caballo, que cesó de sonar bruscamente ante vuestra puerta...

En toda la casa hubo entonces una gran sonrisa maliciosa. Las mamás ya no volvieron más por las mañanas..., y pocas veces a otras horas.

Ellos saben poco. El debe tener muy descuidado su estudio y sus esculturas. Las pocas veces que sale solo va, sin duda, allá, a la otra casa, donde detrás de una alta galería encristalada reposan barros, mármoles y espátulas... Cuando vuelve trae siempre un paquetito atado con cintas de color: Pastelería de..., y unas rosas en un cucurucho de papel.

Ella espera en el balcón muy bien peinada, envuelta en una bata de un azul claro con grandes flores amarillas estampadas. Tiene unos grandes ojos asombrados, como dos violetas nuevas. Se ve que vive en un sueño. Cuando le ve llegar asoma un brazo, que se escapa medio desnudo de la amplia manga chinesca. Lo agita en el aire. Y luego se entra, muy rápida, para abrir ella misma la puerta. Se oyen risas locas, besos... y un gran portazo.

La vieja casa está radiante y fantástica. Parece una gran caja de música. Una isla con pájaros de colores. Todo es azul y rosa...

Nadie les molesta. Juegan con su amor. Con su amor nuevo, tan nuevo como los muebles que arreglaron las dos viejas. Con su amor flamante, que acaba de abrir los ojos...

Os repito que la casa, ¡tan vieja!, chochea y está llena de ternuras.

¡Ah! ¡Vosotros no os habéis fijado! Y sólo sabéis que son ricos; que él es un escultor joven y glorioso; que ella es guapa, linda... Pero ¡preguntad, preguntad a las vecinitas del segundo, que se pasan todo el día en el balcón, pendientes de lo que ocurre en el primero!

¡Oh! ¡Esas bien saben cuántas batas tiene ella, y hasta os podrán decir cuántas rosas la trajo él esta semana! No son curiosas, pero, ¡comprendedlo!, están dulcemente emocionadas.

nadas. Darían cualquier cosa por intimar con ella.

Muchas veces está una sola de ellas en su mirador, allá arriba. De repente se entra y grita:

—¡Margarita! ¡Berta! ¡Asunción! Corred, corred...

Es que los ve llegar a lo lejos. Y es entonces una loca carrera, risas, ruido de faldas. Y las cuatro cabecitas se estrujan en el estrecho marco del mirador para verlos llegar. Y luego las cuatro salen al descansillo de la escalera, en silencio y de puntillas. Siempre sorprenden algo: una sonrisa, un gesto, un beso... Luego el gran portazo.

Misterio.

Después de los claros días dorados del otoño — el dulce veranillo — ha venido la nieve. Ya no hay días de aquellos luminosos, amarillos, sentimentales, en que había en el espacio como una lluvia de uvas, de rosas y de gotas de miel...

El y ella contemplan la calle desde detrás de los cristales. Hace un calor suave en la habitación; la chimenea está repleta de leños, y los cigarrillos de él llenan el aire de un humo azul y limpio. Hierve, con un monótono borboteo, el agua de una tetera de plata; en una mesita, flores, platos y dulces. En un búcaro japonés, la última rosa del último ramo.

Yo os juro que la nieve vista así, con el calor detrás y el amor al lado, es bonita y teatral.

El y ella esperan unos amigos, unas amigas... Hoy es su día de recibir.

Un poco molesto eso. ¿Comprendéis? Hay que estar: quietos, serios, convenientes, hablar de cosas estúpidas. Pero los experimentados dicen que es necesario.

Han dado las cinco. La habitación está en penumbras y el brillo de la chimenea baña de rojo las patas del piano dormido. La calle sigue blanca; hoy estará blanca aun durante la noche... Ella quiso encender la luz; pero él la detuvo.

—Mejor así, ¿no?

Y enlazados miran caer la nieve, escuchando el leve choque de las mariposas blancas contra los cristales goteantes.

Bruscamente, los dos a la vez:

—Es raro; no viene nadie. Rien la coincidencia. Besos. Tonterías.

Pero lo cierto es eso; hoy no viene nadie a visitar a los señoritos del primero. Siempre llegan los amigos a las cuatro, a las cuatro y media, aun a las cinco. Y él acaba de ver en su reloj, al resplandor de la chimenea — ¡oh, todo rojo, el reloj! — que son las cinco y veinte. Podía haber faltado alguno, algunos. ¡Pero todos!... Claro que el tiempo... Claro que la nieve... Pero en fin, es chocante.

—Mejor — concluye él —. La fiesta será para nosotros dos. Ven, vamos.

Mas ahora es ella la que no quiere adentrarse. Y sigue mirando la nieve desde la habitación ya completamente obscura, donde brilla el fuego de la chimenea como un rubí gigante. La calle está livida, blanca y desolada.

Y bruscamente los dos se sienten inquietos. En realidad, hace ya un largo rato que se encontraban raros, extraños, dentro de ellos mismos. Pero ahora, ¡ahora!, es cuando se dan cuentan exacta de ello. Están inquietos, sí. ¿Por qué? El nota que la mano de ella está helada.

—¿Tienes frío?

—¡Oh, no! Eres tú el que estás helado—dice ella.





El se extraña.
¡Qué raro!
Pero... ¡sí!, ¡sí!
Toda la habitación está helada.
¡Oh! ¡Qué frío!
¡Qué frío de hielo!
¡Qué frío infinito!... ¿La chimenea? La chimenea sigue ardiendo, crepitantes sus leños encendidos.

—¡Qué frío! —
gime ella— ¡Ahora sí! ¡Qué frío!

Está nerviosa; se aleja de él. Anda por la habitación a oscuras, dando vueltas alrededor de los muebles. El, al lado de la ventana, bruscamente paralizado, desorientado. Al fin corre a ella. La abraza, le da un

beso. Un beso de hielo. Grita: — Pero ¿qué tienes, mujercita, qué tienes? Algo nos pasa a los dos. Y yo no quiero que haya nunca nada escondido entre nosotros. ¿Qué te pasa? ¿Qué nos pasa?

Ella da un gran grito.

—Miedo. ¡Oh! ¡Tengo miedo! ¡Mucho miedo! Hay algo aquí, no sé dónde, en este cuarto, que nos mira y nos escucha. ¿No ves? ¿No sientes?

—¡Oh! ¡Calla, calla, pequeña!... Me volverías loco...

Y bruscamente, en el silencio augusto y helado, en la oscuridad tenebrosa, por el aire lleno de miedos, cruza lentamente una sombra blanca, leve, tenue...

—¿Has visto? ¿Has visto?

—No, nada, ton-tuela... El resplandor de la nieve... Nada...

Pero los dos, en la oscuridad, no se atreven a moverse, alocados, aterrados, el vello erizado de pavor, sin sentir la sangre en las venas.

Se abre una puerta. Se ilumina la gran farola japonesa. Brilla todo alegre y nuevo.

Un criado.

—Señor: acaba de morir el hombre de la guardilla.

Se oye cerrar una hoja del portal. Y es su ruido como un gran escalofrío en toda la casa.

Y él, empujándola a ella, apretándola contra sí, grita:

—¡Era Ella! ¡Ella ha estado aquí! ¡Se habrá sentado sobre el piano y nos habrá mirado! ¡Oh! ¡Ha estado aquí! ¡La Importuna! Todavía está arriba, en la casa. De prisa, de prisa, mujercita, elige tu traje más claro, más blanco, más primaveral, más lleno de rosas... ¡Colócate tu sombrerito, aquel lleno de cerezas rojas!... Y ríe, ríe, ríe... Y huyamos los dos, huyamos de prisa, para que no tropiece otra vez con Ella nuestro pobre amor nuevo, nuestro pobre amor niño, que tiembla aún de frío y de miedo!...

GABRIEL GREINER



PARA LA NOCHE

CREMA DUQUESA

DOS CREMAS TIENEN QUE SER

"ENCANTO", agradable a toda hora, nutre la piel y evita la formación de arrugas. Es un excelente adherente para los polvos. No brilla ni es grasosa. "El secreto de un cutis admirado".

"DUQUESA", el guardia de su cutis durante la noche. La piel seca recibe la materia grasosa necesaria. Limpia y hace desaparecer las asperezas del cutis, renovando las partes quebradas.



PARA EL DIA

CREMA ENCANTO





EL PAVERO



CUENTO PARA NIÑOS

ERA el último mono de la servidumbre del cortijo. Le apodaban Cañamón y le habían asignado la más despreciable de las ocupaciones.

—Mira—le había dicho el tío Tomás cuando entró a su servicio;— tú no aprovechas más que para guardar los pavos, y es posible que ni aun para esos sirvas tampoco.

Y la tía Pascuala, su mujer, había añadido con un poco de burla:

—Este mocoso crece para abajo. Hay que mirarlo con larga vista para verlo; parece un cañamón.

Y todos los criados, desde el gañán hasta el porquero, soltaron una estruendosa carcajada:

—¡Cañamón, cañamón, cañamón!

Y desde entonces nadie volvió a llamarle por su nombre, que, ahora, hasta él mismo iba olvidando a fuerza de no oírlo pronunciar. No le disgustaba, sin embargo, que le llamaran así; le parecía más bonito y más propio este de Cañamón, que aquel Pepín que su abuela, al llamarle a gritos, alargaba infinitamente, con una i-i-i-i interminable, que se le clavaba como una espina aguda en la sesera. No, no le molestaba lo de Cañamón, como tampoco su pequeña estatura—un poco más alto que los pavos que guardaba.—Lo que sí le fastidiaba mucho, aunque no lo pareciera, es que los demás mozos, mayores, le llamaran el Pavero, con un tonillo irritante de mala burla, como escupiéndole al rostro la insignificancia de su empleo en el cortijo. Ni los punta-piés y los pescoceros que le administraban demasiado frecuentemente le dolían tanto como lo de Pavero. Por lo que estaba deseando dejar aquel oficio cuanto antes.

Su sueño era ser pastor, conducir el ganado por el monte y por la llanura, haciendo restallar su honda con ese seco crujido que parece ir a clavarse a saltos en el cielo como una flecha; gritar por su nombre a las ovejas y que ellas obedeciesen a su grito; dormir en la majada con otros pastores, es decir, dormir con un ojo cerrado y otro abierto, porque él sabía perfectamente que existían lobos feroces, y que estos lobos devoraban de unas dentelladas a las pobres ovejas...

Cañamón poblaba los sueños de sus soledades de terribles luchas con la fiera, en la que siempre triunfaba su valentía. Se veía alto, como diez veces era, robusto como el tronco de un pino; fuerte como una roca. Pero de pronto, cuando más en-

tusiasmado estaba con sus sueños, le gritaba el pastor desde una altura: —¡Pavero, ten cuidado, que va la raposa a quitarte los pavos!

Y Cañamón, sin hacerle maldito el caso o aparentándolo, seguía tendido cara al sol, pensando cosas fantásticas, que se asombraba mucho de pensar. Eran siempre grandes rebaños, blancos como la nieve, de ovejitas de seda, como las que poblaban los montes de corcho del Nacimiento de Tomásín, el hijo del tío Tomás; sólo que éstas que él veía se movían desparramadas en su torno, lanzando tiernos balidos y mirando dulcemente a sus corderos saltarines entre los romerales, tan olorosos que era una delicia.

Luego, cuando el sol se ocultaba tras de las copas de los pinos, Cañamón reunía sus pavos, y con una enorme caña, como diez Cañamones lo menos, los conducía hacia el cortijo lentamente, canturreando cosas que él se sacaba de la cabeza. Después de dejar los pavos en el corral y atrancar la puerta con la estaca, sentábase un poco junto al fuego, dándole tarascadas a un tarugo de pan y algo con qué engañarlo, que la tía Pascuala le daba antes de acostarse en un cabezal sobre el poyo de la cuadra.

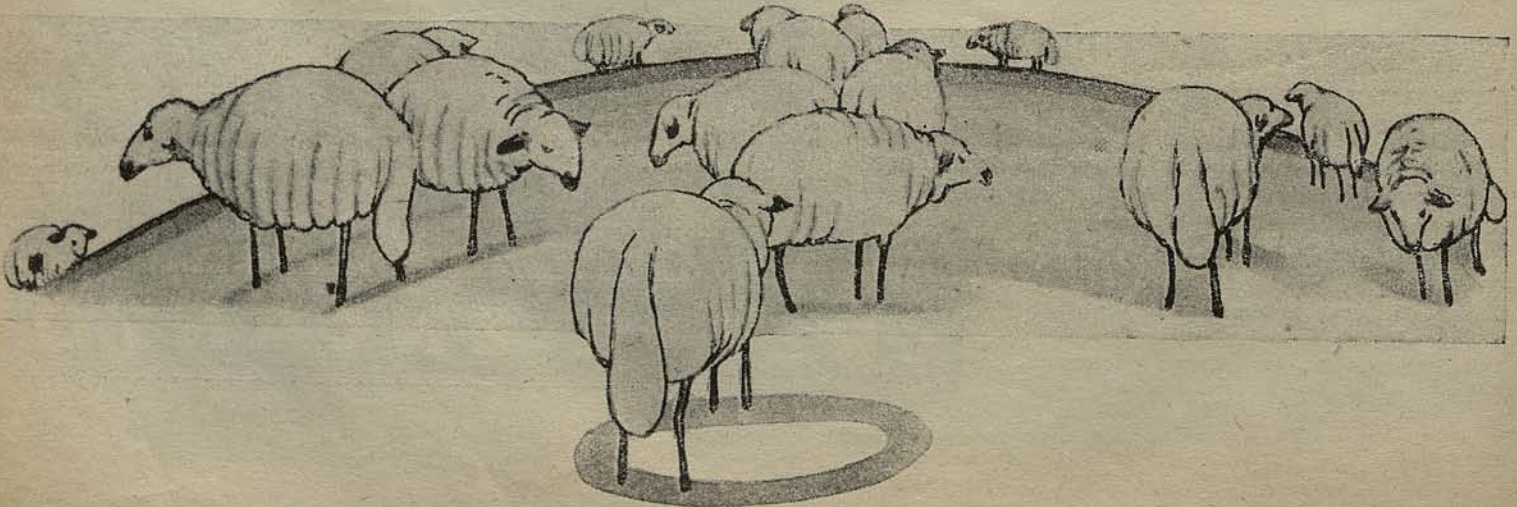
Allí era el palacio de los sueños de Cañamón, el taller de sus fantasías. Se acurrucaba hecho un ovillo bajo la manta llena de agujeros, y poco a poco perdía todo el peso de su cuerpo, le brotaban alitas en sus hombros, y se lanzaba volando en busca de sus queridas ovejas y de sus praderíos maravillosos...

No habría querido despertar de algunos de estos sueños tan lindos; y, sobre todo, despertar de la manera que lo hacía, al golpe de la punta del pie del pastor, o con su orejilla entre las manos brutales del mulero. ¡Arriba, que va a salir el sol! ¡Gandul!

Y los ojos de Cañamón veían alejarse las bellas cosas que poco antes los poblaban.

Con las manos en los bolsillos del pantalón, como un hombre hecho y derecho, dirigíase al corral de los antipáticos pavos, que lo recibían con un glu-glu-glu, de lo más odioso, y con su enorme caña al hombro, como diez Cañamones lo menos, se alejaba del cortijo tristemente, como bajo el peso de una gran tragedia, entre las risas y las burlas de todos.

TA-CHIN.



PARA EL TABURETE DEL PIANO



Taburete de piano. Dibujado sobre tela de muaré color marfil

He aquí un modelo para el taburete del piano, que establece una variación en la tapicería tradicional, porque aunque la tapicería no carece de encantos, se acomoda



El trabajo terminado

menos con el amoblado moderno que el género de bordado cuyo modelo ofrezco a ustedes. Lo dibujaréis sobre un trozo de moiré color marfil, trozo que tendrá el tamaño suficiente para cubrir el taburete del piano que la interesada posea.

Todo el bordado se ejecuta con seda bisantina. Para las flores, elegirán ustedes dos tonos de seda color rosa viejo. El contorno está bordado en punto de bolonia en relieve; las flores grandes están ejecutadas en tono claro, las pequeñas en tono obscuro.

Los tallos y las hojas se hacen en verde hoja con gradaciones de color. Terminado el bordado, se le forra en un enaguatado grueso y se coloca en seguida sobre el taburete con ayuda de clavos de gruesa cabeza de cobre dorado.



Suaviza la Piel

Su cutis se conservará siempre hermoso, fresco y terso, si usa diariamente en su baño, "toilette", etc., el afamado y único Jabón de ROSS.

De venta en las Farmacias y Perfumerías.

JABÓN DE ROSS
M. R.
Certificado Puro
MEDICINAL É HIGIENICO

La Millonaria de los Cuatro Maridos

UN OFICIAL, UN LORD, UN PRÍNCIPE Y UN CONDE SON LOS ESPOSOS

DESPUES de un intrincado pleito salió por fin victoriosa Lady Sholto Douglas, heredera de fabulosa fortuna, que ha sido cruelmente engañada cuatro veces en el matrimonio. Ha hecho fracasar en los tribunales parisienses los esfuerzos de su último marido, un noble francés, para que le pagara una remuneración de un millón de dólares por cada hora de su desgraciada luna de miel.

Habiendo heredado gran belleza y una fortuna de cincuenta millones, Lady Georgina Sholto Douglas pudo darse el lujo de tener cuatro maridos, sucesivamente. Cada uno de ellos fué persona de notoriedad y distinción y, según ella dice, cada uno la trató peor que su antecesor. El primero fué el acaudalado oficial del ejército británico, capitán G. Barnard; el segundo, el conocido Lord Sholto Douglas; el siguiente, el príncipe Burhan-ed-Din, hijo del sanguinario Sultán de Turquía, Abdul Hamid, y el cuarto el conde Fernando Bertier de Sauvigny, el hombre más elegante de París y miembro de una ilustre familia noble francesa.

Trabajo le costó escapar de este último con su fortuna incólume, mas al fin lo consiguió y quienquiera que la conozca ha de esperar verla en nuevas y más formidables aventuras matrimoniales. Comencemos con su último romance, que ha sido el más notable de todos.

El noble francés.

No habían pasado seis meses desde que escapó de las garras del séptimo hijo del Sultán de Turquía, cuando se rindió ante la mirada fascinadora del Conde Bertier de Sauvigny, conocido como el hombre más elegante de París.

Las pálidas facciones y delgada figura del Conde tienen algo como una mórbida distinción que innumerables mujeres han encontrado irresistible, entre otras Lady Georgina, que es muy susceptible a las

atracciones de los hombres distinguidos. Los antepasados del Conde pelearon brillantemente en las Cruzadas; pero, desde entonces—esto es, desde hace unos setecientos años—no han hecho otra cosa que cortejar mujeres ricas. El Conde está emparentado con el Duque de Guisa, pretendiente a la corona de Francia.

El matrimonio

Habiendo llegado a su conocimiento que la dama poseía más de cuarenta millones de dólares, el Conde le propuso matrimonio y fué inmediatamente aceptado. La unión se verificó en la Oficina del Registro Civil de Westminster, en Londres, el 30 de noviembre de 1927.

Se apresuraron a ocupar su residencia en la Avenida de los Campos Elíseos, que ya pertenecía a la novia.

Horrible engaño.

La desilusión comenzó inmediatamente para la confiada aunque experimentada esposa. La luna de miel parece que no duró más que una hora, y el matrimonio, veinte en total. Presentó su demanda de divorcio a la cuarta cámara del Tribunal Civil de París. En el juicio alegó que inmediatamente después del matrimonio había descubierto que su marido era un aficionado a los narcóticos; lo había sorprendido sorbiendo cocaína una hora después de la ceremonia.

Ante los jueces.

Se produjo entonces algo inesperado y sorprendente. El Conde contradiemandó a la dama por 20 millones de dólares, basándose en las disposiciones de la ley francesa, que reconocen al marido derecho a la mitad de los bienes de la mujer en caso que no hubiere habido capitulaciones matrimoniales.

Este excelente Conde no quería más que veinte millones de ho-



No había transcurrido una hora del matrimonio, cuando Lady Georgina sorprendió a su esposo en el acto de tomar cocaína

norarios por las veinte horas que soportó la carga matrimonial; es decir, a razón de un millón por cada una. La novia alegó que ni siquiera se había portado él como buen marido, porque había estado durante todo ese lapso bajo la influencia de la droga.

La corte concedió el divorcio inmediatamente; pero se prolongó un poco la discusión sobre la demanda del Conde, que, a pesar de todos los esfuerzos de sus abogados, fué rechazada por la Justicia, en atención a que Bertier se había excusado de extender las dichas capitulaciones, dando como razón a su novia que él no le quería por el dinero, por el que era del todo indiferente.

De acuerdo con la declaración de Lady Sholto Douglas, no había transcurrido una hora desde la ceremonia nupcial, cuando sorprendió a su noble esposo en el acto de tomar coña.

Primer divorcio

Lady Georgina es hija de un acaudalado comerciante de Amsterdam, F. R. Mosselman, y considerada como la mujer más rica de Europa. Fué su abuelo quien hizo la fortuna,

traficando con Java y las Indias Orientales, en diamantes, especias, rubies, perlas, caucho y café.

Muy joven se casó con un oficial del ejército inglés. Este matrimonio resultó un desengaño cruel para la dama, que pronto se divorció.

Lord Douglas.

Poco después el romance vino otra vez a buscarla a su propia casa. Se había hecho dueña de una preciosa mansión en Mayfair, el lujoso barrio londinense. En una fiesta que dió ella, conoció a Lord Sholto Douglas, descendiente del "Negro Douglas", aquel famoso guerrero escocés que al morir en defensa de su patria dió órdenes para que su corazón fuera enterrado en Tierra Santa. Su padre fué aquel Marqués de Queensberry que redactó las célebres reglas para el boxeo, y un hermano suyo, Lord Alfred, apareció como testigo en el juicio que se le siguió a Oscar Wilde.

En la familia Douglas no abundaba el dinero, y después de gastar lo poco que tenía, el Lord Sholto se fué a los Estados Unidos donde trabajó como agente de libros, y de joyas.

(Continúa en la página 80).



PUEDE UD. ALEGRAR SU HOGAR

*con las tentadoras facilidades
que ofrece nuestra Casa.*



PIANOS

Steinway & Sons, Hamburgo
Bluethner - C. Bechstein
Roenisch - J. & P. Schiedmayer
E. Seiler - Albert Fahr
Holwede, etc.

Que resumen la totalidad de los
perfeccionamientos mecánicos y
acústicos, logrados en la prepara-
ción de cada instrumento.



63 AÑOS DE EXPERIENCIA

VISITENOS SIN COMPROMISO

AUTO-PIANOS

J. & C. Fischer - E. Seiler
Armstrong - Playotone
Roth Bros.

ELECTRICOS

J. & C. Fischer - Ampico
Steinway & Sons - Welte
Hupfeld con Jazz-Band

Abierta todos los Sábados hasta las 7 de la tarde.

SUCESORA OTTO BECKER LDA.

SANTIAGO:
Ahumada, 113



VALPARAISO.
Esmeralda, 205

Violeta.—Dos años, son muy poca cosa a su edad. Si se casa Ud. a los diecisiete, todavía se habrá casado demasiado joven. No haga Ud. caso a sus amigas.

E. L.—El señor E. L. Correo, Limache, es un joven que adolece del casi incurable defecto de la timidez. Para mejorar de tal defecto, es preciso acudir a todas las fuerzas de que dispone el espíritu, y "entrenarse" como se entrenan los atletas para correr las grandes carreras y ganar los grandes campeonatos. ¿Pero cómo se puede entrenar un tímido? Pues de esta manera: ¿Se siente nervioso o confundido en sociedad? Pues, acudir a ella lo más posible, hasta que la fuerza de la costumbre haga desaparecer ese desagrado. Concurrir a los sitios donde haya mujeres, si las mujeres le intimidan. Acostumbrarse a charlar con ellas, forzarse en fin, en toda forma, hasta que esa timidez tan perjudicial en todo sentido, desaparezca. Pues, el señor E. L. piensa que la correspondencia con una jovencita podría constituir un gran lenitivo para su dolencia. Confiamos, pues, la cura de este tímido joven a alguna lectora de "Para Todos" que se sienta con vocación de enfermera.

Thelma.—La señorita Thelma desea encontrar un joven mayor de 25 años con ganas de pololear, pero que al presente, no esté pololeando. No es bonita ni se encuentra fea. Se encuentra, dice, en un aceptable término medio. Quiere encontrar un "aburrido de la vida" que charle con ella en los ratos de ocio que dejan las horas de oficina. Sirvanse contestar los interesados.

Nené C.—El señor Hidalgo Moreno, desea escribirle. Su dirección es: correo 3. Valparaíso. Dice que él no es un mozalbete desocupado, sino un joven de buena posición a quien ¡qué coincidencia! también le encantan las aventuras.

Porteñita.—Es una chica de 16 años, que desea iniciar correspondencia con algún simpático joven que la supere en edad. Se ruega a los interesados enviar sus direcciones por medio de esta revista.

consultorio sentimental

H. O. U.—Es un joven deportista, recién llegado de Europa, muy buen mozo, así lo asegura él, tanto, que le han querido contratar en una compañía en calidad de galán joven. Este interesante señor desea cartearse con la señorita Aventurera, chillaneja. Su dirección es: Casilla 198. Santiago.

Mae.—Es una morenita, más bien alta que baja, gordita y seriecita, nada coqueta y tiene veintinueve años. Esta señorita, que a juzgar por su auto descripción, es muy apetitosa, desea mantener correspondencia con un muchacho buenmozo, que sea moreno, alto y delgado.

Milly Cody C.—Es una joven de 17 años, alta y rubia, que desea cartearse con un muchacho de 18 a 25. Su dirección es: Correo. Concepción.

Miguel.—Ha escrito la siguiente carta: "de regular estatura, 27 años, de rostro entre moreno y blanco; pelo rubio. Eso en cuanto a mi físico. Me gusta enormemente la literatura. Suelo escribir algunas cosas y con un posible regular acierto. Mi deseo es encontrar una mujer que sepa comprenderme, que sea absolutamente desprejuiciada, pues me cargan las mojigatas. Con una personita así, máxime si a sus cualidades (no importan cuales sean), una la de ser bonita, quisiera escribirme y llegar a ser amigos de verdad. ¿Encontraré lo que deseo?" Hasta aquí la carta de Miguel. La redacción de este consultorio, se hace un deber en recomendar este simpático personaje a las románticas o deportistas lectoras de "Para Todos". Nos "tinca" que el joven en cuestión ha de ser la simpatía misma.

V. V. V.—Nos escribe la siguiente carta: "Deseo mantener correspondencia con señorita (o señora que esté en las mismas condiciones mías), de 18 a 30 años, porteña, bastante instruida, amante de los deportes y del baile, que tenga cara agradable y bonito cuerpo, que sea muy independiente, y sobre todo, que no sea exigente como yo. Que se contente con poco, es decir, conmigo. Lo que deseo, es disipar el tedio que se está apoderando de mi espíritu y ese milagro sólo puede hacerlo una mujer. El que suscribe, tiene 24 años. ¿Feo?, ¿simpático?, ¿atractivo? Eso lo dirá la que me conteste cuando me conozca. Por ahora, sólo me comprometo a mantener correspondencia. Mi dirección es: V. V. V. Correo N.º 1. Valparaíso.

Suscriptora de "Para Todos".—Sentimos aumentar sus celos diciéndoles que efectivamente esa fotografía en los bolsillos de él, nos parece sospechosa. Rompa Ud. con él. Si él insiste y trabaja por obtener de nuevo su confianza, la quierre. Si no se le da gran cosa, procure olvidar. No la quiere y toda insistencia de su parte sería contraproducente.

Malva P.—Sirvase escribir de nuevo a la sección Correspondencia, por Merlina. El Consultorio Sentimental es ajeno a preguntas como la suya.

Una talquina.—De diecisiete años, con su cuerpo y una cara que no dejan nada que desear, pelo negro ondulado y ojos verdes y expresivos, desea mantener correspondencia con un muchacho desconocido de 19 a 23 años, que no sea de Talca. Su dirección es: Lucy H. Correspondencia sobrante. Talca.

Alam.—Joven talquino de buena estatura, rubio, de ojos verdes, no muy feo, huérfano de afecciones y por lo tanto con el corazón lleno de ellas, desearía encontrar entre las lectoras de esta revista, una chica de 18 años que no sea muy fea y que sepa comprenderlo. Su edad, la de Alam, es de 18 años también. Alam, Correo de Talca.

E L A R T E D E S E R B O N I T A

Nadie creería que una discusión en una Academia de Medicina pudiera tener un interés especial para las coquetas, pero es que no se puede sospechar que haya médicos tan decididamente dispuestos a servir la causa de la belleza, con tanto ahínco como lo hacen los que han llevado a la Academia de París la memoria en que se afirma que la belleza es algo que se puede adquirir por poco precio.

El principal campeón de esta idea es el doctor Bourguet, hombre amable, cuyo rostro expresa una extraña mezcla de gravedad y de cordialidad.

Según él la cirugía plástica es tan importante que algunas operaciones realizadas con éxito le han obligado a abandonar su especialidad de enfermedades de la garganta, nariz y oídos. Sus clientes — tanto hombres como mujeres — desdénan las enfermedades para cuidarse únicamente de su físico.

—Probablemente — le han preguntado — ¿tendrá usted más clientes femeninos que masculinos, verdad?

—¡Ah, no, no! — ha contestado el doctor. — Aproximadamente el mismo número. Lo cual no tiene nada de extraño; al contrario, es muy natural. Evidentemente el deseo de agrandar es más fuerte en la mujer que en el hombre, pero esto no impide que haya muchos hombres que vienen a mí diciendo: Doctor, no puedo casarme porque tengo una nariz ridícula. O bien: No triunfo en mis negocios, porque no me puedo imponer; la gente se ríe en mis narices.

Realmente, el físico ocupa una parte considerable en la suma de valores del individuo. Sin querer ser un Adonis, es legítimo que el hombre se preocupe de tener un aspecto normal. Para las mujeres, la cuestión es mucho más importante aún. No cabe negar que la belleza es una fuerza, y ¿por qué privarse de ella si se la puede tener? Hay casos en que un cambio ligerísimo en una fisonomía sería suficiente para operar la más asombrosa transformación.

Según el doctor Bourguet, en su mayoría, sus clientes exageran un tanto la trascendencia de su fealdad, eleván-

dola por lo general a la categoría de tragedia y suplicando llevados de su obsesión, que se les libre de sus atroces sufrimientos morales. Los hay tan obsesionados o tan locos que han llegado a intentar el suicidio.

Aunque no sea más que como terapéutica de la locura, hay que declarar bueno este progreso de la cirugía, que nos librará, además, de muchos de esos seres que nos son antipáticos sin saber por qué. Parece, por otra parte, que ya no se trata de ninguna broma y que después de cada operación se nota una mejora real, lograda sin peligro y sin dolor gracias a una simple anestesia local. La cicatriz que queda, tratada con un cuidado especial, es tan leve, que puede calificarse de invisible.

Para convertir una nariz de pico de loro en una nariz recta como la de una estatua griega basta con cortar un poco de hueso. Si, por el contrario, se trata de una nariz chata y vergonzante, bastará con crearle artificialmente un caballete con la ayuda de un trocito de costilla, para que se convierta en noble y aquilina.

Las arrugas que afean los lados de la nariz y las comisuras de los labios desaparecen rellenándolas con un poco de tejido graso, que se saca de cualquiera de las partes carnosas del individuo. La pata de gallo no requiere para desaparecer más que un par de incisiones bien hechas, y las orejas grandes se recortan con unas tijeras y luego se les devuelve su forma habitual.

En todo, lo más tres días, el pequeño y torturador defecto desaparece, para ceder su sitio a la perfección.

El descubrimiento es superior a la fábula. Las aguas de la fuente Juvencia devolvían la juventud, pero no podían devolver la belleza más que con la condición de que hubiera existido alguna vez, mientras que este experto cirujano, burlándose de la edad y el tiempo, crea la belleza con sus escalpelos y abre las puertas de la felicidad a los feos, porque para un feo, el convertirse en hermoso, debe ser algo más interesante que recibir una herencia.

LA MUJER Por Henri Barbusse

La casucha donde vejetaban las dos mujeres era tan baja, tan negra, que el día que entraba se convertía en noche, y solo se veían los rincones de la pieza mal enladrillada, pedregosa y terrosa como un final de mal camino.

La flaca moribunda se levantó sobre su jergón al débil resplandor que caía de la claraboya, y dijo a su hija María:

—Cuando haya muerto, ve a buscar a tu hermano que se ha quedado en la mina, allá abajo, desde que se enojó con tu padre. Unanse, puesto que ustedes dos se quedarán huérfanos. Es natural, y esto será bien visto. Tú lo reconocerás, en todo caso, por su nombre. Tú lo ayudarás, y él también a ti, porque no es mal muchacho, tú lo sabes.

Cuando ella profirió estas palabras, estaba en su último trance, y se calló para siempre en la noche que vino.

Después del entierro, María — que llevaba un vestido gris y había retirado la flor de su sombrero en señal de duelo — tomó la línea del ferrocarril, luego marchó a través de los campos del país negro para encontrar a su hermano Juan.

Los caminos que conducían a la mina de hulla eran cada vez más sombríos a medida que se avanzaba cerca de ella. Una vasta nube borrasca parecía haberse extendido allí y haberse destefinado sobre la tierra.

Ella tomó un cuarto en uno de los hoteles de la calle principal, hecha de casas ennegrecidas por la polvareda y el cisco del espacio. Al atardecer, ella acechaba en medio de las mujeres de los obreros, la salida de los pozos. Fué trastornada por el alarido de las sirenas, luego por la multitud lenta y pesada de trabajadores que salían del agujero y se iban todos en la misma dirección como un cortejo funerario.

Entre ellos, María reconoció a su hermano, a pesar de que cuando se separaron éste sólo tenía quince años. Sí, era sin duda Juan, su carita paliducha, demasiado pequeñita, demasiado pálida, su cuerpo grande, muy grande. Tenía el aire diferente a los otros, pero parecía estar profundamente solitario.

—¡Dios mío!...

María advirtió que sus compañeros lo empujaban, bromeaban, se burlaban de él. El muchacho se debatía, se desprendió, echó a andar.

Ella lo siguió. Entró en un hotel amueblado, después de haber levantado la cabeza para reconocer bien la casa, a la manera de la gente tímida. Salíó al poco rato, penetrando luego en la fonda para cenar. Se detuvo en el umbral como espantado del ruido; después con paso maquinal, se fué a agazapar en el rincón más alejado de la sala.

¿Ni mujer, ni amiga, entonces? Es raro... Era seguro que ella podría instalarse sin estorbo cerca de su hermano: ¡una gran cosa! Y esta facilidad que ella encontraba desde su aventurado arribo le apretaba el corazón... Siguiéndole, ella entró al restaurant. Se sentó enfrente de él, a dos mesas de distancia, rodeada de gentes que comían chillando. Juan tenía una expresión de fastidio, de duelo, a pesar de que no había podido conocer todavía la muerte de su madre. La desnuda claridad de una mariposa de gas ponía sobre su ósea faz, líneas negras y placas blancas.

—¡Eh!, ¡qué hermoso muchacho!...

Para Todos-3.



Algunos graciosos, entre los cuales una arpa encintada, los ojos aguardentosos, la mueca respingona y móvil, se habían detenido frente al joven y lo interpelaban irónicamente. Avergonzado, balbuciente, bajó la nariz sobre su plato. Los burlones terminaron por irse. Pero risas femeninas habían estallado alrededor.

¡Ah!, el hermano que ella volvía a encontrar era ridículo, era un objeto de burlas. Nadie lo quería; y era precisamente para huir cuanto antes a los hombres y a las mujeres que regresaba del trabajo, escapándose, y que comía acorralado en el extremo rincón de la posada.

Lágrimas asomaron a los ojos de María. ¡Cuánta piedad tuvo de él! Pero al fin ella había venido... Ella endulzaría su vida. Ella sería toda su familia. Tendrían una casita y, gracias a ella, la chimenea estaría adornada con flores.

Antes de deslizarse fuera del lugar donde ella estaba oprimida por el tornillo móvil de sus vecinos, lo miró largamente. En ese instante, por azar, él levantó la cabeza y también la miró.

Ella le sonrió.

Entonces Juan permaneció con la boca abierta, atónito, viendo que una mujer le sonreía.

Ella enrojeció: él no podía reconocerla. Cómo iba a imaginarse que... Instintivamente, María bajó los párpados, pero instintivamente, los volvió a levantar. El la contemplaba siempre, con sus ojos inmensamente abiertos que, sobre su cara pálida brillaban como lágrimas. Y esta cara revelaba una sorpresa tan desgarradora, que María tembló toda entera y, de nuevo, sonrió.

La escena no había escapado a los comensales puestos a la mesa en la sala en ruidosa algarabía. ¡El Cadiot y la gentil desconocida se guiñaban el ojo! Los trabajadores se tocaban, se codeaban y, estupefactos, vigilaban el manejo:

—¡Eh! ¡Ah!, ¡es verdad! ¡Ah, es bien cierto!, cuchicheaban.

María, cortada, permaneció cohibida y terminó de cenar sin arriesgar nuevas miradas, a pesar de que ella se sintió obser-

vada obstinadamente por él, y después por todos.

Al llegar el café, la sala quedó media vacía.

Ella se levantó entonces y se acercó hacia su hermano. Este, cuando se dió cuenta que era él a quien ella se dirigía, se puso de pie viéndola próxima, y para hacer cesar el error, el equivoco que presentía dió su nombre:

—Soy Juan Cadiot.

Ella abrió la boca para decir: "¡Y bien, yo soy María; tú lo sabes, María!"; pero él miraba esa boca fresca llena de una esperanza tan extraordinaria, que, sin comprender lo que pasaba en ella, continuó silenciosa, limitándose a sonreír y a permanecer allí.

El hombre se decidió por fin a murmurar:

—¿Quiere usted que salgamos de aquí?

Salieron juntos, torpe y lentamente. Entre las gentes que estaban en el restaurant obrero, se hizo a su paso un gran silencio. Apenas estuvieron fuera, Juan la tocó, luego la cogió del brazo. Ella se dejaba hacer. ¿Por qué no disipaba lo antes posible la penosa y desoladora equivocación? ¿Por qué? Ella dijo solamente:

—¿Usted vive completamente

solo?

—Naturalmente, le respondió.

Después de un esfuerzo, balbució:

¿Por qué se le ocurre preguntar eso? Es tan raro que alguien se ocupe de mí. Yo no soy rico, ¿sabe usted? Ellos, los otros, encuentran también esto curioso.

—¿Es que se me quiere a mí? Comprendo esto, pero es por decir...

Hablaba difícilmente de ese género de cosas, como si estuviera completamente vacío y deshabitado de esas palabras.

En lugar de revelarle todo en ese momento, ella prosiguió casi en voz baja:

—Usted tiene un aspecto dulce. Hay mujeres que serían felices con usted.

—No se me ha dicho nunca esto, musitó el joven.

—Usted ve, yo misma se lo digo.

—Usted... ¡Usted!...

Bruscamente alargó sus largos brazos alrededor de los hombros de su compañera y la atrajo hacia él para abrazarla. Sus labios deshojaron las mejillas de la muchacha. Ella lo rechazó.

—No, no...

Permaneció juicioso, el brazo caído como un esclavo.

—Escuche, le dijo María, no hay que amarme. Yo sería desgraciada si usted me quisiera. No soy libre; no soy dueña de mí libertad. ¡Si usted supiera! Y voy a partir de este país. Pero otras mujeres no solamente yo, encontrarán que usted es bien distinto de los demás hombres.

—¡Ah! — dijo él —. ¡Ah!, ¿qué, qué?... Se había plantado ante ella en éxtasis.

—¿Amarme, a mí? ¿Es esto posible? Dígame por favor: ¿usted me amaría si fuera libre?

—Sí, dijo ella. Adiós. Sí...

Ella desapareció, y él permaneció en ese lugar, erguido, pálido e iluminado como un cirio. Sus ojos, su faz, todo su ser brillaba con un magnífico reflejo de mujer.

En adelante estaba adornado con un tesoro incalculable y también con un talismán

Continúa en la pag. 20.

Ida Rubinstein

TENIA SU LEYENDA ANTES
QUE SE VIESE SU OBRA

Foto Abbé.

La Yándara, me la dió a conocer. La Yándara, el bello pintor de elegancias excepcionales: mundanas enfermas de literatura, burguesas enfermas de rareza, cortesanas enfermas de bondad.

—Yo he tenido muchos fantasmas y pájaros raros, al extremo de mi pincel, me decía. Pero ninguna mujer tanto como la condesa Rubinstein, me ha dado impresión de misterio, de irrealdad, casi... Tiene ojos que, traslúcidos, dan la sensación de estar vacíos, como los de las estatuas antiguas y, en una faz de cera gris, dientes que harían temblar y encontrarían la sombra de Edgard Poe... Y ni siquiera la Pasati me turbó nunca tanto...

Un novelista la tomó de modelo para su heroína: "Origen oriental y fortuna desconocida; vida mezclada a todos los fastuos del mundo y de la moda; casas en Anatolia, palacios de Etiopía, museos en toda Europa. Y cuando pasa por París, la ráfaga en el barrio de la Place Vendôme de todo lo que se le ofrece y que la seduce, y esta manía de hacer destruir, como el cobre de un grabado de limitado tiraje, las piezas de seda de las cuales se han sacado sus abrigos y sus trajes..."

Se apareció a mí por la primera vez en el Hotel Bristol, que existía todavía y donde ella se había hecho reservar el departamento de los reyes. Alfombras de pieles conducían hasta la última habitación donde, sobre una especie de cátedra levantada se mantenía la artista, inmóvil, y pequeña como la



Estudio de piernas en una repetición.



En pleno trabajo. Las bailarinas, repiten una frase del ballet sacado de "Paysans", de Schubert, que va a ser interpretado por la troupe de Ida Rubinstein.

mujer de un faraón, la boca entreabierta, y los dedos aún más pálidos que los labios.

¡El decorado, valía la leyenda! Pero, de la manera más sencilla del mundo, Ida Rubinstein, me expuso sus proyectos: montar, como lo merecían las obras de los grandes poetas, sobre grandes escenas. Y citaba nombres: d'Anunzio, Verhaeren, Brueheller...

Y yo escuchaba escéptico sus palabras, semejantes a las palabras de otras grandes damas. Pero frente a la leyenda y al decorado, a pesar del envío de sonetos de Robert, de Montesquiare, era el trabajo en el desnudo, estudio, salvo un espejo y algunas fotografías de museos, en medio de artistas como Bakst, Fokine, Chanine, Meyerhold, Benois, cuando no iba a visitar a su gran camarada, luego su gran amiga, Sarah Bernhardt.

Dieciséis años después, miró el camino recorrido, la obra perfecta. Es primero el arquero divino y la cortesana maldita, el San Sebastián y la Pissanelle de Gabriel d'Anunzio.

El poeta me decía:

—No diré que he escrito esas obras para Ida Rubinstein. Nunca, por modesto que sea, un autor debe escribir para una intérprete, por grande que ésta sea. Pero creo que no solamente el alma de mis personajes ha descendido en Ida Rubinstein, sino que, por especie de mimetismo divino, ella ha sabido encontrar sus cuerpos en el Arquero como en esta Pissanelle, que en cada gesto hace surgir a Giotto y Mantegna y Cimabúe de sus frescos, de sus tumbas... ¡Y en Phœdre, mi leona de los grandes pies!... Porque ella sube aún Phœdre en la Opera, después de "La emperatriz de las rocas" de Bouchellier, "Hélène" de Verhaeren, la tragedia de Salomé, de Wilde, "El Idiota", de Dostoievsky, y aún la melancólica e irreal "Dama de las Camélias", que romantiza en una atmósfera de Chopin... Y otras obras de guerra de la cual no quiere que se hable... ¿Sobre qué esplendores, la maga levantará mañana la académica y solemne cortina de la Opera con Derain, Matisse y Picasso?

Ya sabemos que será un hermoso combate. Pero la victoria está ya en tu espíritu como en el extremo de tu paso, ¡oh!, tú, que fuiste Diana...

GEORGES MICHEL.



TODOS LO DIGEN...

Si quiere que sus chicos sean sanos y robustos, deles

MILKO
M.R.

la mejor leche desecada.

Elaborada por la
COMPAÑIA AGRICOLA SAN VICENTE

DISTRIBUIDORES GENERALES:
DROGUERIA DEL PACIFICO S. A.
(Suc. de Daube y Cía.)

VALPARAISO - SANTIAGO - CONCEPCION
— ANTOFAGASTA —

CONSEJOS A LA SEÑORITA

La finura y la distinción de una mujer, agregan un gran encanto a su belleza.

Los rasgos más bellos no impresionan cuando los lleva consigo una persona vulgar.

No es necesario ser muy hermosa para poseer esa línea, ese encanto, ese tacto que hacen de una mujer una maravilla viviente.

La distinción nativa la procura principalmente la buena educación. Es a la niña y al niño a quienes hay que inculcarles en primer término la discreción; nada más desagradable que aquellos niños que lo tocan todo, que lo registran todo, que lo preguntan todo.

Esta discreción, impuesta con firmeza, les inculcará ese control consigo mismo, sin el cual es imposible ambicionar el título de gentes "comme il faut".

La marcha, la tenida en la mesa, y en los sitios públicos, jardines, iglesias, teatros, deben ser cuidadosamente vigiladas.

La manera de hablar tiene una gran importancia: nada más vulgar que una voz fuerte, nasal, chillona. La decencia de la toilette, del peinado, el cuidado de las manos, son pequeños detalles que, abandonados, engendran la vulgaridad.

No se puede aprender la distinción en libros, ni prever todos los casos en que será preciso desplegar el tacto y la presencia de espíritu necesarios. Pero se puede, por una disciplina constante, practicada desde la infancia, modificar el conjunto, mejorar la manera de andar, crear, en fin, la armonía de un espíritu y de un cuerpo cultivado, afinado, progresando en perpetuo equilibrio hacia la gracia y la belleza.

Z O Ñ E.

DENTRO DE MIL AÑOS NO EXISTIRAN TENORES

"Uno de los más distinguidos sabios de Francia, ha hecho recientemente unas extrañas declaraciones sobre la voz humana.

Dicho sabio afirmó que la voz humana sufre una modificación ligera, pero constante, y que tiende a bajar de tono, de generación a generación. Nuestros antepasados ignoraban casi completamente lo que era una voz de bajo. La voz de falsete constituía por entonces la regla general.

Este mismo sabio nos asegura que, en la actualidad el tono más conocido es el de baritono; pero, añade, es muy sensible la debilitación de la voz, que tiende hacia la de bajo.

Si hemos de creer en sus aseveraciones, esta variación es todavía más perceptible entre las mujeres que entre los hombres. Las nueve décimas partes del sexo femenino eran en otros tiempos sopranos. Ahora, todos los profesores de música tienden a reconocer que la de soprano es una voz cada día más rara y que ya los "mezzo-sopranos" no son tampoco muy comunes.

De aquí a tres mil años, concluye el sabio en referencia, toda la Humanidad tendrá una voz cavernosa. De estos modos, nuestros actuales cantantes no tienen todavía por qué alarmarse, porque al fin de cuentas, les dan un plazo de trescientos siglos para perder la voz".

LA MUJER ————— Continuación de la pag. 17.
que sin duda le daría el valor y la fuerza de arrostrar la vida y la felicidad.

Ella se había escurrido en el pasillo del hotel y sepultado en su pequeño cuarto efímero donde, al alba, saldría huyendo muy lejos. Le estaba prohibido ahora volver a ver al abandonado, por el cual había preferido ser, más bien que una verdadera hermana, el fantasma de una verdadera mujer. Y ella lloró al mismo tiempo de tristeza y de alegría.



¿Es la bella Lya de Putti mujer fatal?

P o r

GERMAN GOMEZ DE LA MATA

Hace meses, en París, quiso suicidarse un señor a la puerta de un cinematógrafo del "boulevard"; trasladado a una clínica de urgencia, declaró el herido ser esposo de la artista que interpretaba la heroína del "film" cuyo éxito enriquecía entonces a los empresarios del local aquel; al parecer, las privanzas de su cónyuge hacia un actor compañero suyo debieron de imbuirle tan trágico designio. El "film" de autos se titulaba "Varietés" y la artista en cuestión se llamaba Lya de Putti.

Nuestra discreta tolerancia nos veda discernir si obedecía o no a un motivo efectivo la actitud del frustrado suicida; pero su gesto escandaloso atrajo unánime atención sobre la presunta infiel, ya actriz eminente. ¿Admiraríamos el juego escénico de una mujer fatal, de la última mujer fatal acaso?...

No; Lya de Putti no resulta una mujer fatal, ni apenas desarrolla juego escénico alguno, sincerísima en resumen; resulta, sí, mujer a secas, muy mujer—lo cual supone algo en nuestros tiempos de "flappers y garconnes"—y desarrolla una coquetería gentil, una coquetería épica a fuerza de sencillez, estamos lejos de las vampiras al estilo californiano y de las rubias "girls" todopoderosas al gusto de Chicago o Nueva York, lejos también de las bellas judías a la moda europea de 1850 y de las decadentistas Aspasia, fin de siglo. Lya de Putti nos seduce por mostrárenos profundamente femenina, sin el menor apoyo de perversidades o predestinaciones, linda como los animales lindos y simple como los simples impetus de la naturaleza. Claro que una mujer así, a la postre, emana siempre cierta fatalidad, aunque no se lo proponga; mas de ella a la denominada "mujer fatal" por la novelaria multitudinaria, media un abismo de literatura.

¡Oh! Esta "Vedette", que desde la pantalla electriza hoy al público, tiene poco de literaria, gracias a Dios, y en buena hora lo digamos; viviente, explicándose el entusiasmo que provoca: "primum est vivere"... Sin embargo, la vida no se denota de continuo noble, y Lya de Putti viviente, femenina, coqueta, desempeña a menudo papeles de hembra casquivana, una especialidad ni mejor, ni peor que otras especialidades. Añadamos que los desempeña bien; su comprensión encarna a maravilla las almas menos alevés que leves, almas de mariposa impregnada de un perfume erótico, a las cuales sirve Manon Lescaut de prototipo. "¿Y no se manifiesta fatal Manon para su caballero?..."; argüirá alguien. ¿Por qué?, objetamos nosotros. Si el aroma de cualquier flor de amor envenena a quien lo aspira, consideramos que no cuántos lo aspiran se envenenan. En realidad, jamás han existido mujeres fatales, sino sólo hombres fatalizados. Nos los prueba Lya de Putti, tras de saber asimilarse el espíritu ingenuo de Manon Lescaut.

Ahora admitida la no fatalidad de la mujer, sin negar tampoco la fatalización del hombre, hablemos del hechizo femenino. No consiste en la hermosura plástica, no radica en las prendas morales; se trata de un acre efluvio que a su vista nos envuelve, de una obnubilación producida por el conjunto de sus cualidades y defectos, conjunto armónico a la manera de una máquina que funciona con imperfecciones, pues lo cabal no se equipara a lo impecable. Todo esto lo reaprendemos asimismo ante Lya de Putti, mientras plasma la protagonista de "Varietés", la amante del infeliz Des Grieux o una pobre lumia de puerco. ¿Qué nos enamora de estas criaturas?... Su inconsciencia, quizás...

Una frente abonada por pensamientos frívolos bajo un flequillo cándido de niña, unos ojos tristes, una boca donde

anidan besos, un cuerpo de sirena; he aquí las armas físicas de tantas personitas, cuya carne de ensueño anima la esplendorosa "star".

Nos complace regatear a la moderna maga del "cine" su talento dramático, para no creer más que en su intuición; nos complace inclusive atisbar los puntos débiles de su belleza, que no resistiría un frío examen crítico para definirla luego acababa allende cánones; nos complace, por último, su ausencia de fatídicos dones, amén de su absoluta falta de pose para disculparla no importa qué... A trueque de no estimarla casi, la necesita nuestro anhelo de espectadores, según necesitaba el caballero de Manon, y caemos a sus pies, murmurando devotos:

—¡Ave, fémna!

Es durante el veraneo cuando la mujer verdaderamente elegante debe cuidar con mayor celo de su cutis, porque el sol, el agua de mar, el aire salino o del campo, son agentes destructores de la piel y NO HAY ELEGANCIA POSIBLE con un cutis que se ve rojo y luego empieza a descamarse.



La
Velouté
de
Dixor
M. R.
Paris

está al alcance de todas, para preservar la piel de la acción funesto de aquellos agentes destructores.

Se prepara en blanco, natural, marfil y también en ocre, para las que desean parecer quemadas.

Enviamos
3 tubitos de
muestra contra
\$ 1.00 para fran-
queo.

SALAZAR & NEY

ARTURO PRAT, 221.—CASILLA 1034.—SANTIAGO

Sugestiones para el Guardarropa Infantil

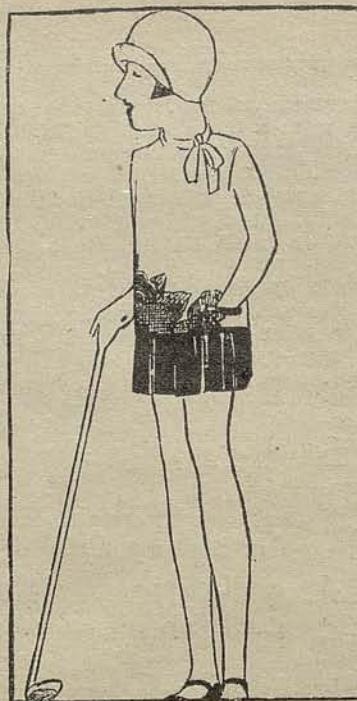


Recién recibimos un enorme surtido de modelos en calzado fino para caballeros.

Nuestro calzado de zuela de goma para caballeros, es lo mejor que puede usted obtener en plaza.

PEDIDOS DE PROVINCIAS:

CASILLA 3432
"LA FLORIDA"
 502 - Puente - 506



Cuando sea necesario lavar algunas prendas a causa del estado deslucido en que se encuentren, se tendrá cuidado de sacar antes los adornos que puedan destefir, no mezclando nunca ropas de distintos colores, pues corren el riesgo de mancharse unas a otras.

El destefido se evitará agregando algunas cucharadas grandes de vinagre blanco o sal a la última agua de enjuague, dejando la ropa en este líquido durante un cuarto de hora a fin de que salga completamente el jaçón. Una vez sacada se tiende sin torcer y se aplancha por el revés, estando aún húmeda.

Pero no solamente deben conocerse los sistemas de limpieza, sino que es además imprescindible saber alargar o ensanchar las vestimentas infantiles, como puede verse en los modelos que ilustran esta página. El

primero es un vestido de linón blanco, que para alargarlo se le ha colocado un canesú de cretona floreada. Bolsillos de esta misma tela alegran el conjunto.

Un vestido de tobalco estampado que haya quedado angosto y corto, se puede utilizar como lo indica el modelo número dos, añadiéndole una blusita de este mismo género, pero liso. Igualmente dificultades se ven resueltas en el trajeçito de cretonas que figura en el tercer grabado, el que ha sido transformado mediante unas tiras verticales de tela lisa de cinco centímetros de ancho y otra en el bajo.

Aprovechando un vestidito de jersey blanco que haya quedado corto, se le añade una pollerita de idéntico material rojo. El corsaje se bordará con bonitas flores hechas en lana de distintos colores.



DESDE PARIS



tras que el delantero recoge la línea de su borde en forma contraria, con graciosa arbitrariedad que permite mejor el lucimiento de las medias de gasa en un rosado carne, y los lindos zapatitos bordados como el traje en topacios, amatistas y strass ya que las faldas tan cortas como aquellos que lucieron su brevedad en anteriores temporadas, se consideran fuera de la moda y aun más en esta clase de trajes en que desigualdades de paños insertos cortados en forma proporcionan línea esbelta, favorecedora de aquellas tendencias de otros días en pro de un aspecto mejor entendido, sin esa exagerada apariencia infantil un poco humorística en algunos casos.



Es evidente que la moda, cuyas creaciones desfilan ahora en continuada marcha hacia el triunfo deseado de la selección profusa, no ofrece en realidad esa deseada renovación efectiva. Todas las colecciones notables por el prestigio bien ganado de sus creadores, sólo ofrecen detalles de novedad que proporcionan al conjunto grato interés, dentro de las amables líneas conocidas.

Así, pues, tenemos trajecitos juveniles en crespones mates, de tonos pastelizados, entre los que destacan verdes malaquita y rosados ambiguos; para las fiestas de la noche, encajes de plata y oro, que trazan los breves cuerpos sencillos y se rizan ampliamente en sus faldas de volantes grandes, iniciando su favor hacia las colas olvidadas, al prolongar su longitud casi rozando el suelo en graciosa onda suave indicada de un costado al otro, mien-



SECCION ESPECIAL
AJUARES PARA NOVIAS
CONFECCIONES SOBRE MEDIDA

El Rimassa & Cia

CLARA 270 SANTIAGO

FABRICANTES EN
LENCERIA FINA
MANTELERIA
ROPA DE CAMA

CALEFACCION POR RADIOTELEGRAFIA

"La "General Electric Company", de Nueva York, se propone pronunciar para muy pronto la última palabra en la Radiotelegrafía. Para ello, su personal técnico estudia actualmente, en los laboratorios de investigaciones, la utilización de unos aparatos especiales que ofrecen, sin duda alguna, un enorme interés para la economía doméstica. Porque el problema técnico que ha sido presentado a la resolución de aquellos investigadores es nada menos que la transforma-

ción de las ondas radiotelegráficas en energía calorífica.

Según se asegura, los primeros experimentos han dado resultados verdaderamente positivos y halagadores.

Se trata precisamente de concentrar la energía radioeléctrica en caloríferos especiales instalados en determinadas habitaciones, los cuales harían perfecto juego con los aparatos frigoríficos instalados con anterioridad en numerosas cocinas privadas. El ca-

lor transmitido a distancia podría ser concentrado en dichos caloríferos de manera que permitiese utilizarlo, muy particularmente, en determinados usos de carácter doméstico y culinario, como, por ejemplo, freír huevos, calentar agua, etc., etc.

Es verdad que es todavía necesario realizar nuevas experiencias ulteriores, pero ya han declarado públicamente los técnicos encargados del estudio que la utilización de aquellos aparatos es ya cuestión de poco tiempo."

S O B R E E L T U T E O

Es sabido que el tuteo no existe en ciertos idiomas, y particularmente en la lengua inglesa. Muchos artículos de diario lo han atacado entre nosotros.

Se ha hecho notar que él no implica de ninguna manera una prueba de ternura y que un "I love you" es tan sincero como un "Je t'aime".

Es cierto. Las palabras no son nada. Todo depende de los sentimientos que ellas entrañan. Pero me parece que el tuteo es una de las gracias de nuestra lengua.

Sin embargo, no quisiera que se abusara de él.

Me parece odioso que ciertos individuos, bajo el agrado de una reciente opulencia, se permitan tutear a los mozos de café, choferes de taxi y criados, que están obligados a contestar con un ceremonioso usted. Por eso me parece razonable que acabe de prohibirse tutear a los enfermos en los hospitales.

El tuteo debe ser bilateral. No tuteemos a aquellos que no pueden tutearnos. De otro modo infligimos a nuestros semejantes una humillación inútil y ello es prueba de poca delicadeza. El tuteo que se emplea espontáneamente al dirigirse a un niño es otra cosa. Va adornado de un sentimiento de afección protectora.

En ciertas provincias, pero esta costumbre se va perdiendo, los hijos no tutean a los padres.

Pero aquí yo quiero referirme especialmente al tuteo amoroso o al tuteo entre los esposos.

El tú en boca de una mujer que no prodiga esta forma de expresión, adquiere matices exquisitos.

Indica un abandono y una confianza que no podría expresar el usted.

Es chocante la manía de tuteo que existe entre los comediantes. En el teatro como en las Cámaras, todo el mundo se trata de tú.

Un día le decía yo a una amiga que es artista de teatro y cuya vida privada, por ser como es, fuerza al respeto de todo el mundo:

—¿Cómo puede usted tutear a su marido, siendo que todos sus camaradas le tutean? Me parece que yo le diría usted a mi marido si fuese actriz.

Y ella me respondió:

—Le digo tú, pero no es el mismo tú. El tú que le digo a mi marido viene de mi corazón, y el que acuerdo a mis camaradas es banal, como una costumbre, y no despierta en mí ningún eco. Créamelo. Todo eso es convencional. Madame de Sévigné decía usted a su hija, y es sabido en qué forma la idolatraba. Hoy día, evidentemente, ella le diría tú. Los usos se transforman, pero los sentimientos primordiales de la humanidad permanecen.

El tuteo es apreciable cuando es una cosa llena de pudor y de gracia, que se reviste de un carácter excepcional.

Tuteando al marido que ama, una mujer revela toda su ternura y su fervor, su total abandono, porque no tutea sino a él, a sus parientes y a sus hijos.

MARTINA.



Para resistir y permanecer insensible a todos los embates del mal tiempo, que amenazan desde la más fuerte salud al organismo más débil, atacándolo en forma de TOS, GRIPPE, CATARRO, ASMA, BRONQUITIS, o bien desarrollando una TUBERCULOSIS incipiente -- que son las más peligrosas enfermedades propias de esta época del año--; para tener pecho de acero, pulmones de acero, y energía muscular de acero, y ver transcurrir el peligroso invierno sin quebranto para su salud, tome usted el infalible, científico y admirable remedio

JARABE
Resyl M.A.

Formula: Eter glicérico-guayacólico soluble.

EN TODAS LAS FARMACIAS

Se presenta también en comprimidos forma muy práctica para las personas ocupadas.

Si Vd sufre
de dolor de cabeza...
Si la jaqueca machaca su cerebro...
Si un dolor de muelas lo vuelve loco...
Si la gripe lo acecha...
Si el reumatismo lo martiriza...
Si la fiebre lo agobia...
No VACILE:
con 1 o 2 Comprimidos de **ASCÉINE M.R.**
(Acido acetil-salicílico, acet para fenetidina, cafeína)
sanará radicalmente en algunos minutos todo dolor

Tolerancia perfecta. Ninguna acción nociva sobre el estómago ni el corazón.



De venta en todas las farmacias
Tubos de 20 comprimidos y sobresitos de 1 y 2 comprimidos
Concesionario para Chile:
Am. Ferraris - Casilla 29 D. - Santiago

El Coleccionista de Crucifijos

NOVELA CORTA.—Por Guido da Verona

NO sé por qué en aquel momento comprendí que sería la última vez. ¿Cómo lo comprendí? No sabría decirlo. Fue un verdadero presentimiento; una de esas certezas carentes de motivos que nos hacen pensar en lo inconocible.

Por tres veces habíamos debido renunciar a nuestra cita. Ella no podía disponer de sí misma sino a través de una red de infinitas astucias, que por lo general, fracasaban.

Esa misma mañana me había renovado la cita por teléfono. Al contestarle que la esperaría toda la tarde, una voz irónica, que parecía surgir de mi corazón, me advirtió que no vendría. Esa exasperante indecisión precedía todas nuestras citas. Y a pesar de amarnos desde hacía dos años, éramos, en realidad, dos extraños; más extraños aún que cuando no nos conocíamos. Para verla, para cambiar con ella dos palabras furtivas, debía someterme a un verdadero calvario. El hecho de que lo soportase probaba ya la intensidad de mi pasión.

¿Podía llamarse una gran pasión? Tampoco sabría decirlo. Tenía, por lo menos, todas las apariencias de ello. Todas las angustias. Todas las zozobras que se agitan en el fondo de los verdaderos amores.

Estaba casada con un hombre poderoso; tan poderoso que la sola idea de traicionarlo constituía una locura. Era uno de esos hombres que tal vez no profesan ningún afecto a su esposa, pero que cuentan con orgullo y fuerzas suficientes para reducir a polvo a la mujer infiel y a su amado, en cuanto sospechan la verdad. Era un potentado, uno de esos magnates de las finanzas, que aplastan sin conmiseración a sus rivales, a sus enemigos; uno de esos tiranos de la edad moderna; uno de esos hombres fuertes, en quienes la patria confía y en quienes deposita sus vanas esperanzas de credulidad popular.

Absorbida por las preocupaciones mundanas inherentes a la posición del marido, ella debía efectuar grandes sacrificios para tener una hora libre. Lo imprevisible se interponía casi siempre entre nosotros, impidiéndonos vernos. Y así, en dos años apenas nos habíamos encontrado diez veces. Diez veces en que nuestros corazones se estrujaban sobresaltados al menor rumor, en que nuestros ojos se volvían temerosos al reloj implacable.

Estábamos rodeados de enemigos: el esposo, sus parientes, sus relaciones, los otros hombres a quienes le había dicho que no. Yo mismo dudaba, a veces, de la realidad de mi aventura.

Nos habíamos unido al azar, único Dios de la vida. El azar y el capricho, quizá. Una noche, al terminar una larga danza, ella me murmuró, casi en la boca, una palabra que no comprendí. Y nos vimos.

Pasaron dos lentos años. Dos años: los últimos dos años de su juventud, los más graves, los más turbulentos, los más terribles.

Casi no nos hablábamos. Pero yo pensaba en ella todas las noches, todos los días. Había en nuestra pasión algo espiritual, y divino; ese algo que necesitábamos para resignarnos a vivir las cosas comunes. Aunque sólo pudiese besarla cada tres meses, mis dedos estaban constantemente impregnados de su perfume. Su palidez, el reflejo de sus grandes ojos negros, brillaban en todos mis pensamientos cuando otras mujeres, quizá más hermosas que ella, me preguntaban sonriendo: "¿Sigue alimentando usted aquel amor sin esperanzas?"

Me escribía. Pero sus cartas eran breves, escuetas, sin amor cual las de un espíritu presuroso y distraído que no nacía el suyo. Para evitar complicaciones, me había prohibi-

Guido da Verona, el maestro de la novela italiana, el autor de "Lo que no se debe amar", es el autor de esta bonita y patética novela corta, en la cual la maestría del sentimiento encanta y sugestióna.



do que le contestase. Como todos los enamorados, yo le escribía con frecuencia largas cartas de diez páginas, que después arrojaba al fuego.

Era alta, delgada; llevaba un nombre hermoso; tenía la voz tibia y queda. Dejaba, en los lugares donde había estado, la obsesión de su presencia. Cuando daba un beso, ese beso abría primero un surco en el alma y luego otro en los sentidos. Y por las noches, en el teatro, cuando las perlas tallaban con reflejos helados la marmórea desnudez de su cuello, hubiera dado cinco años de mi vida para raptarla a los que la rodeaban.

No sé cuántas veces le había aguardado en vano. Y ahora la esperaba con una sensación de fría inquietud, no obstante tener la seguridad de que no la vería. Como los otros días, pasarían diez minutos, una hora, dos horas; y luego las agujas de los relojes girarían recorriendo ese segmento del cuadrante en que toda posibilidad estaba descartada: la noche.

Si aparecía una mujer, yo levantaba lentamente los ojos para ver si era ella. Mientras mis ojos trataban de reconocer sus facciones en otros semblantes, mi espíritu resignado y sarcástico, se anticipaba a mi desilusión, advirtiéndome que no podía ser ella.

No quería verme en mi departamento, sino en mi hotel. Capricho de mujer, se diría. Pero, no. Ella tenía razón. Donde más gente hay, menos observado se es. Poco me interesaba el lugar donde me hallaba. Sabía que ella no vendría. Y mis sentimientos se cansaban; porque los sentimientos son cosas vivas, que en un determinado lugar del camino caen de rodillas exhaustas, después de haber marchado y marchado.

Vino, sin embargo. Llegó envuelta en una piel que la cubría hasta la barbilla, con un gorro hundido hasta las cejas. Se detuvo en los escalones que separaban el vestíbulo de aquella sala un poco oscura. Avanzó; avanzó tranquila, sin decirme nada, sin tenderme la mano. Se sentó.

Un empleado del hotel entró a dar luz y se retiró en seguida.

Yo miraba las manos de mi amada, su piel, sus ojos oscuros.

El corazón me latía ferozmente. No me incorporé, siquiera, para saludarla. Afuera llovía suavemente; una lenta lluvia otoñal.

El cuello de su tapado estaba espolvoreado de agua. Un perfume pene-

trante emanaba de ella. Y ese perfume me hacía más daño que su silencio, que su boca prieta.

Salimos de la sala en silencio. Nos sucedía lo que sucede después de toda larga ausencia; no teníamos nada que decirnos. Penetramos en el ascensor. La caja metálica se detuvo en el segundo piso.

El corredor circular giraba en la profundidad del edificio como en los meandros de un laberinto. Una sucesión de puertas iguales desfiló a nuestros lados. Llegamos a mi habitación. Abrí. Entramos.

Ella dejó caer sobre una poltrona su piel húmeda. Se colocó ante el espejo y empezó a quitarse los guantes.

No se miraba al espejo; no me miraba, tampoco. Miraba algo imaginario, algo nuevo, algo extraño, algo inaferrable que la perseguía acaso, por todas partes, y en mi misma habitación.

Un fonógrafo canturreaba en el otro extremo del corredor, en el cuarto de unos extranjeros alegres. En el mío era huésped el amor: el personaje más triste del mundo.

En mi estrujado corazón, el amor descargaba los martillazos de su impaciencia. Y mi corazón sangraba...

Ella se quitó los guantes, se quitó el sombrero, se tapó los



EL ENLACE DE LOS PEINETONES: —¡Jesús, apártese usted! —¡Denme lugar, por Dios! —¡Ay, que me lo quitebra!

La monotonía de la vida social durante la colonia tuvo su primera innovación cuando don Francisco de Paula Sáenz descomulgaba los cargos de Intendente de la Real Hacienda y del Ejército en Buenos Aires, allá por el año 1785, más o menos.

Fue en uno de los pocos saraos antiguos de que se sabe algo, y lo más curioso es que ello se deba a la llegada de un famoso peluquero francés llamado monsieur Levant.

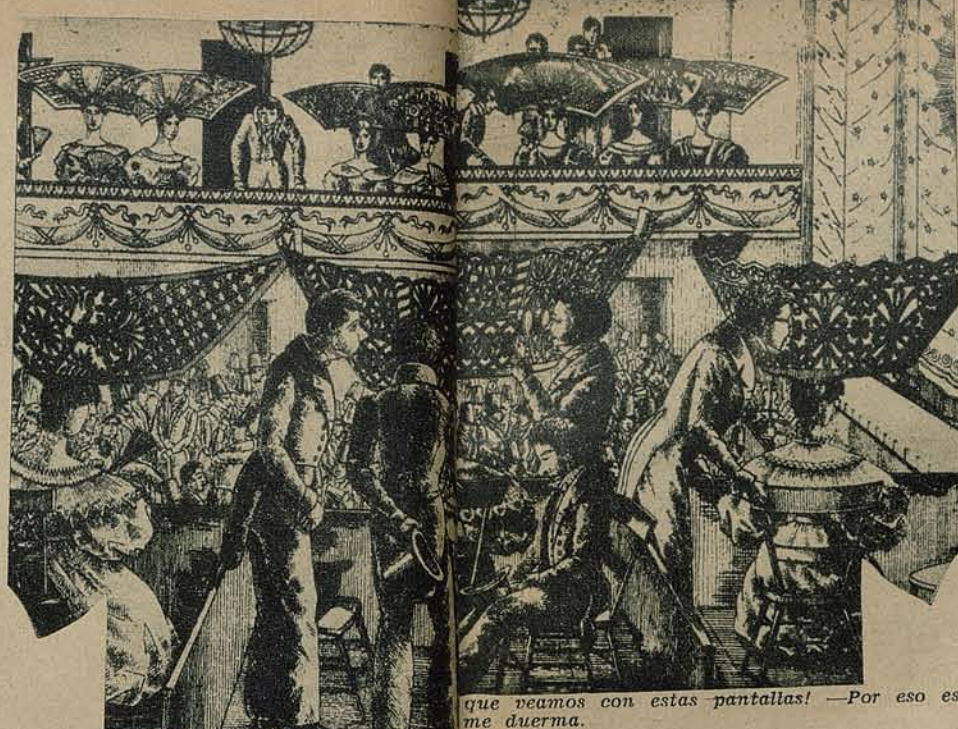
Los tocados que se usaban en las fiestas de aquella época eran caseros y sencillos. Hasta entonces el gremio de barberos, además de las funciones de su oficio — para lo cual los más ordinarios asentaban las navajas en los callos de sus manos, no teniendo escrupulo alguno cuando no usaban una nuez en su lugar — aplicaban sanguijuelas, las que lucían dentro de redomas de vidrio para que los clientes las eligieran; asimismo sacaban muelas y ponían ventosas cuando se les requería.

Era todo un suplicio el afeitarse o cortarse el pelo; y la noticia de la llegada de un hombre como Levant, llenó de júbilo a todo el mundo, menos a los del gremio, que en su mayoría eran mulatos y españoles.

Levant traía en su equipaje todo un stock de pomadas y perfumes, convirtiendo en amenas causeries sus servicios y entreteniendo de tal modo a sus clientes, que éstos sentían ver concluida la tarea. Su carácter franco, su educación y su sociabilidad le abrieron las puertas de todas las casas, con gran envidia de los del gremio, que se veían despreciados ante esta lumbrera.

Muy pronto Levant, además de su oficio, desempeñaba el papel de confidente amoroso, siendo el portador de misivas, que novios contrariados se enviaban entre sí utilizando al nuevo Figaro.

Pero tanta confianza y expediente tenían que concluir mal, porque el Levant no era otra cosa que un charlatán habilidoso, que se había captado las simpatías de las señoras con su verba y con la habilidad que demostraba en los peinados, para los que tenía una mano privilegiada, al decir de las crónicas, no habiendo persona, de las que



PEINETONES EN EL TEATRO: —¡Imposible mejor que

TRADICIONES Y P E L U Q U E R O S

asistían en ese entonces a los saraos, que no llevase las pelucas arregladas por Levant.

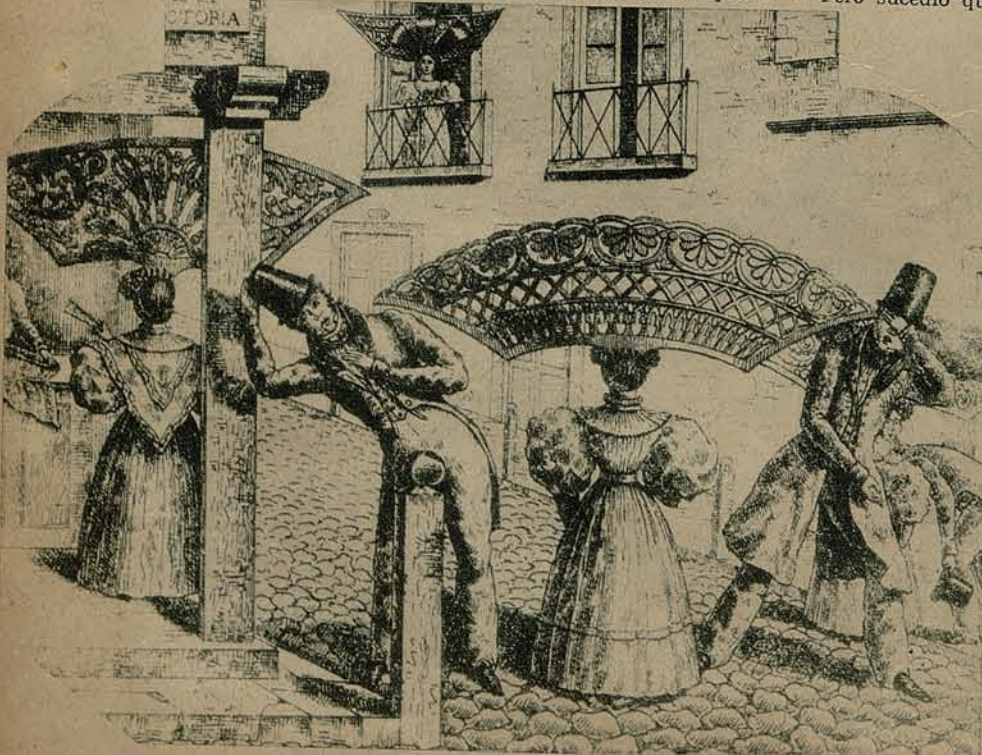
Los recibos de don Francisco de Paula Sáenz contaron con este artificio de la navaja y el peine; y como don Francisco era hombre que no se paraba en mientes, al decir de los historiadores, hizo que Levant introdujera sus contrabandos a la vista y paciencia de los empleados de aduanas, consistentes no sólo en ungüentos, pomadas y tijeras, sino también en artículos de la moda reinante en Francia bajo Luis XVI, los que las señoras de la época lucían en la misa mayor, los toros y saraos.

La ambición y baja condición de Levant al encontrarse tan bien tratado y considerado, lo tentaron a apropiarse de las alhajas y objetos de valor que encontraba a mano en las casas en que se introducía. Los primeros que pagaron el pato al notarse estas faltas fueron los esclavos del servicio, que recibieron fuertes dosis de palos para que declarasen dónde habían escondido lo que había desaparecido; pero como los pobres eran inocentes, nada podían declarar.

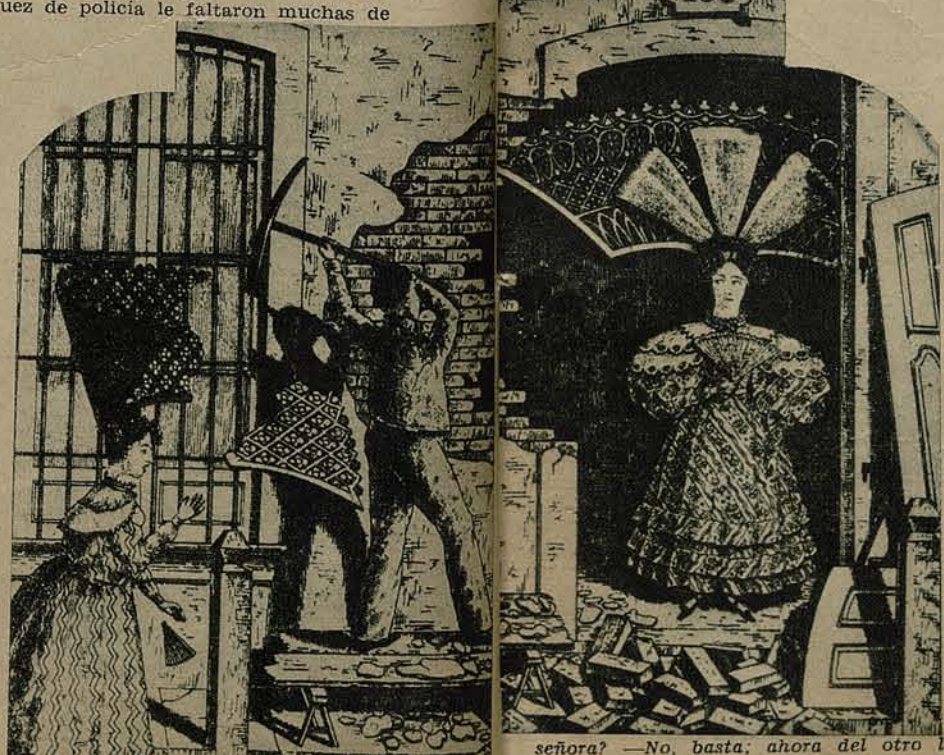
A pesar de la alarma producida con todas estas cosas, Levant, dejándose llevar de su codicia, se apropió nuevamente en diversas casas de infinidad de cosas de valor, cudiendo la desconfianza en las familias, pues los objetos desaparecidos no estaban al alcance del servicio.

Todo esto hizo que se diese parte al juez de policía, procediéndose al arresto de más de veinte individuos, gente del servicio doméstico en su mayoría, los que nada aclaraban en este asunto.

Pero sucedió que al mismo juez de policía le faltaron muchas de



PEINETONES EN LA CALLE: —¡Malditos sean los peinetones! —¡Dispensen ustedes, señores! —¡Ay! ¡Que me ha vaciado el ojo!



PEINETONES EN CASA: —¡Todavía más,



PEINETONES EN EL BALDE: —¡Mi peluca! ¡Mi peluca, señorita! ¡Por Dios, no se la lleve usted!

que veamos con estas pantallas! —Por eso es me duerma.

Y RECUERDOS P E I N A D O S

esas cosas en su casa, presentándose el caso más serio de lo que se pensaba. Comenzó la autoridad por ordenar el rape de los presos, confiándosele la misión de ejecutar la operación a Levant, el que se presentó en la cárcel con sus instrumentos.

Al comenzar la operación, uno de los detenidos se dirigió a Levant diciéndole que por su culpa se encontraban todos en esa situación; y dirigiéndose al preboste que estaba allí presente, le acusó de ser el jefe de la gavilla que había hecho los robos.

El preboste que no dejaba de tener sus dudas, con esta denuncia mandó suspender la operación, haciendo encarcelar a Levant, que procuraba sincerarse, rechazando la acusación.

De nada le valió su astucia para salir del mal paso en que sus hechos le habían colocado.

Se le instruyó un proceso, del que salió condenado a ser desterrado a Patagones, previas las formalidades de estilo, según la usanza de aquellos tiempos, que consistía en publicar la condena a voz de pregonero en las esquinas de la plaza pública, llevándose al condenado sobre un burro, atado de espalda, escoltado por los azotadores públicos que le acariciaban con sus cuerdas de cuando en cuando y seguido de una turba que no cesaba de insultarle.

Este hombre singular concluyó sus días en Patagones, sin que nada más se supiera de él, y sin que aparecieran los objetos que robó.

Los mulatos barberos volvieron nuevamente a estar en auge, los que pregonaban su honradez en cambio de la habilidad del francés. Después de este revuelo las cosas siguieron como antes, volviendo a reinar la sencillez y los tocados caseros.

Los peinetones, redecillas, invisibles, etcétera, se combinaban en

los peinados hasta la aparición de los famosos peinetones de Masculino, moda netamente porteña, que por su extravagancia fue famosa y de poca duración.

Más adelante los peinados más usados eran: los de bananas, bucles, amor partido, sigueme, pollo, melenas y castañas, los que fueron más tarde reemplazados por los rodetes, flequillos, zorongos, bandeau, etcétera.

La melena de ahora ha tenido sus predecesoras, aunque no en la forma actual, en que no hay diferencia con los hombres.

Hubo un tiempo, como decimos, en que las señoras y señoritas usaban el pelo corto, llamando con el apodo de "pan de leche" a las que no se lo cortaban, siendo a su vez llamadas por éstas con el de "peladas" dando origen al verso siguiente, que estuvo en boga en ese tiempo:

Son tantas las "peladas"
que van a misa,
que las de "pan de leche"
se escandalizan.

Si siguiendo los tiempos y las modas, poco después de la mitad del siglo XIX, don José Segot, estableció la Peluquería del Colegio en la calle Bolívar, frente a la iglesia de San Ignacio. Segot era un francés sumamente educado cuya clientela la formaban los políticos y personas distinguidas de su época.

Su casa estaba situada en el radio más importante de la ciudad, en las inmediaciones de los tribunales, que ocupaban el cabildo, y de la casa del gobierno provincial, en Moreno y Bolívar, que era el barrio de los diarios de esos tiempos. Era una casa de mucho movimiento, que su dueño dirigía personalmente, satisfaciendo los gustos más exigentes, los que por otra parte se reducían al corte de pelo y a afeitarse, salvo uno que otro grupo gomoso cuyas exigencias sabía complacer.

MANUEL BILBAO.



PEINETONES EN EL PASEO: —¡Auxilio, que el veniarrón arrebató a mi señora!

señora? —No, basta; ahora del otro lado.



Marie Thye enseña prácticamente a Hazel del Mar un ejercicio para conservar la flexibilidad del tallo

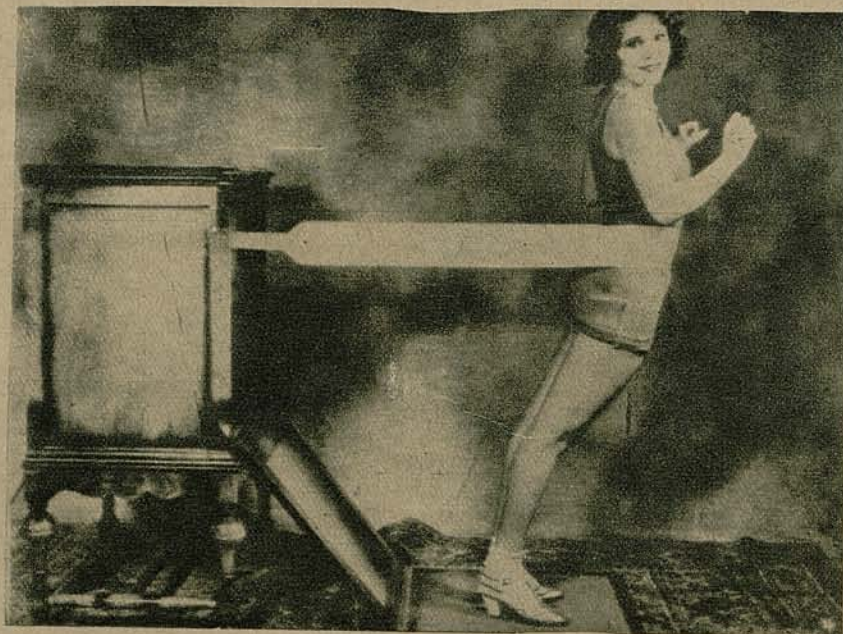
LO QUE CUESTA LA BELLEZA

QUE se ponen las "estrellas en el cabello para tenerlo tan lindo y brillante? ¿Qué hacen para lograr que sus ojos adquieran ese fulgor extraordinario? ¿Cuál es su secreto para conservarse jóvenes tanto tiempo? Estas y mil otras preguntas de la misma índole se repiten incesantemente, como un "ritornello" temático, en los cientos y cientos de cartas que diariamente llegan a *La Pantalla*, trayendo hasta mí la inquietud de tantas mujercitas que se sienten inferiores físicamente a las deslumbradoras bellezas que fuerzan, desde el lienzo mágico, la admiración de los hombres. Ellas quisieran tener la mirada brujita de Lya de Putti y la eterna juventud de Mae Murray; la flexibilidad felina de Greta Garbo, la gracia inquieta de Clara Bow, la extraña atracción de Gloria Swanson, que no es bella y lo parece; la distinción señorial, sin ser matronil, de la Vidor; quieren, en una palabra, ser irresistiblemente bellas como las vamps e indagar, infatigables, creyendo de buena fe que esa atracción se adquiere a fuerza de cosméticos y que existe una agua maravillosa capaz de asegurar a la mujer, para toda su vida, flexibilidad, gracia y juventud. No es

así, lectora amiga y curiosa: para conseguir y conservar esa belleza, esa línea que tanto admiráis es el lienzo, las estrellas se ven precisadas a llevar una vida de constante sacrificio, de vigilancia continua, que no pue-

den descuidar un sólo instante sin peligro de perder su contrato y su popularidad. El doctor Recio de Tirteafuera ha resucitado en Norteamérica y ha encontrado una situación delicada y lucrativa: vigilar la belleza de las actrices cinematográficas.

Se dice que el ideal de toda estrella norteamericana es: comer, durante un mes, todo lo que se le apetezca; dormir cuarenta y ocho horas seguidas y no bañarse en una semana. Salvando lo que hay en la frase de exageración humorística, en el fondo, es una gran verdad. Se comprende perfectamente que una mujer cuyo menú se repite siempre a base de zanahorias, para aclarar el cutis; lechuga, para dar brillo a los ojos, y tomate, que tonifica los nervios, anhele disfrutar de las dulzuras gastronómicas contrarias a la pura belleza estética, pero gratas al paladar. ¡Desdichadas de ellas si sucumben a la tentación! Se verán, como la pobre Molly O'Day, demasiado entusiasta de los bombones, implacablemente rechazadas por los directores para interpretar personajes "estelares" y teniendo que ayunar desesperadamente hasta perder, no el exceso de grasa, que



Cuando las "Estrellas" no tienen tiempo de hacer gimnasia, recurren a este novísimo sistema de vibraciones eléctricas, practicado por Raquel Torres

(Continúa en la pág. 75)



Y Hazel del Mar corresponde mostrando a su amiga la manera de adelgazar las caderas en poco tiempo



Cómoda de estilo Regencia. (Colección Richard Wallace).

El Encanto de los Muebles Antiguos

do Imperio?... En cuanto al "Modern-Style", reacción del gusto contra el abuso del almohadillado y de las felpas, lo único agradable que en él

Los muebles antiguos son símbolos de la historia familiar. Sus transformaciones obedecieron a la evolución de las costumbres, y por lo tanto compendian la vida del sentimiento.

Fueron primero góticos y monumentales; parecían muebles de iglesia. Usábanlos recios hidalgos vestidos de hierro, y serenas damas piadosas. No eran, por tanto, muebles hechos en afán de comodidad.

Con el Renacimiento llegan la marquetería y el mosaico, y aparecen los muebles cincelados como joyas, y contruidos por encargo de suntuosos magnates.

El estilo Luis XIV se armoniza con las pelucas; los sillones de alto respaldo parecen apropiados para conversaciones ordenadas y trascendentales.

La charla frívola del siglo XVIII exigió sitaliaes más elegantes y siluetas más airoasas.

El estilo Luis XV reúne—al fin—la gracia y la comodidad.

El estilo Luis XVI completa y depura esta elegancia refinada.

El falso estilo antiguo, del tiempo de la Revolución y del Imperio, nos regocija como una lectura de Plutarco. La rigidez de estos muebles y el carácter bélico de sus adornos de cobre: espadas, laureles, haces de lictores, responden al ambiente en que triunfan los soldados del Emperador.

Y después, nada más... ¿Puede decirse que exista realmente un estilo Luis Felipe o un estilo Segun-



Escritorio de Luis XV. (Museo del Louvre.)

encontramos, algunas veces, es su concisión frágil y la pulcritud de su brillo.

Pero los muebles no sólo nos hablan de la historia, sino también de la geografía y de los climas. Un armario normando, un bargueño flamenco u holandés, evocan ciertos paisajes, determinados aspectos de la vida y, si se quiere, las huellas de ciertas virtudes.

De tal modo, al ser expresión de una índole de vida, los muebles nos inclinan a vivir conforme a ella. Rodeados de muebles Luis XVI, antóiasénos tener una alma del siglo XVIII, y los vetustos muebles familiares de roble y de nogal, amplios, resistentes y hospitalarios, nos aconsejan una vida sencilla, serena y sana, apegada a la tierra y fiel a la tradición.

Sumemos a todo esto el estímulo que nos lleva a buscar esos muebles viejos, y el placer que produce el dar con ellos, recordando que no hay mueble bello que no sea francés, o por lo menos, que los muebles franceses sirvieron durante mucho tiempo de modelo a todos los países de Europa.

Por eso, en nuestros días, tantas gentes se dedican a la difícil y atractiva persecución de los muebles antiguos, que se hacen cada vez más escasos, hasta el punto de que es casi imposible dar con ellos, distinguiéndolos de la legión de imitaciones viles que se construyen, para engaño de los aficionados ingenuos.

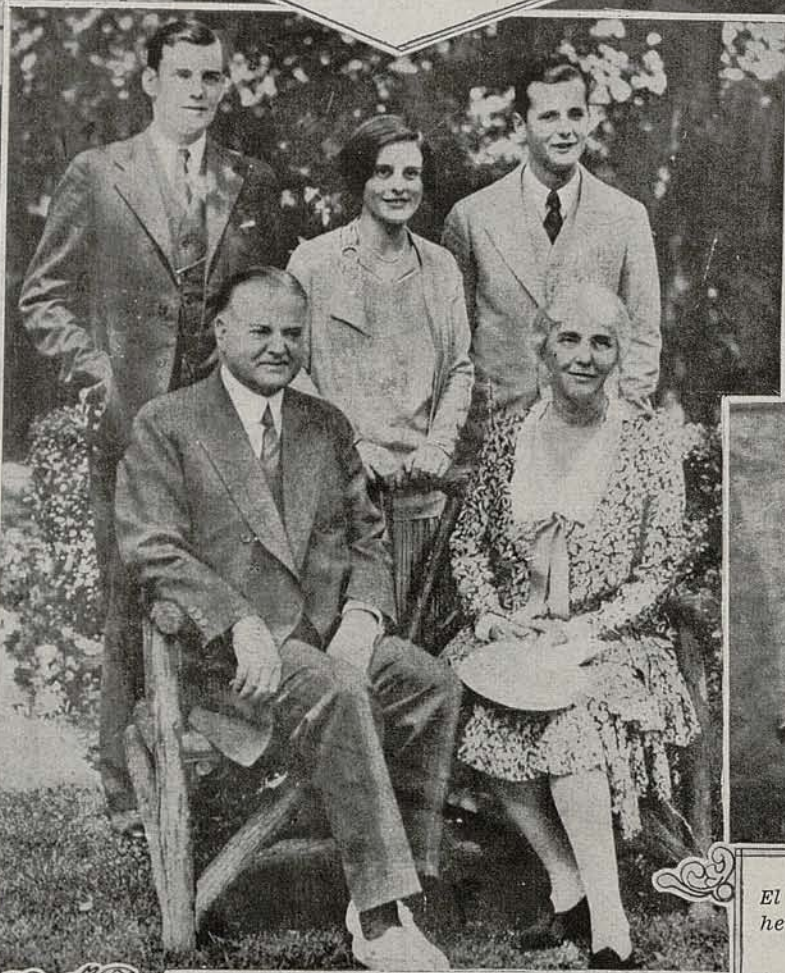
Libros enteros se han escrito dedicados a preve-

(Continúa en la página 77).



Escritorio de cortina, época Luis XVI. (Museo del Louvre).

DE TODAS PARTES



El desnudo es casto, cuando es hermoso, según ocurre con Lilly Gol, la conocida artista.

Bonito grupo: Hoover el nuevo Presidente de Estados Unidos que fué ha-ge poc c n u e s t r o huésped, con su esposa, sus dos hijos y su nuera



Miss France y Miss Paris, las dos mujercitas más lindas de Francia, que acaban de partir a Estados Unidos.



DOLORES DEL RIO, antes de trabajar en una nueva película, escucha la lectura y los consejos de su padre, que fué banquero y tiene mucha experiencia.

Como se Distraen y se Preparan las "Estrellas"



CAMILA HORN, que hizo el papel de Margarita en "Fausto", hace ejercicio matinal.



MARY PICKFORD, mientras juega golf, Douglas, su esposo parece celoso de sus aciertos.

LO QUE DICEN LOS PARECIDOS



Tristán en el papel de Lindbergh.



*M. Vauroy, que
fué socias de
Briand.*



El aviador Lindbergh.



Mussolini.



*Aristides
Briand.*



El señor Saveria, de Sicilia, muy parecido a Mussolini.

Una Recitadora de Cinco años

LUISITA avanza gentilmente. Tiene ya la desenvoltura de una artista habituada a afrontar los públicos. Morena, de rostro gracioso.

da de anticipaciones intelectuales o físicas.

Veán ustedes, en las fotos que reproducimos en esta página, la gracia y la distinción artística

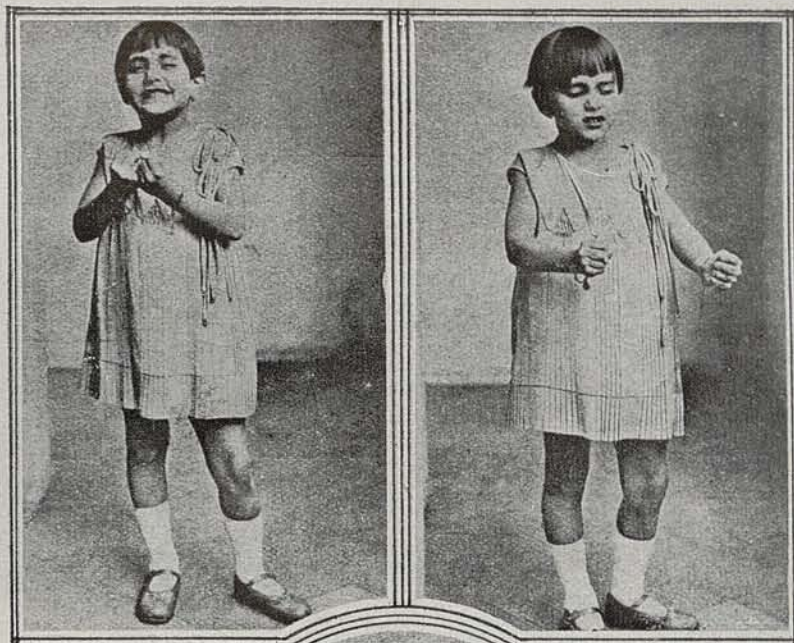


¡Ponla cruzados cuchillos a esta pena que me mata!

esbelta, garbosa, como buena españolita. En una elegante actitud cruza las manitas sobre el pecho y empieza a recitar una poesía de Antonio Machado:

"Anoche, cuando dormía..."

La intuición artística de esta niña de cinco años, es lo que más sorprende y admira. Porque en Luisita todo es eso: intuición artística. Na-



¿Qué me importan tus riquezas?, contestóle la cristiana.

de esta niña prodigio, mientras recita distintas composiciones. Hay en ella soltura y garbo. Porque Luisita es una artista de corazón.



*La recitadora de cinco años,
Luisita Esclapés*



¡Me muero, hermana!... ¡Me muero!



*¡Tan hermosa y tan bien florecida!
¡Tan alegre, tan pura y tan buena!...*



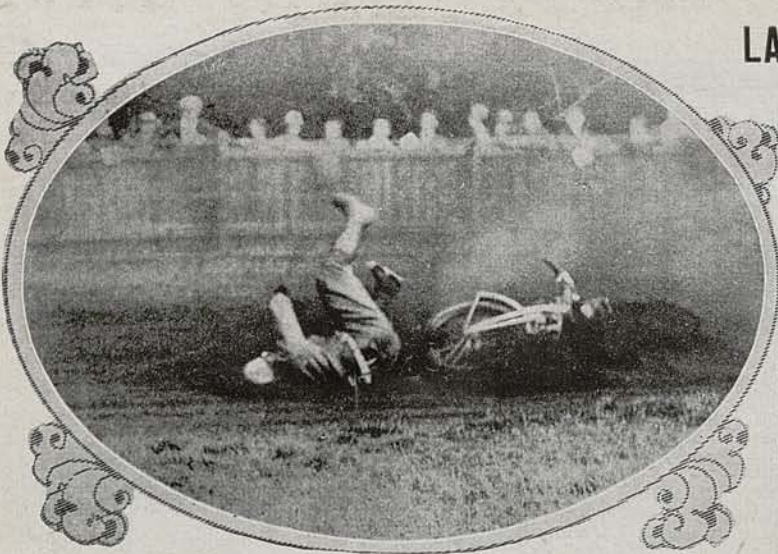
*¡Esplendoroso y risueño
como una iluminación!...*



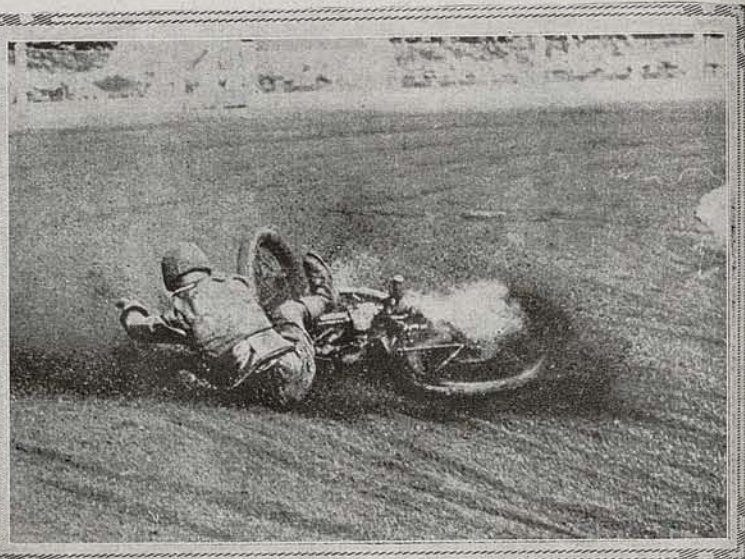
*...Y perlas, para el cabello
y baños, para el calor.*

Anoche, cuando dormía...

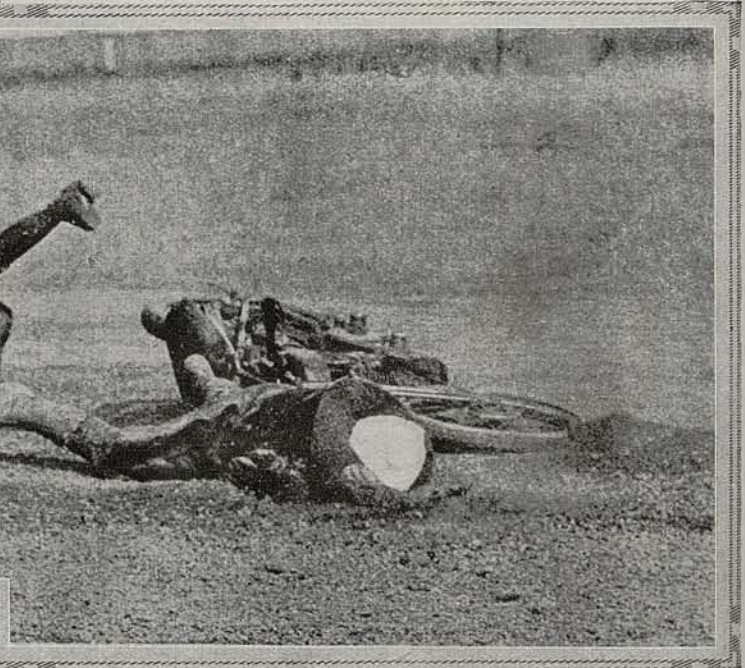
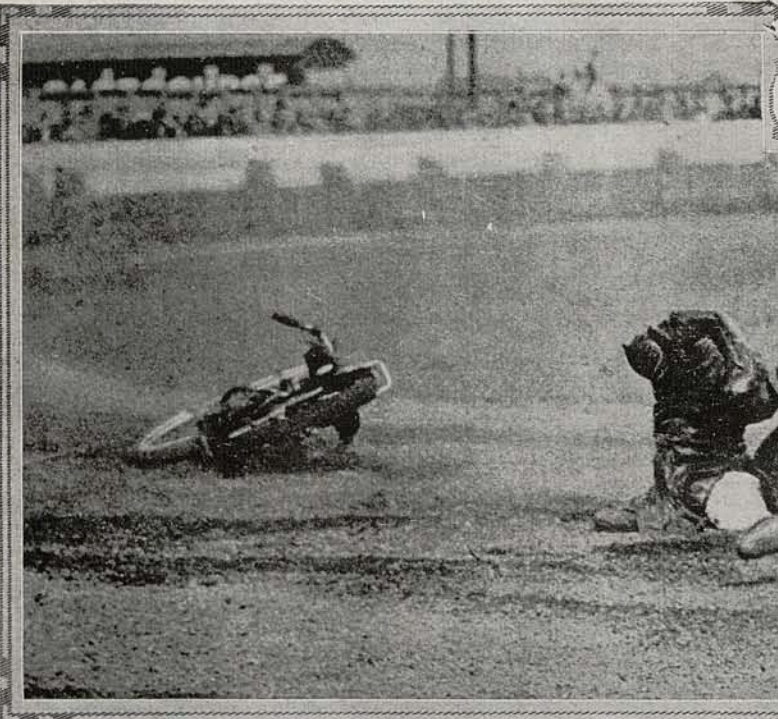
LAS PERIPECIAS DEL DEPORTE DE LA MOTO



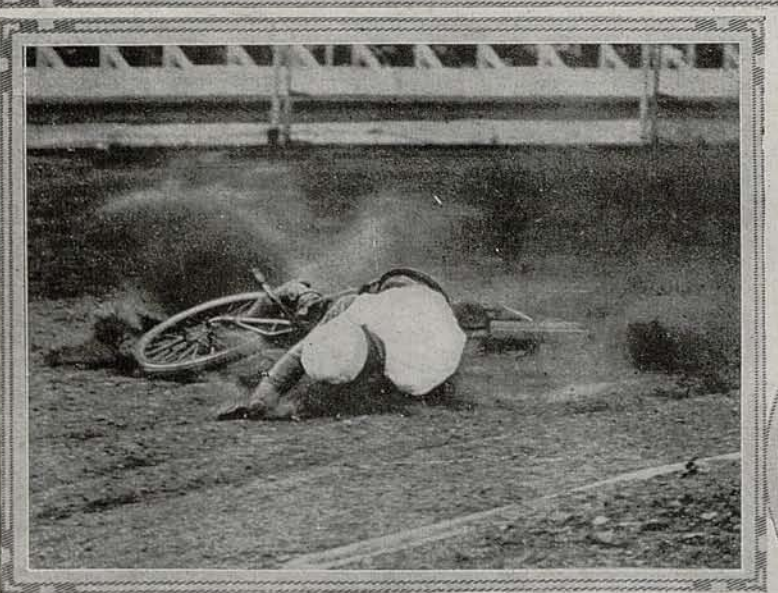
Un momento de expectación: las consecuencias de una vuelta.



Un accidente frecuente que suele parar en incendio del aparato.

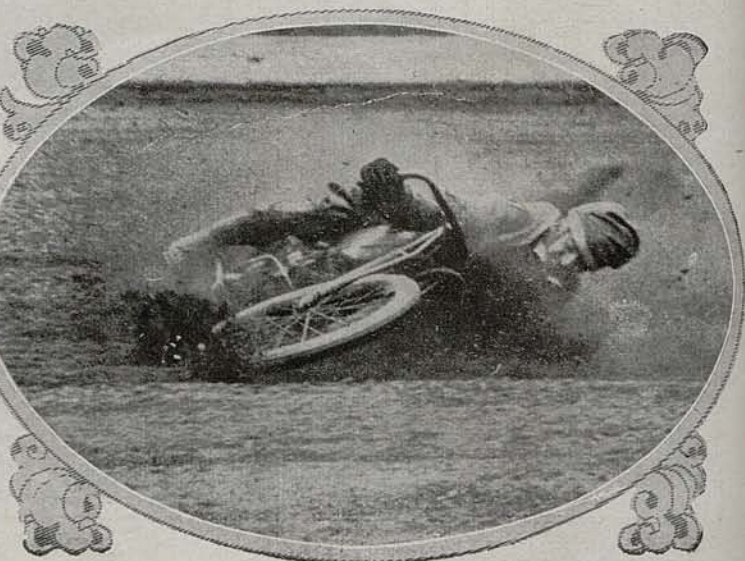


En este caso el accidente se convierte en sencilla catástrofe, con riesgo de la vida.



La instantánea ha recogido un momento sensacional.

He aquí otra proeza del objetivo que ha recogido una placa patética.



Señorita
Pina de la Barra Verdugo,
que ha contraído matrimonio
en Concepción.



GESTOS... MASCARAS...

EL cinema es el arte del movimiento. Pero no el arte del movimiento desordenado, porque el implacable objetivo aumenta todas las faltas y las exageraciones y restituye a nuestros ojos todos los gestos de los actores con la mayor crueldad. Y esto es lo fundamental, entre el arte del gesto en el teatro y el arte del gesto en el cinema. Nosotros nos sorprendemos a la vista de ciertos films de antes de la guerra, en los cuales los actores se creían obligados a trabajar en el cine como lo habrían podido ha-

cer en el teatro: reímos a todo reír a la vista de esos enamorados, que se precipitan a los pies de la amada con los ojos en blanco, y de esos padres, que, para arrojar a un galán, le designaban la puerta con tanta exageración de gestos, que no resultan sino entes ridículos. ¡Qué absurda nos parece esta interpretación de los films, ahora que estamos habituados a considerar sólo verdaderamente artísticos los films en los cuales los movimientos del alma se reflejan sobre todo en la fisonomía, con exclusión de toda otra demos-

tración exterior de parte del actor. Además, existe en el cinema otra cualidad misteriosa, que se llama la fotografía. Tal maravilloso actor de teatro, resulta en la pantalla, porque no es tan genérico. En la escena, gracias al maquillaje y a los

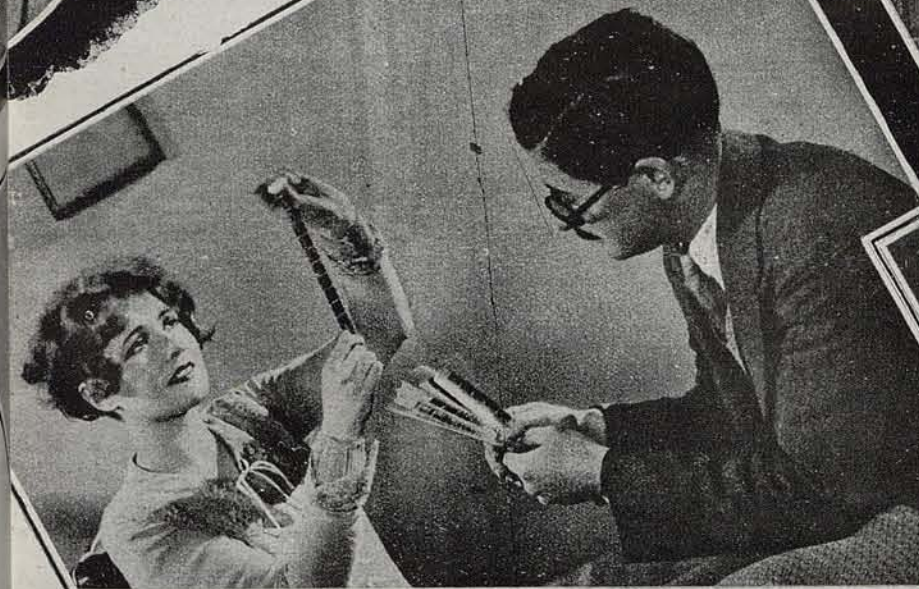
artificios del traje, parecerá encarnar exactamente el personaje que quiere representar, pero cogido por el objetivo, surgirá de la pantalla torpemente, como podría hacerlo un principiante. El mismo fenómeno se produce actualmente a causa del film hablado, que empieza a alamar en América a los actores, porque no todos poseen una voz de ruiseñor. La ciencia del gesto, hace los buenos actores del cinema. Las vedettes más célebres poseen todas en su archivo una u otra de estas cualidades indispensables: Un rostro expresivo, gracia natural en los movimientos, mucha delicadeza de acción. La risa de Douglas



4. Anita Paige examina cuidadosamente los negativos del film donde ella aparece con Williams Hughes.— 5. Es preciso no jugarse con Ramón Novarro, que es un notable duellista.— 6. El estudio de las Ursulinas ha obtenido un considerable éxito con "A girl in every port".



1. En "La Pasión de Juana de Arco" Mlle. Falconetti ha sabido expresar los sentimientos que estre mecen a la heroína. — 2. Juan Barrymore es un "Don Juan" de bella presencia. — 3. Anna Mag Wong y su partenaire Henrich George, en "Sueño", reciben las indicaciones de Richard Eichberg.



IV y su fuerza elegante, igualan a la gracia menuda de Mary Pickford. Las piernas espirituales de Lily Damita lograron hacer de ella una estrella aun antes de que se diera nadie cuenta de su talento dramático. Los cabellos rubios de Mlle. Huguette Duflos no han sido bastantes para considerar en ella a una buena actriz del cinema. No hay que olvidar que las grandes vedettes de la pantalla aparecen tan pronto como desaparecen. El cinema es un devorador de talentos.



DE LA SOCIEDAD CHILLANEJA

Señorita Isabel Mardones Bissig.



LA HERMOSA BILLIE DOVE



Billie Dove y Clive Brook en la película "Lirio de Oro"



Billie Dove en su última película: "The night watch"



Arriba: Billie viste una toilette hecha con 10 mil rosas, en la película "American Beauty", que es el nombre de esa rosa espléndida. Billie sirve de modelo para un vestido de reciente creación de un modisto célebre.



Belle Bennet es una rubia que hace buenas las primitivas afirmaciones de la escritora Anita Loos



En cuanto a rubias se refiere, Claire Winson, la ex esposa de Bert Lytell, es un voto de calidad

pelos y señales



Pero Margaret Livingston, la vampiresa de "Amanecer", no se deja ganar la partida...



Como Dorothy Revier, la bellísima estrella de la "Columbia", y...



Lois Wilson, otra morena, cuyas facciones dejamos al comentario del curioso lector

EL revuelo producido por Anita Loos, con su ya famosísima novela "Los caballeros las prefieren rubias", iba tomando tal incremento que amenazaba constituir un verdadero conflicto para las mujeres que no poseían unos blondos cabellos.

Las discusiones se enconaban; se multiplicaban las consultas, y mientras tanto, por si acaso, las más impacientes adoptaban sus precauciones, haciendo acopio de agua oxigenada que diese a sus cabellos la tonalidad impuesta por la moda.

Pero hete aquí que la célebre novelista, sin pararse a reflexionar sobre las consecuencias de una rectificación, publica un nuevo libro titulado "Los caballeros las prefieren rubias...; pero se casan con las morenas".

Y aquí fué Troya.

Si el trastorno fué antes grande, ahora era mayúsculo.

Una pelinegra se transforma con relativa facilidad en rubia, aunque sea del color de la estopa; pero una vez realizada la metamorfosis, devolver a sus cabellos el color primitivo no es tarea tan hacedera, pues todos conocemos esas marañas de pelos desteñidos, cuya original tonalidad nadie osaría definir rotundamente.

Vuelta a las discusiones y vuelta a las consultas.

Los gimoteos de las impacientes se mezclan con las sonrisas de las que supieron tener la virtud de esperar.

No insertamos a continuación las cosas que de Anita Loos se han dicho, porque carecemos de espacio.

Y tienen razón las protestantes (las protestantes, las católicas y las israelitas).

Ellas confiaban en que cuando una mujer y más una mujer con la cultura de la novela—lanzaba una especie con tal seguridad, ría basada en una experiencia que hiciera posible toda rectificación.

A nosotros, la verdad, nos ha conmovido to la pena de esas pobrecitas mujeres, que les desdichas se ven obligadas a soportar en ta vida, que nos hemos devanado los sesos cando un lenitivo a su dolor.

Y es sencillo, sencillísimo; es una cosa para nadie es un secreto, y, sin embargo, no yeron en ella las que ahora lamentan su gerez.

Los hombres, señoritas rubias, morena castañas, cuando se trata de mujeres, "no tinguimos de colores". Palabra de honor.

Y ahora que nos rectifique Anita Loos.

DE TODO
UN POCO



He aquí un interesante grupo de caballos célebres para los hípicas: pertenecen a la remonta de la clásica Escuela de Hanover, que cuenta con los mejores caballos para el ejército alemán



Estos dos sellos chilenos acaban de ser vendidos en Hamburgo en un enorme precio, por un conocido coleccionista



EL MOVIMIENTO SUMERGIDO

«**L** 3 mouvement plongeant" se dice en francés, ciertamente, con mucho más gracia que en español.

Es este un viejo estilo que de cuando en cuando reaparece, lo que garantiza su don de gustar y su elegancia. Traje exclusivamente para la noche, de mediana o de gran elegancia; jamás para ser llevado con abrigo de corte regular, porque haría el efecto de que se estaba cayendo por todos lados. El primero es de crêpe de China, verde vivo sin otro ornamento que un ruedo de crêpe de China que cae a ambos lados de la espalda y algunos botones de esmeralda en la pechera.

El segundo es de tafe-



tán rosa, bordeado con encajes de oro que dejan traslucir las piernas. Largo con corselete de lamé de plata.

El tercero es de raso negro. La chaqueta de tul, va cubierta de un bolero, que favorece a las personas de pecho alto.

El cuarto es un abrigo adaptable a estos trajes, negro o gris. El modelo es de lamé oro, lo que resultaría demasiado suntuoso. Zorro gris.

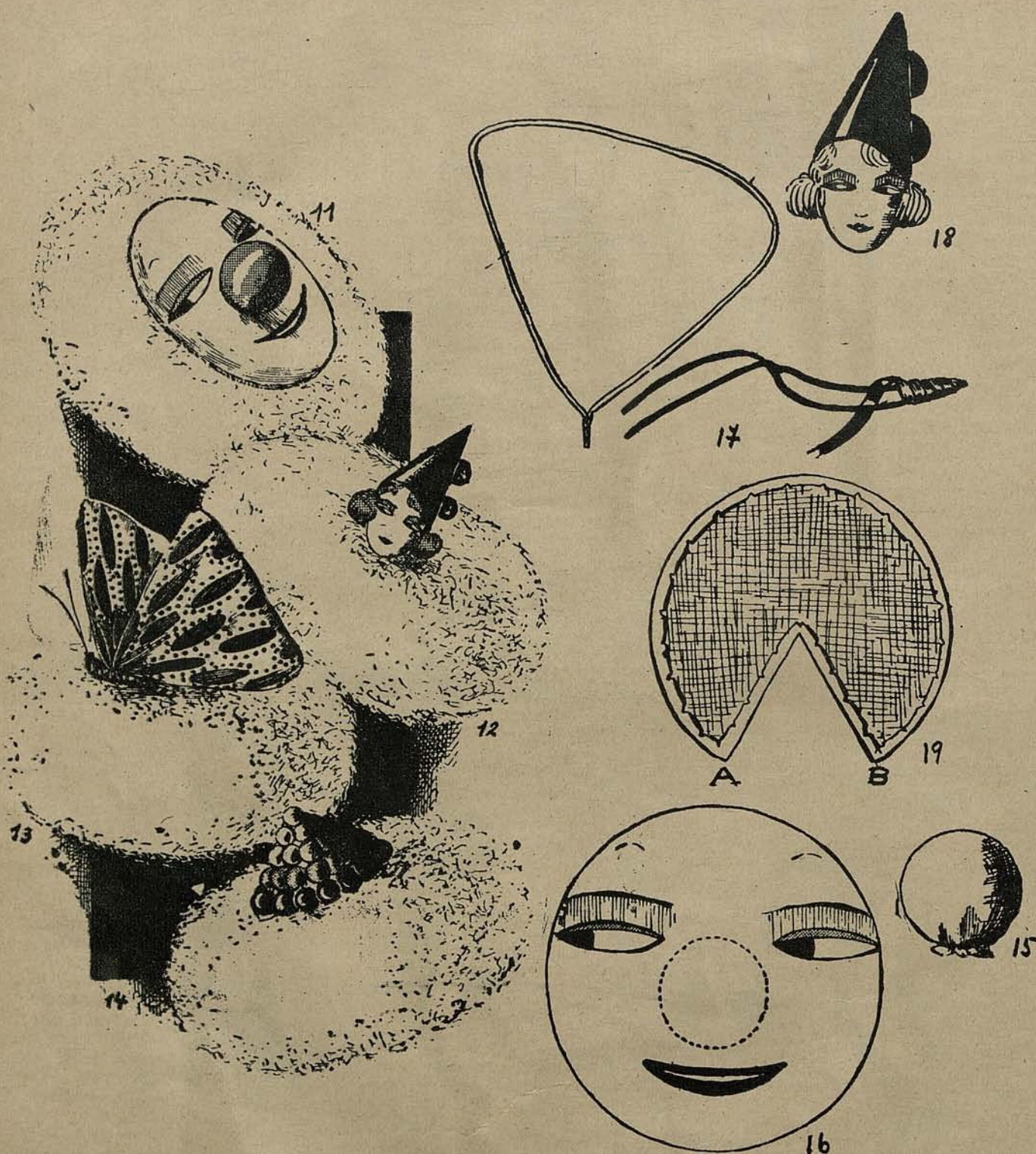
El quinto es de muselina de seda negra con larga falda plisada, unida a un corselete de encaje negro.

El sexto es de falla rosa o de terciopelo con grueso cinturón drapeado en mariposa.

El séptimo es de crêpe georgette rosa, con pequeños volantes superpuestos y con cinturón de colegiala largamente anudado. Y para esta serie su abrigo: de terciopelo gris plata con bordados rojos y pieles grises de liebre o de zorro.

Esta clase de trajes, lo repetimos, no son prácticos y sólo son elegantes modelos para reuniones nocturnas: bailes y grandes comidas.

PARA ADORNAR LAS PLUMILLAS



La fantasía es regla para los bibelots de toilette.

He aquí ideas muy modernas para adornar las plumillas para polvos; muy fácil de ejecutar Ud. misma.

El payaso (fig. 11), es ejecutado de la manera siguiente: se corta una redondela de paño blanco, teniendo más o menos 6 cms. de diámetro; sobre esta redondela se pintan o se bordan los detalles de la cara (fig. 16). Los ojos en azul obscuro, los párpados rosados, los labios en lacre fuerte. Se aplica esta redondela de paño así pintada, en el centro de la plumilla de cisne. Al centro de la figura, se fija en la costura la nariz que es formada por una bolita de algodón, forrada en paño blanco o rosa (fig. 15).

La cabeza de la colomina (fig. 12), se ejecuta de la manera siguiente: se amasa un pedazo de miga de pan, de manera de ob-

tener un óvalo, que tenga más o menos 24 cms. de alto y 15 cms. de ancho. La nariz se forma haciéndole un pequeño relieve. La miga de pan estando bien seca se cubre de seda blanca o rosa muy pálido, se pintan o se bordan los detalles de la cara; los ojos y nariz, negro; los labios lacre fuerte. Los párpados ligeramente azulados, y las mejillas un poco más rosadas. Los cabellos son en lana o seda amarilla, o blanca. El sombrero es hecho en esterilla, forrado de seda negra, y va sujeto sobre los cabellos por unas puntadas. Los dos pompones son en seda o lana, negra o blanca.

La mariposa (fig. 13), es ejecutada de la manera siguiente: el cuerpo es formado por un alambre (fig. 17), teniendo más o menos 14 cms. de largo, doblado en dos. Las dos extremidades dejadas libres forman las antenas. El cuerpo como lo indica la (fig. 17),

es cubierto de una cinta de seda lacre enrollada. Las alas se obtienen, cubriendo un alambre, ver (fig. 17), de seda lacre con lunares negros. Las alas son cosidas sobre la seda del cuerpo, por unas puntadas.

Para obtener el motivo perlado, que adorna la plumilla (fig. 14), se corta un pedazo de seda rosa, como lo indica la (fig. 19), forrado en un pedazo de esterilla, del mismo tamaño; se junta el lado A. con el B. por una pequeña costura por el revés. Se coloca cosiéndolo muy firme el cono así obtenido, al centro de la plumilla. Se cubre enteramente de perlas blancas en la punta, y rosa fuerte más abajo.

Las perlas de arriba son más chicas que las de abajo.

VERONIQUE.

LOS OJOS GRISES

Por Rafael
López de Haro

LOS automóviles — dije yo — cuando se detienen junto a un distribuidor que les transfiere la esencia a través de la manga tortuosa, parecen fumadores de pío que chupasen ávidamente en la boquilla del narguile.

—Bueno — replicó mi amigo—. Basta de tropos y dime qué te parece esta idea práctica: ¿Nos quedamos aquí?

Habíamos echado pie a tierra en un paraje que debía ser muy hermoso. De noche, sólo distinguíamos los contornos de las montañas y, allá abajo, el azogue del mar. La luna llena en un cielo diáfano, etéreo, hacía empalidecer las luces de los caseríos, del puerto y de los barcos. Sólo unas luces no perdían vigor: las luces rojas que brillaban como en bandeja de cristal los rubies. Con lo que el faro en su apariencia roja era más faro que en su apariencia blanca. A la Luna le gustan las piedras de color. Es una infeliz la Luna.

Mi amigo, siempre con su sentido práctico, me puso la mano en el hombro, me hizo dar media vuelta y añadió:

—Debe estar animado eso.

Y me invitó a descubrir lo que teníamos más cerca: la verbenera policromía y el bullir mundano en la terraza del Gran Hotel de un balneario de moda.

—¡Linda estampa! — dije—. La bruja Luna, es la blancura del edificio, en sus adornos, en las sedas del traje de las mujeres, en sus cabellos, en su piel, pone el brillo de irrealidad de una escena fingida en un jarrón de porcelana. Los farolillos de papel parecen esmaltados.

—¿No?

—Y bien, ¿nos quedamos?

—Como quieras. Seguir o quedarnos, ¿qué más da?

Nos quedamos. A los pocos minutos estábamos en la terraza frente a frente, una botella de champagne entre los dos. Pero yo supuse que continuaríamos el viaje en seguida. El ambiente de la terraza era demasiado puro. Los "aguistas" se divertían con esa fruición comedida e insulsa de las veladas de balneario. La gente joven — niñas "bien" elegantitas y muchachos de pelambre charolada y nucas femeninas — bailaba primorosamente con plasticidades de maniquí, mientras los señores formales, que vinieron a lavarse el riñón, jugaban al tresillo. "Plan eutrapélico" iría a decir mi amigo defraudado, cuando se acercó a nosotros Pepito Rendueles y nos decidió a permanecer allí.

Rendueles nos presentó a las muchachas. Que dó implantado, sin más ese trato eventual — ramillete de nombres de mujer, efímero como si fuesen flores — que la sociedad admite, y bailamos nosotros también. Las nenas eran todas bonitas y afables. "Plan Molinero", definió mi amigo.

Prendieron mi interés los ojos grises de una de las muchachas. Azul y acero; limaduras de espada incrustada maravillosamente en dos cuentas de zafiro. A la luz del sol debían aparecer más azules, quizás sencillamente azules con chispitas plateadas. De noche eran como esos aceros que al templarse toman un leve tono azul. La dueña, con unas pes-



tañas radiantes y espesas, defendía las niñas de sus ojos, a las que nadie podía llegar sin hincarse aquellas sutilísimas púas. Y miraba rasgando el espacio con el filo de la mirada, casi siempre de través. Camila debía tener un espíritu burlón. Sin duda era una gran jugadora de tennis, pues al bailar se marcaba el relieve de sus músculos; pero al sonreír jugueteaban en su boca todas las gracias de la mujer. En resumen: era una criatura encantadora.

—Lo mejor de cuanto hay aquí, esa rubia trigueña — le dije a mi amigo.

—¿Esa? — opuso—. Esa es la criatura más antipática que he encontrado en mi vida.

—Es lindísima, fíjate, sobre todo, en sus ojos grises.

—Repulsivos, inaguantables.

—Mal gusto tienes.

Mi amigo me habló con una nerviosidad inesperada, absurda.

—Odio a esa mujer. Si esos ojos, de bola de termómetro, estuviesen en el rostro de un hombre, créeme, tendría que hacer un gran esfuerzo para no insultarle, para no abofetearle. Me ofende, me exaspera, me enfurece la mirada irónica, sesgada, insultante de esa mujer. Te iba a proponer que nos fuésemos por no soportar su presencia.

—¿Estás loco, querido? Camila es, por el contrario, atrayente, adorable. Peligrosa: teme uno enamorarse de ella irremisiblemente.

—No... si—balbuceó mi amigo—debo reconocer que como estatua es perfecta, como pintura es perfecta. Me explico que te guste y, atiende, me sucede algo más: me gusta a mí también. Pero es cuando no me mira. Al mirarme me clava y llega la estocada de sus ojos de acero al fondo de mí mismo, al eje, al centro de mi personalidad y de allí surge esta aversión dolorosa. Este odio que se revela ahora, tal vez nació conmigo, es una repulsión ingénita. Sin conocerla la aborrecía ya. ¿Se comprende esto?

Se nos acercó un grupo de muchachas, una de ellas Camila, a proponernos ese juego consistente en formar un corro, ellos y ellas en igual número, quedando en el centro un caballero de non. A una palmada de éste se forman parejas de baile y al que sobra le

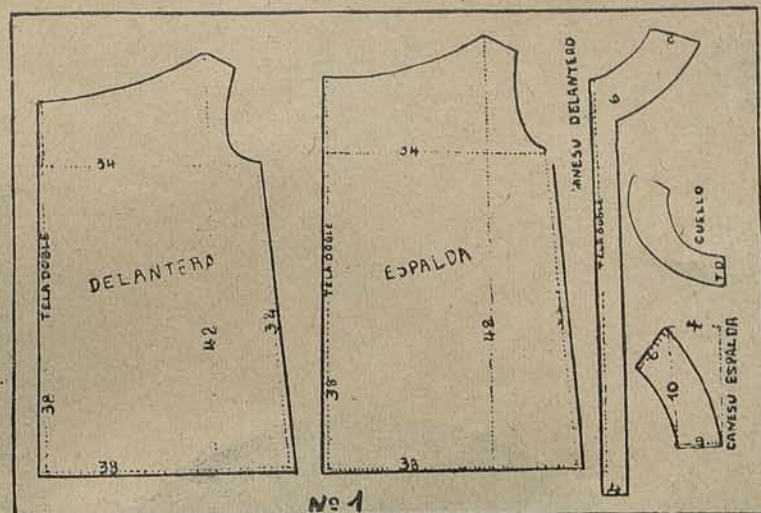
(Continúa en la página 75)

ABRIGUITOS VIAJEROS



- 1.—Crepe de China impermeable, gris plata, con botones negros, acompañado de un fichú gris con manchas negras, cuatro metros de alto y uno de ancho.—2. Sobre una falda de raso negro plisada, este abrigo tres cuartos de raso blanco con incrustaciones de la misma tela. 4 metros de alto y 1 mtr. de ancho.—3. Abrigo de tafetán impermeabilizado, azul marino, abotonado a un lado, con godet.—4. De cuero rojo vivo es este abriguito estrictamente abotonado y muy gracioso.

Indicaciones prácticas para la confección de los vestiditos para niñas de dos a seis años



La moda actual tiene por principio fundamental, la higiene combinada con la sencillez y la elegancia. Como es natural, estos

condiciones se ven más pronunciadas aún en la moda de los niños.

Por fin ya no hay que temer esos vestidos sujetos al cuerpo que molestaban e impedían la libertad en los movimientos, cosa

tan amada en los niños. Los vestiditos modernos son sueltos, sin mangas en verano, llenos de gracia y encanto, y que parecen participar de esa alegría tan hermosa en los niños, y, además, tan necesaria para su salud.

Los vestiditos se llevan sueltos y casi siempre van sujetos a un canesú y amplios a los costados.

Sus adornos varían según el estilo del vestido. Algunos llevan frunces o puntos de nido de abeja, alforcitas y bordados. Como puede verse en estos modelos que presento hoy, cada uno de ellos tiene un adorno variado y muy bonito.

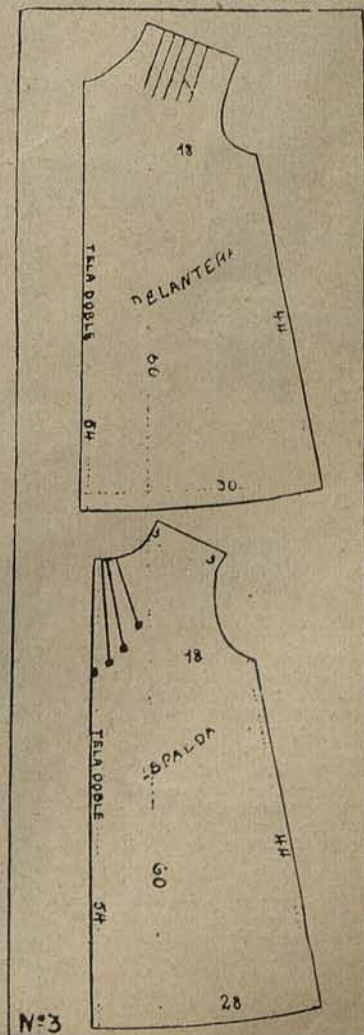
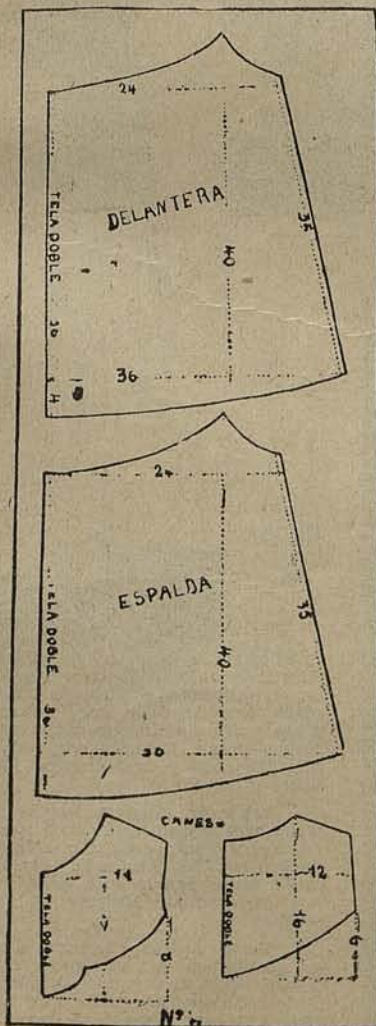
El metraje que se necesitará para hacer estos vestiditos es el de dos veces su largo. es decir, que para aquellos que tienen sesenta centímetros de largo se necesitará un

metro y veinte centímetros, y así, relativamente.

Uno de los detalles más modernos y dignos de atención es el siguiente: se llevan, acompañando los vestiditos de las nenas, unas bombachitas monísimas, hechas del

mismo género que los vestiditos, lo cual resulta muy práctico. Se les hace muy amplias y sujetas a la pierna por un puñito que se borda con los mismos motivos que van bordados los del vestidito.

(Continúa en la página 66).



BRILLANTE RECEPCION



1. Traje en tul de seda impresa negra. La blusa es lisa. La falda tiene pequeños volantes que caen a los lados. Una ancha cinta rodea la cintura y se anuda a un costado. Metraje, 3 m. 02 en 1 m.

2. Traje de crêpe georgette rosa. La falda cae por un costado, mientras que la cintura drapeada desciende en una larga punta por el otro costado. Metraje, 4 m. 10 en 1 m.

3. Lindo traje de moiré salmón. El escote es derecho, sostenido por pequeñas hombreras de brillantes. Dos grandes nudos caen en las caderas a cada lado. Metraje, 3 m. 40 en 1 m.

4. Traje en crêpe de China verde Nilo. La blusa está medio cubierta por otra blusa de encajes pla-

ta. La parte baja de la falda está adornada del mismo encaje y la falda va montada y fruncida bajo una pieza lisa bordada con puntos de plata y terminada por rosas en lamé rosa y verde. Metraje, crêpe de China, 3 m. en 1 m.; encaje, 1.20 m. sobre 0 m. 15.

5. Traje de muselina de seda impresa con grandes flores. El corpiño va ligeramente ablusado sobre una ancha cintura anudada atrás. La falda tiene godets que caen mucho por la espalda. Metraje, 4 m. 50 en 1 m.

6. Traje de raso banana. Corpiño en punta en la espalda y enteramente perlé con tubos de plata. La falda cae en punta atrás y está adornada con una especie de nudo formando puf. Metraje, 4 m. 40 en 1 m.

Las Blusas que están de Moda



Blusa en crêpe satin blanco plata mantenida en el talle por una cintura lisa. Las mangas llevan un pequeño puño anudado. Un cuello estilo chal de encajes. Metraje, 2 m. en 1 m.



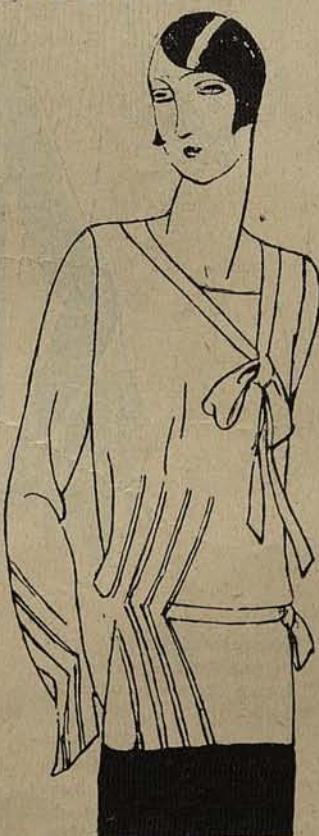
Blusa camisa en "toile de soie" rosa que se abre sobre un plastrón ornado de pequeños pliegues abotonada por delante. Cuello plisado y mangas ornadas con plisado. Metraje, 2.40 m. en 1 m.



Blusa de terciopelo gris perlé con cuello anudado. Mangas fruncidas en el medio y terminadas por un pequeño nudo. Cintura ligeramente drapeado con pequeños pespuntos. Botones de nácar la cierran a cada lado. Metraje, 2 m. en 1 m.



Blusa en crêpe satin beige muy claro. Iluminada por una corbata en crêpe de China beige con pastillas rojas. Metraje, 2 m. 20 1 m.



Blusa en raso marfil. El descote asimétrico está bordeado con un vivo anudado. La cintura pasa por un costado guarnecido de alforzas. Alforzas adornan también lo bajo de las mangas. Metraje, 2 m. 10 en 1 m.

Linda blusa en crêpe de China champaña, sostenida en la cintura por un cinturón drapeado y anudado. En el alto de las mangas tiene un trabajo en nido de abeja. El cuello plastrón está adornado de un trabajo al cordoncillo.

TRAJES PARA LA TARDE EN CREPE DE CHINA

1. Traje en crêpe de China verde almendra, simulando ir abotonado en la espalda. Ancho cinturón que ajusta las caderas. Falda con volantes que se levantan por detrás. Metraje, 4 m. 70 en un metro.

2. Traje en crêpe de China azul marino, lindamente drapeado y descendiendo en puntas a cada lado. El revés del cuello y la ancha cintura anudada son de crêpe de China beige claro. Metraje, crêpe azul marino, 3 m. 90 en 1 m. crêpe beige, 1 m. en 1 m.

3. Traje en crêpe de China malva, con pequeño cuello anudado por delante. La falda forma pequeños paneaux pespunteados bordeados con pequeños volantes plisados. Volantes en las mangas. Cintura de metal de oro. Metraje, 4 m. 10 en 1 m.

4. Traje en crêpe de China rojo vivo. La blusa lisa, ligeramente drapeada, retenida por dos nudos, hace un contraste encantador con la:



mangas enteramente plisadas. Dos anchos volantes plisados forman la falda.

5. Traje en crepe de China negro sobre fondo de raso blanco. La blusa es en forma de bolero y la falda con godets. Metraje, crêpe de China, 4 m. 10 en 1 m. 40. Raso blanco, 1 m. en 1 m.

6. Traje de crêpe de China impreso multicolor. Un lindo corte en la falda, forma godets y descende en punta del lado derecho. Pequeño cuello y mangas en crêpe de China blanco, 0 m. 30 en 1 m.

Noches Elegantes



1. En crêpe marrocaïn o espumilla blanca la segunda, con drapeado y minúsculas alforzas, este sencillo traje es, sin embargo, de refinada elegancia.

2. Extremadamente elegante es este traje de crêpe satin negro, artísticamente drapeado. Se necesitan 3 m. 75.

3. En crêpe de China rojo laca. Falda de dos volantes cortados en dientes; un paño de tela cae por delante. Flor de oro.

4. En crêpe georgette plata. La parte de arriba se ablusa ligeramente sosteniéndose con un ancho cinturón de lama plateado, atado con tres rosas de plata. Dos volantes irregulares forman la falda. Dos paños sueltos parten de la espalda.



ANTES DEL BAILE

Para triunfar, en verano como en invierno, en los torneos de elegancia y forzar la atención con el poder de vuestros encantos, *no basta, señora, ser bella.*

Debéis también prevenir las consecuencias de la transpiración, destructora de vuestros trajes más preciosos y cuya menor manifestación o revelación heriría de muerte a toda vuestra seducción.

¿COMO? Pues, sencillamente, adoptando el

OMNIDROL

M. R.

PARIS

jalea vegetal perfumada, desodorizante, de uso fácil y agradable (*al acostarse*) y apropiada al cutis más delicado. Este maravilloso producto, empleado por nuestras artistas más lindas y millares de mujeres elegantes, goza a la vez del favor del Cuerpo Médico.

El "OMNIDROL" no mancha, no engrasa; es absolutamente inofensivo y suprime la transpiración y sus lamentables consecuencias. malos olores, toilettes estropeadas, etc.

De venta en todas las boticas, peluquerías y perfumerías bien surtidas.

Un tubo de muestra os será enviado contra \$ 1.00 en estampillas para gastos de franqueo, si lo pedís a

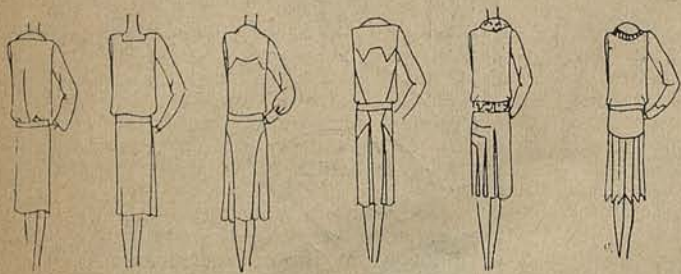
SALAZAR & NEY

Agentes exclusivos

Casilla, 1034.—Arturo Prat, 221.

SANTIAGO.

TRAJES PARA LA MAÑANA



1. Traje de alpaca azul marino, guarnecido de cortes pespuntados, terminados en pliegues sobre la falda. Pequeño cuello y plastrón de georgette blanco. Cinturón de gamuza blanca. Metraje, 2 m. 50 en 1 m. 40.

2. Traje en marrocaín de seda color tilo. Un grupo de pliegues parte de la blusa y pasa bajo la cintura. Arriba lleva una inicial bordada. Una pequeña pata a la derecha del escote, sostiene un plisado de Crêpe de China. Metraje, 2 m. 50 en 1 m. 40.

3. Traje en toile de soie rosa vieja. Pespuntos en la falda y en la blusa. Panneaux en forma, dan amplitud a la falda. Un nudo de cintas for-



ma el cuello.
Metraje, 2 m.
70 en 1 m. 40.

4. Traje en crêpe de lana verde oscuro. Pespuntos de seda. Patas abotonadas y cuello de crêpe de China crema. Metraje, 2 m. 70 en 1 m. 40.

5. Traje en sarga café. Cortes pespuntados delante y detrás de la falda. Cuello claudina. Puñoz y cinturón de gamuza jaspeada beige.

6. Traje en seda estampada verde gris. Falda plisada. La blusa se abre sobre un corpiño de crêpe de China blanco bordeada de un plisado. Metraje, 2 m. 70 en 1 m. 40.

CONSEJOS DEL DOCTOR

"Cada cual tiene la salud que merece", se suele decir. Pero no es cierto. Sería verdad si el individuo llegara a la edad adulta indemne de toda tara hereditaria o de toda semilla de enfermedad sobrevenida en la infancia, pero con frecuencia, nuestros padres son responsables de nuestra salud, porque nos han dirigido durante los primeros años de nuestra vida.

Todos los días encuentro por ahí niños raquíticos, con grandes vientres, con cabezas enormes, que no andan aún y se tienen apenas sobre sus piernas, alrededor del fin de su segundo año de edad. ¿A quién deben su raquitismo esos pobres niños? Y aquellos otros con la nariz obstruida, con amígdalas enormes, que tienen angina sobre angina y se desarrollan de manera insuficiente. ¿Quiénes tienen la culpa? ¿Tienen esos niños la salud que merecen? ¿Y de qué enfermedades hereditarias no cuidadas, de las cuales va a depender la salud futura del niño? A veces los médicos advierten la amenaza, pero no se atreven a pronunciar ciertos

nombres, porque la familia los consideraría como un insulto.

Cada vez que tengo ocasión yo lo digo, porque todo el mal proviene de la ignorancia. Los padres no lo saben. Y esto es su única excusa. Se les perdona, pero se quisiera que aprendieran al fin. Hay un minimum de conocimientos médicos, que todo el mundo debería tener. Que en la clase obrera el padre y la madre ignoren ciertas teorías es comprensible, pero no lo es que en las clases cultivadas no se sepan siquiera las cosas elementales.

Puede decirse que la salud humana no estará bien protegida sino el día en que el niño sea educado por padres que tengan algunos conocimientos de higiene médica. Todavía quedará un número bastante crecido de enfermedades. Bien podemos creerlo, para acabar con nosotros, cuando haya llegado nuestra hora, pero al menos, entonces se podrá decir con verdad que cada cual tiene la salud que merece.

DR. THIBAUT.

TECNICA DEL ANDAR

"El mejor de los ejercicios para conservar o adquirir una buena figura es el más sencillo y natural de todos: andar. Pero para conseguir los resultados deseados es preciso andar correctamente. Con sólo adquirir la costumbre de tomar un paseo diario relativamente prolongado a paso regular y enérgico, conservando siempre la postura debida se ganará en salud y en equilibrio de las proporciones, lo que se ganaría con complicados ejercicios gimnásticos y masajes en un tiempo mucho más largo.

Sin embargo, hay que advertir que entre andar correctamente y andar incorrectamente hay diferencias, a las que no todo el mundo sabe prestar atención. Hay muchos tipos de andar incorrectos, pero en general pueden clasificarse en dos: uno, la forma perezosa de andar, con el cuerpo en los talones, mientras las puntas de los pies se apuntan hacia afuera; el cuello toma una

inclinación oblicua hacia el frente y el pecho se hunde. El andar en esta forma es altamente fatigoso, porque disminuye así en la forma debida y causa el desequilibrio completo de la estructura. Al echar la cabeza hacia adelante, los hombros se cargan, el abdomen se afloja y se exagera hacia adentro la curva de la cintura por la espalda.

No existe quizás mejor remedio para esta forma incorrecta y dañina de andar que el ensayar a hacerlo llevando algún objeto en la cabeza, una cesta con un peso bien distribuido o una vasija con agua o arena. De esta manera se aprende a llevar la cabeza en líneas verticales con el cuello y la espina dorsal y ésta última mantiene la posición que conviene a la salud.

El segundo tipo de andar incorrecto es el de la persona que lleva la espalda rígida; la

tensión que esto produce en todos los músculos y tendones es fatigosa. De la misma manera que en el otro aspecto, las puntas de los pies se vuelven hacia afuera, el peso del cuerpo recae en los talones, y aún cuando el pecho se levanta muy alto en una posición forzada, la respiración es defectuosa. La persona que camina con esta rigidez se fatiga pronto, y no da a sus músculos realmente el ejercicio debido por flexión y fricción. En este caso conviene hacer mañana y noche ejercicios para aflojar esta rigidez de los músculos; póngase la persona de pie y afloje completamente el tronco, suba las manos en alto y déjelas caer luego doblando a la vez la cintura, como si ésta estuviera suelta, y ensaye luego unos pasos descalza, dejando caer todo el cuerpo sobre la planta del pie."

En el Desierto



—¿Es el sol que hace brillar así el marfil de sus dientes?
—No; es el DENTOL que un explorador olvidó por aquí.

EL DENTOL (agua, pasta y polvos) es un dentífrico soberanamente antiséptico y dotado de un perfume muy agradable.

Preparado de acuerdo con los trabajos de Pasteur, destruye todos los microbios de la boca; impide y cura la caries de los dientes, la inflamación de las encías y de la garganta. En pocos días da a los dientes una blancura de nieve destruyendo el sarro.

Deja en la boca una sensación de frescura deliciosa y persistente. Su acción antiséptica contra los microbios dura "por lo menos 24 horas".

Aplicado puro en una hila calma instantáneamente los dolores de muelas más rabiosos.

EL DENTOL puede adquirirse en todas las buenas perfumerías y farmacias.

Base: Acido fénico, Aceites esenciales de Menta inglesa, Badamia, Limón, Clavo y Acido Salicílico. — (M. R.)

Agentes en Chile: ARDITI Y CORRY, Casilla, 78-D, Santiago.



Y CUANDO le den el empaque que Ud. quiere (sea el Tubo de 20 tabletas o el "Sobrecito" de una dosis) fíjese y refíjese en que lleve esa misma palabra y en que tenga la auténtica CRUZ BAYER. La envidiable reputación ganada por este analgésico en el mundo entero, ha dado origen a numerosos substitutos y a peligrosas falsificaciones.

Si no se defiende Ud. tomando esas precauciones, se expone a recibir en vez del remedio legítimo que ha de darle seguro alivio, algo que puede ser gravemente nocivo para su salud.

La CAFIASPIRINA es lo mejor que existe para dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; jaquecas; reumatismo; consecuencias de los abusos alcohólicos, etc. Alivia rápidamente, levanta las fuerzas y no afecta el corazón ni los riñones.

PERO HAY QUE TOMAR LA LEGÍTIMA!

Cafiaspirina M. R. a base de Bicrompuento etílico del ácido actio-oxibenzico con 0.05 gr. Cafeína



(Continuación de la página 57)

INDICACIONES PRÁCTICAS PARA LA CONFECCIÓN DE LOS VESTIDITOS PARA NIÑAS DE DOS A SEIS AÑOS

Estamos ya en pleno verano, y con la colección de vestidos prácticos y lavables que preparan las madres a sus niñas, deberá figurar un trajecito "habillé", pues ellas también tienen ocasión de lucir vestiditos paquetes como sus mamás y hermanas mayores.

Muy indicados para esto son los modelitos que presento en esta página, los que alivian en parte la tarea que implica la elección de trajecitos de esta clase, especialmente para niñas pequeñas.

Los tres vestiditos ilustrados son muy apropiados para niñas de dos a seis años.

El modelo "Baby", realizado en crepé georgette color "tilleul", tiene un bonito canesú redondo y prolongado adelante, que ajusta el cuerpecito, bien fruncido con nido de abeja o punto smock. El escote es común y lleva un cuellito redondo.

Se concluye el trajecito con un ancho dobladillo, doblado hacia el derecho y terminado con un rouleauté, lo mismo que el canesú y el cuello. Se borda alrededor del dobladillo una hilera de floritas con felpilla de un tono más oscuro y el centro de cada flor se borda con tres nuditos: uno color flor de tilo, como el vestido, otro azul y uno rubí.

Las medidas de este trajecito se hallan en el esquema número 1, y pertenecen a la edad de dos años.

El segundo modelo, "Darling", no menos gracioso que el anterior, es de crepé mongol color marfil, bordeado con mongol bleu y adornado en la parte inferior con bordados estilo ruso, formando una franja ancha de color bleu y negro.

En los hombros lleva un grupo de alforzitas que se sujetan con una hombrera que viene enteriza de la espalda.

El escote redondo lleva un recorte superpuesto, terminando con un vasante; este también se hace en mongol bleu.

En el centro de la espalda lleva siete alforzas terminadas en otros tantos cuadraditos bordados.

Su corte está detallado en el esquema número 2, que pertenece a la edad de cuatro años.

El modelo "Bomboncito" está ejecutado en seda imprimé: lleva un bonito canesú formando tres ondas adelante y redondeado en la espalda.

El cuerpecito, cortado en forma, se frunce en el borde superior.

Su único adorno consiste en varias hileras de rouleauté: el escote, el moño que lleva a un costado y el del borde del canesú y del vestido, se hacen del color predominante en el estampado, y los demás alternados de los colores que componen el imprimé.

Las medidas de éste último pertenecen a la edad de seis años, y su corte se encuentra en el esquema número 3.

LA NOVIA QUE ESPERO CUARENTA Y DOS AÑOS

Nos llega de Hungría el relato de una historia tan curiosa, tan original, que muy bien vale la pena de ser contada. Tiene todo el sabor de una novela sentimental, y, en realidad, no es más que una novela vivida que, por un azar dichoso, ha tenido un desenlace feliz, después de muchos años de espera.

La historia, que tantos visos de novela tiene, es ésta:

Ha cuarenta y dos años, una joven pueblerina de Pacz, en Hungría, escuchó por primera vez, palabras de amor de un mozo coetáneo que la quería tiernamente. Aquel día fué quizás el más feliz de la vida de la muchacha, por que ella también compartía los amorosos sentimientos del galán. Y así, ambos se prometieron en matrimonio.

Pero una nube de inesperado utilitarismo

vino a oscurecer la felicidad de los novios. Pensaron, más de lo que debían, en los azares del porvenir, y convinieron en que no se casarían mientras él no llegase a millonario.

Ahora bien, es mucho más fácil contraer un compromiso que conseguir aquello para lo que uno se compromete. Acaso pensó en esto el enamorado, mas, con toda la ilusión de los veinte años, no perdió las esperanzas. Y nuestro intrépido joven comenzó por expatriarse.

Llegó a América, la tierra de promisión de tantos soñadores, y recorrió con varia fortuna, todos los oficios. Ninguno de ellos le proporcionó dinero suficiente para volver a tomar el camino de su patria y cumplir la palabra que había desempeñado.

Los años pasaron... La novia esperó siempre...

Fieles a sus juramentos de amor, los dos prometidos se escribían con toda regularidad cartas, que eran indefectiblemente un

aliento y una esperanza. Y una vez al año se enviaban mutuamente retratos recién hechos para que pudieran reconocerse al regreso del que en tierras de América luchaba con tesón...

Más todo llega en el mundo.

El mes pasado, el joven—que ya, ¡ay!, había dejado de serlo—envió a su prometida la fotografía número cuarenta y dos. Con ella le escribía la carta número 2.600, en la cual anunciaba que ya era millonario: acababa de recibir un millón, premio en una rifa. Anunciaba en la misma carta que inmediatamente se pondría en camino para el pueblo natal, y que, a su llegada, contraería matrimonio.

Así lo ha hecho, y el pueblecito de Páez se ha estremecido con las grandes fiestas con que fué celebrado. Y he aquí cómo los que podían ser ya abuelos han emprendido el viaje de novios cuando están ya casi en los linderos de los setenta años."

El Regalo de los Regalos

El que, entre todos, encanta a la mujer elegante, es el que contribuye a aumentar su encanto y su seducción...; ese regalo de los regalos es: un Perfume, Polvos, Aguas de Colonia, Talcos, firmados por el gran Perfumista parisiense **CHERAMY**.

Ofrezcan Productos **CHERAMY**: seguramente ocasionarán ustedes un placer.



Perfumes, Aguas de Colonia, Polvos, Talcos,..."JOLI SOIR" "OFFRANDE" "CAPPI" "FAUSTA"

de **CHERAMY** el Perfumista Parisiense M.R.

TRAJES ENCANTADORES



3792

3792 Traje de crêpe de China, verde almendra, drapeado y formando túnica sobre un fondo de raso marfil. Metraje: Crêpe de China, 2 m. 70 en 1 m. Raso marfil: 1 m. 30 en 1 m.

3793 Traje en raso gris tórtola. La blusa con escote en punta, termina con un nudo que rodea las caderas como un cinturón. El plastrón liso es de raso como el traje. Metraje: 3 m. en 1 m.

3793

3794 Traje en crêpe marrocaín rosa ardiente. Cuatro pequeños volantes con godets. La blusa es escotada en punta, guarnecida con un nudo en el hombro, mangas terminadas en un pequeño puño. Metraje: 3 m. 80 en 1 m.

3794

3795 Traje tailleur de sarga azul marino. La blusa se abre sobre un plastrón de crêpe de China blanco y está adornada con dos fajos, también de crêpe de China blanco. La falda lleva pliegues cruzados sujetos con abejas. Cinturón de tela con motivo de fantasía. Metraje: 2 m. 10 en 1 m. 40. Tela de adorno, 0 m. 40 en 1 m.

3796 Traje de fina tela gris. Blusa abierta en punta sobre un plastrón de raso gris plata. La falda se abre por delante sobre un pliegue cruzado de raso gris plata. Echarpe de raso. Cintura de cuero gris plata. Metraje: tela gris, 2 m. 10 en 1 m. 40; raso, 0 m. 50 en 1 m.

3795

3796

UNA PAREJA DE HOY

(CORRESPONDENCIA DE PARÍS)

"Imagina una residencia en Trianón, con sus grandes ventanas, sus muros de mármol, su elegancia a la vez discreta y suntuosa, perdida en medio de los bosques y de las aguas, en una de las selvas más bellas que rodean París en un radio de veinticinco leguas.

La soledad más absoluta, la paz más serena. Ni casas, ni industria, a cuatro o cinco kilómetros a la redonda. Yo fui conducida a ese castillo, por un matrimonio amigo de los propietarios, y que me había ofrecido, desde hacía tiempo, darme a conocer una de las maravillas de gusto y de belleza de la Isla de Francia.

Belleza singularmente completa, porque une en todo momento el arte a la naturaleza. El paisaje que sirve de marco a ese lindo castillo—y que nunca el calificativo de lindo podrá ser mejor aplicado que para expresar su gracia serena y sonriente—tiene tal encanto con su gran estanque poblado de cisnes, sus grandes árboles meditativos, sus sauces llorones que enredan en los nenúfares sus largas cabelleras, sus rosas en las balastradas y sus avenidas de un encanto tal, que uno se pregunta, si el todo, casa, jardín, selva, no ha sido realizado por el mismo arquitecto, no ha sido objeto de una creación única...

Al interior, colecciones admirables de abanicos, de viejos jades, de un trabajo que confunde la imaginación. Retratos de las abuelas del dueño de casa, de



la Tour de Ingres; el de la dueña de casa, ejecutado por pintores modernos.... U una hilera de deliciosos salones, donde la luz entra a oleadas por las altas ventanas, en este castillo de ideal disposición para el campo,

donde todo el edificio está colocado en un sólo piso.

Yo consideré con curiosidad al gentil hombre que nos recibió con refinada cortesía, hombre de cierta edad, lo que significa, edad incierta, y su muy joven esposa. Entre ellos una desproporción enorme: un cuarto de siglo, por lo menos.

En muchos matrimonios de hoy día, se acusa esta enorme desproporción, y a menudo oigo en torno mío, que las muchachas sostienen la tesis que una mujer es a menudo más feliz con un hombre que la supere en edad.

Los argumentos que se dan en apoyo de esta teoría, son muy numerosos. Han servido de argumento para muchas novelas y numerosas crónicas. Y se mantienen siempre de actualidad, como ocurre con todas las cosas del corazón.

Existe un hecho, y es que en el siglo XVII, un hombre de 40 años era considerado como indeseable para una joven de veinte, y las comedias de Molière sin ir más lejos, nos instruyen respecto de este estado de espíritu, mientras que hoy día nuestros niños contraen una unión de esta especie sin disgusto.

Digamos en seguida, que gracias al deporte y a la higiene moderna, la juventud del hombre, como la de la mujer, se prolonga indefinidamente. ¡Cuántos hombres de cuarenta años, esbeltos y flexibles, tienen aspecto de muchachos!

Pero a mí parecer, lo que impulsa a muchas niñas a elegir Romeos prolonga-

ÉMOSTYL D. ROUSSEL

M. R.



FÓRMULA
SANGRE HEMOPOYETICA TOTAL
CLICEROFOSFATO DE SODA

DE VENTA EN
TODAS LAS
FARMACIAS

**TÓNICO PODEROSO PARA ADULTOS Y NIÑOS
TUBERCULOSIS - ANEMIAS
CONVALESCENCIA - CRECIMIENTO - DEBILIDAD
RAQUITISMO - CLOROSIS - EMBARAZO - LACTANCIA**



El Dolor de Cabeza y los Milagros

**FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZON
RECETADA EN EL MUNDO ENTERO**

Los milagros no existen para la Ciencia, pero si existe un milagroso remedio, de efectos sorprendentes para quitar instantáneamente el dolor de cabeza más agudo. Ese remedio es la renombrada **FENALGINA**.

El dolor de cabeza aniquila al que lo sufre. Quita el ánimo para todo. No deja trabajar. No deja comer. No deja dormir. Y sin embargo, es tan sencillo hacerlo desaparecer! Tómense una o dos tabletas de **FENALGINA** en cuanto le empiece a doler la cabeza. Léanse las instrucciones que vienen en cada cajita. **ES INOFENSIVA.**

Pueden tomarla hasta los niños pequeños.

NO ACEPTE SUBSTITUTOS.

EXIJA SIEMPRE QUE LE DEN

PHENALGIN
(FENALGINA)



FENALGINA M. R.: Fenilacetamida carbo-amoniatada.
Se vende también en sobrecitos de 4 tabletas a \$0.60 cada uno.
Unico distribuidor: AM. FERRARIS—Casilla 29 D, Santiago de Chile

dos, es que, además de su aspecto juvenil, su elegancia de buena ley, su cortesía desenvuelta y respetuosa, saben ellas que serán amadas fervorosamente.

Un hombre que ha pasado la cuarentena y que ama a una mujer joven, sabe que juega con ella su última carta al bacará sentimental. Perder la partida, es para él la catástrofe sin remedio, la muerte anticipada. Nunca podrá rehacer su vida. Es demasiado tarde. Este hombre estimará su amor, porque sabe que es su último amor... Y he ahí por qué rodea a su mujer de tantos cuidados delicados y no desiste jamás de su papel de seductor. Jamás usa con ella de las pequeñas maldades o torpezas del marido seguro de sí mismo. Quiere parecer joven y no se permite ninguna falta. Jamás dirá si le llega de improviso un palco enviado por un autor dramático amigo, que está cansado, que habría preferido quedarse en casa aquella noche. Por el contrario, se adelantará a los deseos de su mujer, no demostrando nunca ni aburrimiento ni cansancio.

Admirando la magnificencia del lugar donde nos encontrábamos, y el espléndido almuerzo maravillosamente servido, donde se ofrecieron a nuestra golosina, los mejores vinos y productos de Francia, yo he reflexionado que esa mujer joven, linda, fina y deliciosamente agradable, había sido tentada por la existencia sin fatiga en un cuadro maravilloso, en un castillo que reunía las maravillas todas del arte, las seducciones de la naturaleza y los refinamientos del confort.

Fué entonces, cuando bifurcó la conversación hacia la moda, y la joven marquesa se puso a hablar de presentación de colecciones, particularidades y cualidades respectivas de las casas de costura, de tal manera, que era evidente que sabía en ese ramo muchísimo más que una simple cliente.

Y como yo le dijera cuán bien me parecía que una dama del gran mundo estuviera así exteriorizada en los secretos de la alta costura, me contestó sonriendo:

—Voy a hacerle una confesión, que—

rida señora; dirijo por mí misma una casa de costura. Pero contrariamente a ciertas personas de la sociedad, que hablan a todos los vientos cuando ponen una tienda, yo no se lo digo, sino a mis íntimos.

Por eso los amigos que nos han dado el gran placer de conducirla a Ud., aquí, no le han hablado de ello. Se trata de una profesión que no me avergüenza, pero con la cual no quiero construirme un pedestal. Yo dirijo la casa Lide, pero desde un estudio, donde las clientes no me pueden ver. Allí dibujo todos los modelos, desde la simple blusa, al más complicado y lujoso traje. Vivo aquí. Mi coche, que conduzco yo misma, parte a las nueve de la mañana y me trae a

la hora de cenar. Mi marido y yo trabajamos cada uno por nuestro lado, lo que nos permite, mantener decentemente esta propiedad que es nuestra alegría, nuestro orgullo y nuestro tormento.

De tal manera, esa mujer encantadora, a quien yo supuse primero arrastrada al matrimonio, por la tentación de una vida justa y regalada, hacía ochenta kilómetros de ida y vuelta para concurrir a su trabajo.

Bello ejemplo de actividad y lealtad femenina, de segura ternura conyugal que nos da un siglo al que se quiere representar únicamente entregado al jazz band y a los placeres fáciles y vulgares.

MARTINA.

SEÑORAS, SEÑORITAS:

En las playas, cuando ostentáis vuestra belleza triunfante, debéis acordaros que la hipertricosis o VELLO SUPERFLUO es una fea enfermedad.

Acudid, por lo tanto, a la maravillosa

AGUA DIXOR

DE PARIS M.R.

el mejor depilatorio, inofensivo y de olor agradable.

Es el producto preferido por las más célebres artistas, quienes, en la manifestación de su arte, deben exponer su cuerpo casi desnudo a la admiración de los espectadores.

El uso del "Agua Dixor" se recomienda también a los hombres.

De venta en todas las Farmacias y perfumerías bien surtidas.



Agentes depositarios exclusivos:

SALAZAR & NEY

ARTURO PRAT NUM. 221.—CASILLA 1034.
SANTIAGO

LA NARIZ TIENE TAMBIEN SU LENGUAJE

"Sólo de algunos y algunas se dice que hablan hasta por los codos, pero de todos y todas puede decirse que hablan por la nariz. ¿También los que no tienen acento nasal ni se suenan con frecuencia? Sí, también ellos. La nariz habla y, como es de género femenino, habla para revelar secretos. ¿Cuáles? La... idiosincrasia, el carácter de cada uno.

¿Tiene usted una nariz abierta, ancha, como la de los perros de caza? Pues tiene usted también un carácter bondadoso, generoso, a quien en un apuro se le pueden pedir prestadas 100 pesetas. Los curiosos los indiscretos, los métome en todo, suelen ostentar nariz puntiaguda. A lo menos así la tenía Saint Simón, el historiador de Luis XIV, que de todo se enteraba...

La nariz carnosa, bien asentada, es indicio de carácter dominador. Se ha notado que entre los tontos y los criminales abunda la nariz chata.

Casi todos los grandes hombres están dotados de narices muy largas (consuélense los narigones).

En la mujer, la nariz recta indica dignidad... y frialdad; la nariz aguda, pronunciada, es señal de instintos dominadores y crueles. Así la tenía Catalina de Médicis y la reina Isabel de Inglaterra."

LO QUE NO SE PUEDE HEREDAR

Por

JOSE BRUNO

¿Recordáis la dulce y melancólica balada del rey de Thule? Margarita, de "Fausto", la entona dulce y melancólicamente.

Había un rey en Thule que vivió fiel hasta la muerte, y al que su amada regaló una cincelada copa de oro. Nada de tanto precio para él como aquel vaso amado de la amada, vaso del recuerdo, que no podía nunca vaciar sin que le escanciasen de los ojos las lágrimas. Cuando presintió cercana la muerte, llamó a su hijo para entregarle cuanto poseía, para legarle solemnemente el reino, el palacio, todos sus bienes y todas sus joyas. Menos una. Menos aquella copa en que libó el vino de sus alegrías y de sus glorias de afortunado y leal amante: la copa de su juventud.

—Todo es tuyo — pudo decir al hijo — y si supieras con tu reino conquistar el resto de la tierra, tuyo sería el mundo también. Pero esta copa... esta copa es mía, y no la pudieras heredar, ni aún cuando yo te la cediera...

Después el rey convidó a comer a todos los nobles y mandó que fuese dispuesta la mesa en una antigua sala que daba al mar. Allí brindó fervientemente por el feliz reinado de su sucesor, y arrojó la copa, que presto desapareció entre las olas, como aquel mismo día desapareció el Monarca también entre las olas de los hombres...

Hay algo en nuestra vida que es intransferible, que no puede heredar el hijo del padre. Algo que por entero se va con nosotros; que, por no tener realidad sino en nosotros mismos, no puede ser testado; ni a nadie más, ni al hijo, pudiera interesar y servir. La copa intransferible iba destinada a un ser solo, y el amor no habla más que en diálogo... El amor no guarda sus ropas para otra primavera; tiene su día y tiene su reinado.

No revela más que al elegido su clave, y para los demás la divisa íntima carece de sentido; todo lo acapara y guarda el amante, y a ningún otro, en fin, ha de quemar el fuego que no arda para él...

Tuvo el rey Francisco I una delicadeza en su vida; tuvo, por lo menos, una delicadeza, y ella le valió una lección. Había regalado a la condesa de Chateaubriand sortijas y brazaletes de oro en los que el monarca mandó grabar tiernas dedicatorias, compuestas con galantería y combinadas con arte. Mas bien pronto desvirtuó Francisco su delicadeza excepcional.

Una vez reclamó a la dama las joyas que le había donado, y pretendió invalidar las dedicatorias. La condesa entonces pidió, para devolver estas alhajas, un plazo de tres días y... ordenó fundir en un lingote los brazaletes y sortijas. Después, por un criado más fiel que el rey, la condesa remitió a Francisco el lingote de oro y este mensaje: "El peso es exacto. En cuanto a las dedi-

catorias, grabadas están en mi corazón, y de él habría que tomarlas..."

No se hereda el amor.

Un amor muere y otro nace, un amor abdica y otro reina, pero no se hereda el amor.

Y al amado voluble podremos dar cuanto nos reclame, podremos dar la vida; mas aquella copa de nuestras venturosas fechas, en que no bebí más que nuestro labio, aquella copa no será de nadie jamás, no podrá ser legada.

Porque no se llega a heredar lo que no estaba en el patrimonio ni puede entrar en él; lo que acabará necesariamente con nosotros y, totalmente, como nosotros mismos.

SUAVE Y LISA es la piel de esta bella señorita. A ella no la preocupa el crecimiento del vello, que resta encanto y distinción a la mujer. Como millones de otras damas, se ha convencido que la CREMA "VYTT"



es la más rápida, segura y satisfactoria solución al problema con que muchas, la mayoría de las mujeres, deben enfrentarse.

¡Nada! de depilatorios. Sólo una delgada capa de "Vytt" sobre el vello y éste saldrá con su raíz de debajo de la epidermis, en unos pocos minutos.

El "Vytt" se remite por correo, enviando \$ 7.50 en sellos o giro postal, al agente general L. J. Webb, Casilla 1161, Santiago.

El "Vytt" se vende también a \$ 6.50 en todas las boticas y perfumerías.

Base: Calcium Sulphhydrate, Carbonate, Almidón, Perfume, Agua.— M. R.

VYTT

NERVIOS EN TENSION

El insomnio es una de las formas manifestadas de la debilidad nerviosa. Inútil es intentar una reacción definitiva con medicaciones calmantes de efectos momentáneos.

Para combatir el insomnio, en su origen, es inigualable la Fitina, célebre especialidad recetada por la mayoría de los médicos especialistas.

La Fitina, fósforo orgánico asimilable extraído de semillas de plantas, el elemento vital del cerebro y de los nervios, corrige el insomnio nervioso e infunde nuevas energías morales al recobrar el cerebro su potencia y lucidez. Su médico puede confirmarlo.

FITINA

REINTEGRA LA VITALIDAD. En sellos, cápsulas y comprimidos.

Fabricantes: SOCIEDAD PARA LA INDUSTRIA QUIMICA EN BASILEA (Suiza)

Pida folletos a los agentes generales: EMILIO HAAS & Cia., Ltda. Santiago — Casilla, 2658

Fitina, M. R., a base de fósforo orgánico vegetal.

ASPIRADOR DE POLVO VAMPYR



Para limpiar muebles, alfombras, tapices, cortinajes, felpas, pisos, etc: Solicite prospectos.

AEG

Compañía Sudamericana de Electricidad

VALPARAISO:

Av. Brasil, 559. — Casilla 600
Teléfono 2180

SANTIAGO:

Bandera esq. Santo Domingo.
Casilla 110 D.
Teléfonos 2131 y 2132

CONCEPCION:

Barros Arana, 220.—Casilla 86 C.





Los trajes sencillos que nos hacen falta

1. — Traje en sarga café con pespuntos. Falda con pliegues cruzados. La blusa se abre sobre un chaleco de raso champaña. Metraje 2 m. 10 en 1 m. 40; raso, 0 m. 45 en 1 m.

2. — Traje en lanilla verde mirto. La blusa forma doble bolero y la falda dos volantes lisos bordeados de terciopelo verde oscuro. Cinturón de cuero verde. Metraje. 2 m. 50 en 1 m. 40.

3. — Traje en tela ligera gris fierro. Cuello blanco, bolsillos en la falda.

4. — De jersey azul. Pliegues parten de la pechera pespuntada, hasta el ruedo de la falda. Cuello de tela de hilo fino que termina por un nudo de cinta que pasa por bajo la cintura.

5. — Traje en lanilla pespuntada gris azulado. El cuello va adornado de una banda de raso gris claro terminado en pata abotonada. El mismo adorno en las mangas. La falda en panneaux se abre sobre un fondo de raso plisado gris claro. Metraje: Lana. 2 m. en 1 m. 40; raso, 2 m. 30 en 1 m.

ABRIGOS DE VIAJE



1. Abrigo de sarga azul marino. Los cortes de la falda forman patas que sostienen pliegues. Gran cuello adornado con piel. Cinturón de cuero. Metraje: 3 m. 10 por 1 m. 40.

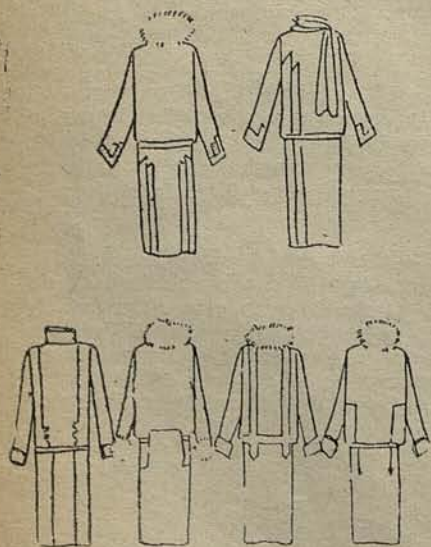
2. Abrigo de terciopelo de lana granate, guarnecido con recortes en un costado. Gran cuello echarpe y cinturón de cuero negro. Metraje: 3 m. en 1 m. 40.

3. Abrigo en lanilla gris fierro. Forma recta. Trabajado con recortes en forma de delantal, adornado con botones. Una pequeña pata esconde la cintura de la espalda. Cuello y adornos abotonados. Metraje: 3 m. 10 en 1 m. 40.

4. Confortable abrigo en sarga fantasía. El recorte de abajo va adornado con pespuntos. Largo cuello de piel hasta el ruedo. Metraje: 2 m. 60 en 1 m. 40.

5. Abrigo de terciopelo de lana azul marino, muy trabajado con recortes. Cuello chal y piel gris clara. Metraje: 3 m. 10 en 1 m. 40.

6. Abrigo práctico en lana de fantasía beige y azul. Un recorte lo rodea en bolero y simula bolsillo con pespuntos. Cinturón de cuero. Metraje: 2 m. 60 en 1 m. 40.



Los lindos Trajes de Deportes



1. Traje de kasha verde absintio, adornado con respuntes rojos. Falda plisada. Metraje: 2 m. 80, en 1 m. 50.

2. Dos piezas en jersey de lana beige-rosa. La falda lleva dos pliegues cruzados. La blusa y el echarpe van adornados con aplicaciones beige, rosa y rojo. Metrajes 4 mts. 10 en 0 mts. 90.

3. Dos piezas en jersey de lana de dos tonos de azul. La falda se abre en panneaux sobre grupos de pliegues. La blusa seca, va adornada de aplicaciones.

4. Delicioso dos piezas en jersey gris claro. Algunos pliegues dan amplitud a la falda sobre el costado. La blusa abotonada de original manera, va guarnecida de un cuello echarpe y de un cinturón de crépe, impreso. Metraje: 3 m. 50, en 0 m. 90.

5. Dos piezas en jersey beige, bordeado de café. La falda lleva dos panneaux con godets. La blusa con descote asimétrico, lleva un echarpe que pasa por un ojal doble. Metraje: 4 m. 70, en 0 m. 90.

6. Dos piezas elegantes, en fino jersey azul nattier. Incrustaciones dentadas adornan la blusa, ajustada a la cintura por un cinturón de fantasía. La falda tiene cortes respunteados, terminados en abejos y luego en pliegues cruzados. Metraje: 4 m. 90, en 0 m. 90.

U N H E R O E

P o r M A R I A E N R I Q U E T A

Hace apenas unos minutos que ha llegado el tren, y la estación del pueblecillo está ple-tórica de gentes que van y vienen en todas direcciones.

La alegría es general; los trenes, inmóviles, han quedado tendidos a lo largo de la estación, como serpientes dormidas.

Los conductores, tras de cerrar con llave los coches, se alejan; y el maquinista, después de refrescar sus labios con un vaso de agua cristalina, sacude un poco el carbón de su blusa y baja a tomar descanso en la banca del andén.

Niños y viejos miran largamente al maquinista. Es interesante este hombre, que maneja a su antojo el monstruo humeante, y que lleva a su cargo tantas vidas. El tiene que dar cuenta de ellas, como el pastor la da de su rebaño. Por eso niños y viejos le ven con asombro.

Todos parecen contentos en este hermoso día. Y hay razón para ello, porque el tren ha llegado sin obstáculos, y los viajeros, al bajar de los vagones, han visto muchos brazos tenderse hacia ellos.

Todos, pues, se sienten dichosos.

Pero repentinamente, y en medio de la alegría general, este grito lo domina todo:

—¡Fuego en el tren de la dinamita!...

La gente, horrorizada, intenta huir. Pero ¿es acaso posible escapar de la muerte?

Un vagón con dinamita que se incendia y estalla ¿podrá dejar con vida a todo aquel que no se halle a muchas leguas de distancia? ¡Imposible! Todos tienen que perecer: los que paseaban a lo largo de la estación, los que habían salido de ella, los que estaban dentro de sus casas, tranquilos y sin temo-

res, todo el pueblecillo alegre que, bajo los rayos del sol, reposaba como un pájaro inocente...

Un inmenso grito se escapa de todos aquellos labios: es el grito del terror y de la impotencia.

El fuego chispea ya en el vagón... Unos minutos más, y el pueblo entero habrá desaparecido...

Pero he aquí que un hombre valeroso, con amplio ademán y gesto magnánimo, salta a la máquina, suelta los frenos de ésta y la deja que se lance hacia el camino con velocidad vertiginosa... Es preciso alejar el tren para que no estalle dentro del pueblo...

Y el hombre que ha subido a él es el maquinista, que reposaba tranquilamente en el andén.

La máquina huyendo como una loca, arrastra el carro incendiado, y por un momento sólo se oye el ruido atronador de los herrajes, que deja temblores en el suelo, y el tintineo de cristales en las puertas de la estación. Después, cuando ya la máquina ha desaparecido a la distancia, sólo queda en la retina como la visión de un relámpago negro que vertiginosamente hubiese pintado su latigazo en la tierra del camino.

El pueblo está salvado. Cuando la máquina estalle, aquel inocente pueblecillo apenas escuchará los ecos de la detonación formidable...

La gente, asombrada, creyendo soñar, busca sobre los rieles de la estación el carro fatídico que lanza chispas brillantes... Pero no, allí no hay nada ya: el carro irá corriendo por las laderas apartadas...

En tanto, el maquinista, el héroe, el már-

tir, arroja leños y más leños al hornillo de la caldera; va y viene vertiginosamente, con actividad que espanta; se asoma por la ventanilla para calcular la distancia que lo separa del pueblo; quisiera, con sus propios brazos arrastrar al monstruo, llevárselo, volar con él en un vuelo maravilloso que le hiciera salvar distancias locas... Un momento más, y la máquina estará por fin fuera del radio en que pelagra el pueblo. Es preciso librarlo de la muerte; es preciso salvarlo...

Y el maquinista, sin pensar en su propia vida, movido por un arranque único y grandioso, atiza el hornillo, echa leños en él, sopla con fuerzas de titán y empuja con el espíritu al monstruo soberbio, que cruza como una sombra fantástica, llanos, laderas, barrancos...

Pocos momentos después, montes y valles retiemblan con agitaciones potentes... El carro ha estallado. Y una nube de humo se levanta ocultando la monstruosa escena...

Vagones, máquina y maquinista vuelan por el aire hechos pedazos...

Y en un instante no queda nada de lo que fué un tren, una máquina, un hombre...

Después, el silencio cae sobre el paisaje, y el drama queda amortajado por las cenizas...

Pero el recuerdo, cumpliendo con un santo deber ha ido a aquel campo para reconstruir la escena, y ésta ha quedado ya grabada en las páginas de la historia mejicana.

Jesús García es el nombre de ese héroe, y Nacozari se llama el pueblo que, de una manera tan magnánima, salvó aquel hombre.

Méjico se honra contando entre sus héroes a ese mártir; y agradecida mi patria, le pone laureles frescos sobre su tumba.

B u e n H u m o r



—¿Pero otra vez cesante?
—Sí, hombre; me coloqué en una fábrica de bombas, y me explotaban inicua-



—¿Está bien esa puesta de sol, ver dad?
—¿Cómo, puesta de sol? ¡Sí, es un par de huevos a la flamenca!

V A C A C I O N E S



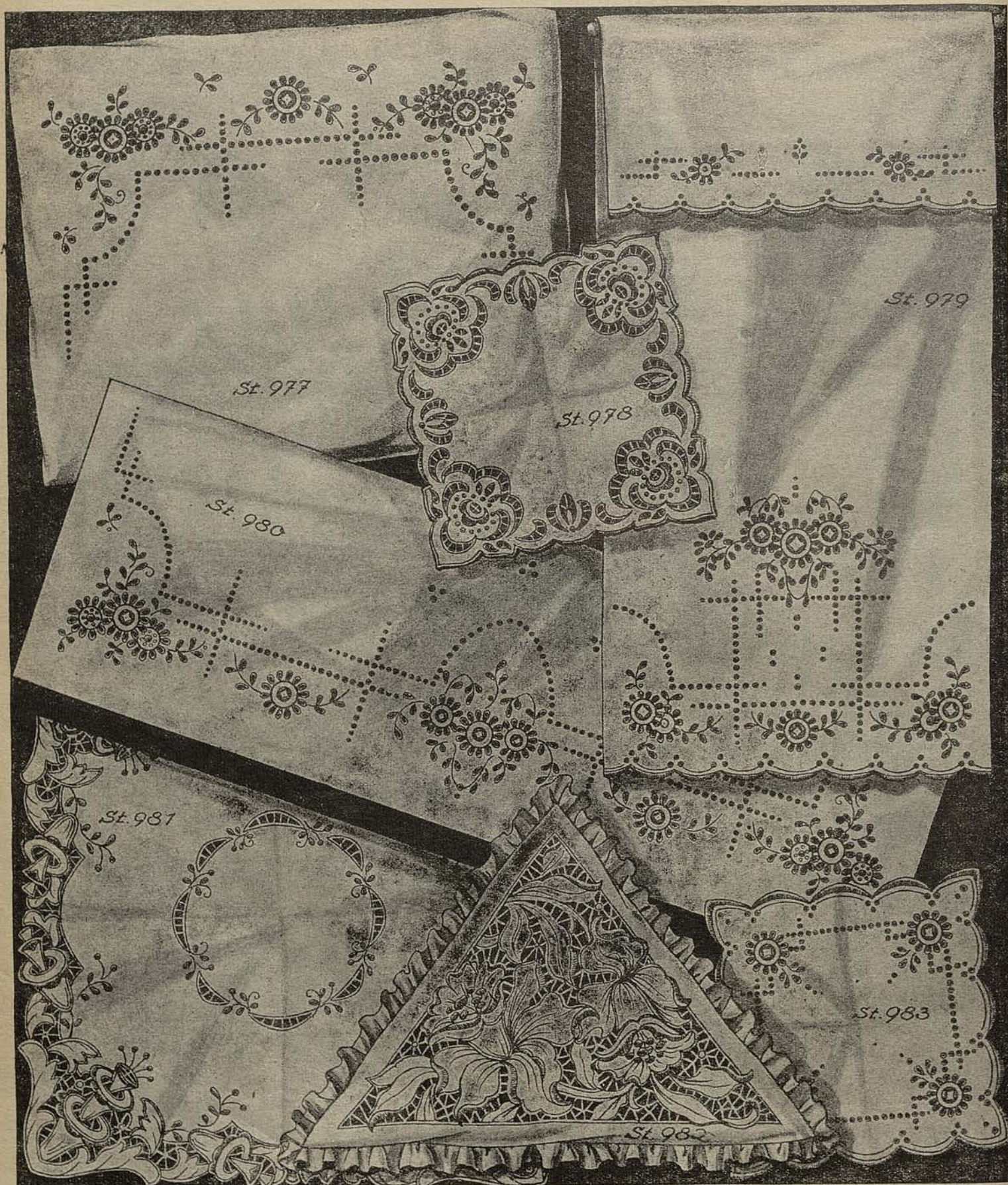
1.— Traje de crépe de China gris plata con puños y cuello de organdí rosa. Tres volantes cruzados, cortados en punta, forman la falda.

2.— De exquisita originalidad es este traje de marocain rojo. La corbata es de velo de seda negra.

3.— Un "dos piezas" muy distinguido. La falda es de raso negro plisado. La blusa-camisa, abotonada de nácar, es de raso blanco.

4.— En crépe de China azul viejo, este traje abotonado al lado. Monograma y pañuelo con pintas.

B O N I T A L A B O R



St. 977. Cubierta de almohada hecha de tela de hilo blanco con bordados a la plumetis y a puntos planos. Tamaño 80|80. Dibujo calcable una hoja.

St. 978. Pequeño mantel hecho de tela de hilo blanco con bonito bordado a la Richelieu. Tamaño 40|40. Dibujo calcable media hoja.

St. 979. Cubre toallas confeccionado de tela de hilo blanco. Se adornará con bordados

a la inglesa. Tamaño 65|128. Dibujo calcable una hoja.

St. 980. Cubre camas confeccionado de tela de hilo blanco. Se bordará con un ancho borde y presenta bordados al punto inglés. Tamaño 160|260. Dibujo calcable dos hojas.

St. 981. Cubierta de mesa hecha de tela de hilo blanco con adornos de bordados a la Richelieu y de un círculo hecho a puntos

planos. Tamaño 80|80. Dibujo calcable dos hojas.

St. 982. Elegante almohada de forma triangular. Se hará de tela de hilo blanco y se adornará con un bonito bordado a la Richelieu. Tamaño 53|115. Dibujo calcable una hoja.

St. 983. Pequeña cubierta cuadrada hecha de tela de hilo blanco con guarnición de bordados a la inglesa. Tamaño 40|40. Dibujo calcable una hoja.

LOS OJOS GRIS

(Continuación de la página 55)

llaman "pavo". El juego se repitió quedándose de "pavo" una señorita: Camila muy pronto. Comprendí que era una estratagema de ella para bailar con mi amigo, como así sucedió, y lo vi a él llevarla con el esfuerzo y padecer de quien fuese obligado a abrazar un haz de teas ardiendo.

—¡No puedo más! — vino a decirme, al acabar aquel juego, fuego para él—. ¡Esa mujer me crispa! Tu sabes que yo soy un hombre normal. Pues siento el impulso aberrante de herirla, de desgarrarla, de hacerla pedazos.

Finó la velada. Los señores formales suspendieron sus partidas de tresillo, y entonces bendicieron, para justificarse, se creyó en el caso de presentarnos a los señores formales también.

El padre de Camila era un caballero de pelo gris y tipo inglés, de elegante procesión, que tenía los ojos grises y avieso, malevolos, como su hija.

—¡Hola! — exclamó al ver a mi amigo—. ¡Antonio! ¿Pero no me reconoce, criatura?

—Sí, señor. Le reconozco a usted y no comprendo, cómo al presentarme a Camila, deje de ver en el acto que era hija suya. ¡Tiene sus mismos ojos!

—Yo te he reconocido sin dudar. Aunque mucho te has transformado al nacer nombre, tienes la misma cara y de "aquello" aun queda un poco. Un poco. Ja, ja, ja...

El amigo estaba muy pálido. Sus labios iniciaban una extraña convulsión, una mueca trágica.

El padre de Camila se reía, se reía cruelmente.

—¡Queda un poco, un poco! ¡Caramba, Antonito! ¿Cuántos años nace que no te veía? ¿Veinte? Sí: tú tendrás unos veinticinco. ¡Caramba! ¡Cuanto me alegro! ¡Con lo que yo quería a tu padre! Ja, ja, ja...

Se despidió mi amigo y, no obstante de haber pasado ya de la media noche, se obstinó en que partiésemos.

Y luego, en la soledad de la montaña, mi buen amigo me habló así:

—De niño, yo padecía un tic nervioso, que me hacía contraer los labios y guntar continuamente. Ese señor se burlaba de mí. El fué quien me puso el mote de "Don Visajes", por el me llamaban "Don Visajes" todos mis compañeros de la escuela; "Don Visajes" me decían, por su culpa, y por él me peleaba yo con ellos y me pegaban, pues siempre eran varios contra mí. ¡Maldito sea ese hombre, que no tuvo piedad para un niño enfermo! ¡Maldito sea ese hombre y su hermosa hija hija también!

¿CUANTO COME UNA PERSONA EN TODA SU VIDA?

Esta misma pregunta se la acaba de hacer un famoso personaje muy aficionado a las estadísticas. Y, después de detenidos cálculos, ha llegado a las siguientes conclusiones:

Un hombre de apetito medio, cuando llega a la edad de los setenta años, ha comido desde su nacimiento, una cantidad de alimentos equivalente a la carga que pueden soportar unos veinte vagones de ferrocarril, de cinco toneladas cada uno, lo que es lo mismo que decir la carga completa de un tren de mercancías o 1,800 veces lo que, por término medio, pesa el hombre.

Entre las vitualias consumidas, figuran unos 225 quintales métricos de pan, que representan un volumen aproximado de 400 metros cúbicos; todos los garbanzos y guisantes que pueden caber en una carretera en dos leguas de longitud; una zanahoria de 10 metros de altura, un campo de lechugas capaz de cubrir el suelo de todas las habitaciones de un moderno rascacielo de ocho pisos, un camión de coles, 18,000 kilogramos de carne, 12,000 huevos, 1,750 kilogramos de sal y 25,000 litros de alimentos líquidos, contando, naturalmente, el vino y el agua. Además de todo esto, cantidades proporcionadas de frutas, quesos, manteca, pescado, etc.

No hemos podido comprobar la veracidad de semejantes cálculos. Sin embargo, si alguno de nuestros lectores duda de su exactitud, puede comenzar a hacer el suyo.

LO QUE CUESTA LA BELLEZA

(Continuación de la página 36)

ésta no pueden conocerla so pena de renunciar para siempre al arte, sino los pocos gramos que rebasan el peso minuciosamente especificado en su contrato con la empresa.

Y, encima, la gimnasia. Porque no basta mantener bien equilibrada la salud con un régimen alimenticio reglamentario e insustituible; es preciso, además, conservarse ágil y flexible por medio de una gimnasia igualmente reglamentada y vigilada por un experto. En Norteamérica, la vida de las artistas cinematográficas se desenvuelve realmente bajo la autoridad indiscutible de tres personajes: el director de películas, el médico y el profesor de gimnasia del estudio.

Existe, naturalmente, el *rimmel* que sombrea las pestañas y agranda los ojos; el *carmin* que dibuja los labios; la crema que alisa todavía más las tersas mejillas; el *peluquero* que ondula con arte la bien cuidada cabellera; pero la base fundamental de su extraordinaria belleza es esa perfección física lograda a fuerza de cuidados y sacrificios.

Las "estrellas" cinematográficas son bellas porque Dios lo quiso y porque dedican toda su voluntad a perfeccionarla y aumentarla.

LA PAVA CON CASTAÑAS

—Vassile, es tu sobrino Stepan que viene para felicitarte—dijo la mujer al marido.

—Envíale a paseo.

—No me parece bien. Es pariente tuyo. Dale los buenos días y regálale tres rublos. Yo no puedo atenderlo porque he de cuidar la pava.

—A propósito ¿qué haremos con la pava?

—Haz lo que quieras. No haber invitado a tus amigos a comer pava hoy y mañana no teniendo más que una.

—Sí, es bastante molesta la situación. ¿En dónde está ese estúpido de Stepan? Envíamelo.

—Te espera en la antecámara. ¿Quieres que le llame?

—Sí. Trataré de librarme de él antes de la llegada de los invitados.

Stepan entró en el despacho. Era un muchacho de pómulos salientes, larga mandíbula, ojos temerosos y pecho tan hundido que al caminar bajo la lluvia el agua quedaría embalsada. Iba mal vestido.

—Felicidades, tío—dijo—. Os deseo muchas felicidades. Si... pudiera usted..., en fin...

—Sí, eso es, te comprendo. Dime, Stepan, ¿no podrías tú buscarme en algún lado una pava?

—¡Hoy! Es el primer día de Navidad y todo está cerrado.

—Es que, mira lo que me ocurre, Estepan. No tenemos más que una pava y, sin embargo, tengo invitados a comer para hoy y mañana...

—Decid que estáis malo.

—No lo creerán.

—Entonces decid que la cocinera la ha quemado...

—Tampoco está bien esa disculpa.

—¡Ah! Que uno de los invitados diga que ya está harto y que es una pena principiar la pava.

—¡Bravo, Stepan! Quédate a comer con nosotros. Tú serás el que votes contra la pava. Para que puedas sentarte a la mesa te daré unos zapatos míos magníficos. Bien, hombre. ¿Sabes que no eres tonto del todo?

Stepan, durante la comida, hizo los honores de la conversación. Contó varias anécdotas en las que Mi-tiouky era el héroe obligado.

Sirvieron la pava. Los invitados aspiraron ávidamente el delicioso olor. Stepan, entonces, se levantó y exclamó, con aire mundano:

—¿Aún esta pava? ¿No es para volverse loco? ¡Pero si ya hemos excedido la medida! Estamos todos hartos, ¿verdad, señores? No vale la pena de empezarla.

Los invitados murmuraron algo ininteligible.

—Retíradla — continuaba Stepan —

Su tío insistió hipócritamente:

—Tomaréis siquiera un pedacito. La pava parece buena. Además está rellena de castañas...

Stepan se dobló sobre la mesa y aproximó su rostro al volátil.

—¿Habéis dicho que está con castañas?

Sus labios se humedecieron y sus ojos brillaron con tal glotonería que el anfitrión tomó la fuente y dijo:

—Bueno. Puesto que nadie la quiere, que se la lleven.

—Pero es que... si es con castañas... no me negaré a tomar un pedazo. Sí, dadme un poco de pechuga.

—Puesto que la empezáis, dadme a mí también — dijo la vecina de Stepan.

—Y a mí.

Cuando no quedó de la pava más que los huesos el dueño de la casa dijo a Stepan que se había recibido un recado por teléfono para él, y ambos salieron del comedor.

—¡Ah, miserable! ¿Qué has hecho? Me habías prometido rehusar y has sido el primero en caer sobre la pava... Te he tratado como a un personaje de importancia y te has conducido como un cochino. ¡Miserable!

Gemía Stepan.

—Pero tío, ¿por qué ocultarme que estaba guisada con castañas, por qué? ¡Oh! Yo no había comido nunca pava con castañas... Os juro que no fué mía la culpa; fueron las castañas...

—¡Largo de aquí! ¡No vuelvas a poner los pies a mi casa!

En tanto Stepan se alejaba, la nieve caía en torno suyo helándole las manos, los pies y el cuello...

V. L. V.

La Clave de la Belleza

por CHARLOTTE ROUVIER

Por qué las actrices nunca envejecen

De todo lo concerniente a la profesión teatral, nada hay más enigmático para el público que la perfecta juventud de sus mujeres. Con cuánta frecuencia oímos decir: "¡Cómo, si la vi hace cuarenta años en el papel de Julieta, y no representa ahora un año más de edad!" Naturalmente, hay que tener en cuenta la manera de caracterizarse; pero cuando se nos ve de cerca, fuera del escenario, necesita la gente otra explicación. ¡Qué extraño es que la generalidad de las mujeres no hayan aprendido el secreto de conservar la cara joven! ¡Y qué sencillo es comprar un poco de Cera Pura Mercolizada (pure mercolized wax) en la farmacia, aplicársela al cutis como cold cream, quitándola con agua caliente por la mañana! La Cera absorbe la cutícula vieja en forma gradual e imperceptible, dejando el cutis nuevo y fresco, libre de fealdades. Esta es la razón por la cual las actrices no tienen la cara desfigurada con manchas, barrillos, etc. ¿Por qué nuestras hermanas del otro lado de las candilejas no aprenden y aprovechan esta lección?

Un secreto contra los barrillos

Los puntos negros, cutis grasientos y extensión de los poros del rostro son molestias que generalmente nos asaltan juntas, pero podemos combatir las al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua una tableta de Stymol (de venta en las boticas), que produce vivamente una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha pasado se baña el rostro con el agua "estimulizada", y después se seca con una toalla. Los intrusos puntos negros salen espontáneamente y desaparecen en la toalla, y los grandes poros grasientos se contraen como por encanto y se borran de la cara. No se produce ninguna opresión, fuerza o acción violenta. El cutis no sufre daño alguno, y queda alisado, blando y fresco. Unos cuantos de esos tratamientos, con intervalos de tres a cuatro días, dan permanencia a esta belleza y se obtiene rápidamente la limpieza del rostro.

Para evitar el vello

Es cosa muy fácil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero evitar definitivamente esa innecesaria abundancia de pelo es ya otro problema diferente. No son muchas las damas que conocen los satisfactorios efectos que para ese resultado produce una sustancia tan sencilla como el "Porlac Pulverizado", aplicado directamente al pelo. Este tratamiento se recomienda no sólo para hacer desaparecer al instante el vello o las superfluidades del cabello, sino que también para matar sus raíces por completo. Casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza de Porlac, cantidad suficiente para el experimento.

El hermoso sonrosado del cutis

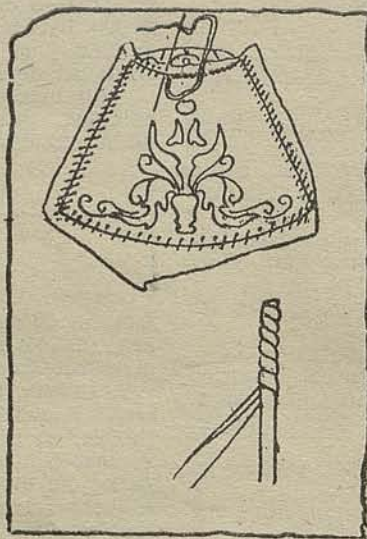
Un rostro marchito y amarillento añade años a nuestra persona. Las desventajas de pintarse la cara son tantas, que no es necesario enumerarlas; baste sólo decir que el uso de carmín, rouge o cualquier otro color resulta sumamente perjudicial para la salud y para la verdadera estética. Para devolver a un rostro marchito el hermoso sonrosado colorido natural de la primera juventud, basta aplicar, sencillamente, sobre las mejillas un poco de "Rubinol", que es una maravillosa sustancia que tiene la virtud de no notarse y cuyos efectos son verdaderamente sorprendentes. Así lo afirman todas aquellas mujeres a quienes el "Rubinol" ha permitido y permite hacer gala de colores hermosos, atractivos y avasalladores.

Labores del Hogar

COMO HACER UNA PANTALLA ANIMALES DE PELUCHE

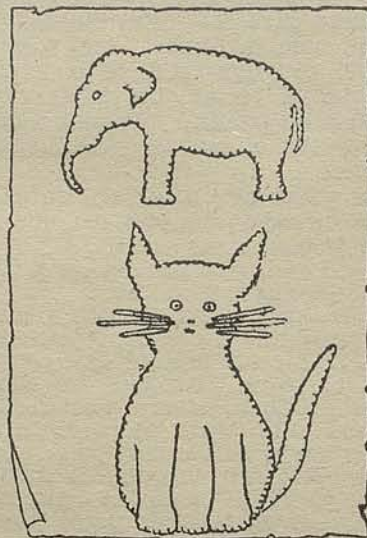
He aquí un grabado que explica gráficamente la manera cómo hacer en casa, y con muy poco costo, una linda pantalla.

Se empieza por forrar el alambre con una cinta angosta, que para ello las hay especiales a diez centavos la pieza, y se ejecuta en la forma que lo indica el detalle al pie del grabado; luego se coloca la tela y se prende con alfileres, tal como puede



verse; de este modo, la tela se asegura tirante de modo que no haga arrugas por ninguna esquina y una vez asegurada así se procede a coser, quitando los alfileres a medida que avanzan las puntadas; una vez cosida toda la tela se le colocan las aplicaciones cortadas como aparecen en el dibujo, las cuales se pueden pegar con goma.

He aquí un objeto que antes estaba dedicado solamente a los niños y que ahora entretiene también a los grandes, habiéndose convertido en objeto de ornato para las habitaciones; no parece sino que la humanidad se infantiliza. Estos animalitos ador-



nan el sofá, la mesa, se les ve echados y como durmiendo sobre un cojín, etc.

A medida que se popularizan van subiendo de precio y algunas personas han encontrado la manera de fabricarlos en casa con pedazos de peluche, lo que a más de ser una entretención, abarata el artículo.

Se escoge un patrón de los muchos que abundan con esta clase de dibujos, se corta el molde, y por él la tela que servirá de armazón al animalito, se cose en la máquina, se rellena, cuidando de darle una forma perfecta y después se forra en el peluche; los ojos se hacen con botones de cristal o cabezas de alfileres, el hocico sólo requiere una pincelada de pintura y ya tenemos el animalito hecho.

A PROPOSITO DE CARTAS

¿No os ha ocurrido, jamás, estimadas lectoras, de veros precisadas mientras que viajáis, a retirar cartas de la posta restante? ¿Y habéis pensado alguna vez que vuestro marido tiene derecho a coartar el correo a vosotras dirigido?

El marido — dice la jurisprudencia, puede vigilar las relaciones de su mujer, y puede hacerse entregar las cartas enviadas a su esposa. El marido posee sobre la correspondencia de su mujer, un verdadero control. Su derecho va hasta suprimirla, sin que nadie pueda oponerse a esta regla, a pesar de estar cierto, de que la correspondencia es de propiedad exclusiva de la persona a la cual va dirigida. En Francia hay todavía un artículo de ley que autoriza al marido para interceptar las cartas escritas por su mujer a su padre o madre, si teme que estos ejerzan sobre el espíritu de su hija influencias que puedan turbar la paz del hogar.

Los siglos pasan y aportan grandes modificaciones en la existencia de la humanidad y en la constitución física de la tierra. Nuevos planetas surgen y otros desaparecen. Los reyes caen, las repúblicas nacen, las costumbres evolucionan y hombres y mujeres se transforman. Sin embargo, al-

go permanece inmutable: la preeminencia del marido en el matrimonio.

No hay detalle sobre el cual esta no se ejerza. El marido vigila, apoyado por los textos, las relaciones de su mujer. Puede romperlas a su gusto, e imponerle sus amigos. ¿Y existe la recíproca? No. Y sin embargo, es preciso convenir en que el hombre contrae con más facilidad que la mujer relaciones que amenazan la paz del hogar. La suegra de la esposa, ¿no trae al mundo discordias que destruyen un matrimonio? ¿No sería, pues, lógico, que la mujer tuviera también derecho de alejar su influencia nociva cuando ésta existe? Numerosos divorcios, no tienen otro origen. El marido, amo y señor, decide solo de las amistades, del menaje. La mujer no tiene sino que obedecer y callar. ¿Siempre existirá la inferioridad de la mujer? Sin embargo, los hombres que abusan de los derechos que la ley les confiere, tienen en sí mismos su castigo. Nadie puede amar a un tirano, y si el marido lo es, la mujer ocultará bajo su mansedumbre, una odiosidad reprimida, que alejará del hogar toda dicha y todo respeto, siendo el hombre la primera víctima de la situación creada por él mismo. — I. N. (ABOGADO).

EL ENCANTO DE LOS MUEBLES ANTIGUOS (Conclusión)

nir a los incautos contra tales acechanzas, dispuestas por comerciantes sin escrúpulos. En efecto, pululan los muebles de construcción grosera y descuidada, en los cuales se ha pretendido imitar la artística rudeza de los constructores primitivos, completando la falsificación merced al auxilio de ácidos, cuya corrosión produce una huella semejante a la de la pátina del tiempo y del uso. Y así, estos muebles maculados distan mucho de tener el noble aspecto venerable de aquellos otros pulidos por las manos de las mujeres hacendosas, al través de los años y de las generaciones.

En cambio, nos es dado encontrar copias leales y seguras, que son perfectas reproducciones hechas por manos habilidosas y honradas. Para hermanarse con sus originales, estas copias no necesitan sino del tiempo, y, en tanto, nos procuran la sensación y el ambiente del pasado que resucita.

El encanto de los muebles antiguos, considerados en su aspecto familiar, es el encanto de lo que fué, y de lo que fué, sobre todo, en nuestro hogar...

JULES LEMAITRE.

NUESTRO MENU A L M U E R Z O

Jamón con ensalada

Se prepara ensalada de alcachofas con arvejas o porotos, se aliñan con pimienta, limón, y se cubren con mayonesa. Se colocan encima tajadas de jamón decoradas con huevo duro.

Pescado sobre flan

El flan se prepara como sigue: se hierve una taza de leche con sal, estragón, porrón, se retira del fuego y se deja enfriar. Se mezclan en seguida tres o cuatro huevos, bastante nata o crema, se vacía todo bien incorporado a un molde liso de dos dedos de alto y se pone en el horno al baño maría. El pescado se aliña con vino blanco y mantequilla, se corta en lomititos y se pone al horno. Se coloca sobre el flan y se sirve con salsa.

Tortillas de jaiba

Se saca toda la comida a la jaiba, se salta en mantequilla y se incorpora con los huevos, con perejil y sal.

Se vacía a la sartén con mantequilla y se dobla como toda tortilla.

Fritos de arroz

Se cuece arroz en leche con canela, cáscara de limón y se deja bien espeso.

Se mezclan dos huevos, incorporándolos bien con el arroz, y el todo se echa por cucharadas en una sartén con un poquito de mantequilla.

Se doran por ambos lados, y se sirven espolvoreándoles azúcar con canela o con vainilla.

C O M I D A

Sopa de tomates

Se parten los tomates mitad por mitad y se ponen a la cacerola con un pedazo de mantequilla, laurel y porrón. Se cuecen lentamente hasta que se deshagan y se pasan por cedazo. Se prepara una salsa de harina frita en mantequilla, se mezcla al tomate y se aclara con el caldo necesario.

Budín de garbanzos

Los garbanzos después de cocidos se pasan por cedazo, se frien en una cucharada grande de mantequilla con un poquito de cebolla, se les añade sal, perejil, nata, aji, tres yemas y las tres claras batidas por separado. Se vacía todo a la budinera poniendo al centro una capa de huevo duro en tajadas.

Pernil de chanco con puré de acelgas

Se coloca en la cacerola un pernil de chanco cocido, se cubre con salsa de aji, y se sirve con puré de acelgas que se prepara como sigue:

Se cuecen las espinacas o las acelgas, se estrujan bien, quitándoles toda el agua y se pasan por cedazo.

Se hierve más o menos una taza de leche con miga de pan, hasta dejarla espesa, se añade al puré que resulte un buen pedazo de mantequilla y se le pone sal y pimienta.

Crema helada

Se forma betún con tres claras, media libra de azúcar hecha almibar de punto de volar y cinco hojas de colapiz. Estando fría, se le añade crema batida, plátanos y chirimoyas.



PRODIGIOSO...

es el resultado que se obtiene con el uso del

"COLIRIO"

DEL

PADRE CONSTANZO

en el tratamiento de las enfermedades de la vista.

Vista débil o cansada.
Escrofulismo. Nubecillas.
Manchas u opacidades de la córnea. Cataratas grises. Gota serena y verde.
Glaucorraea.



DROGUERIA

DEL

PACIFICO S. A.

SUC. DE DAUBE & CIA.

Valparaíso, Santiago,
Concepción, Antofagasta.

Base: Biborato, Cloruro de sodio, Sulfato de cinc.
M. R.



ría y como corredor en propiedades. Se ocupaba de estas actividades cuando conoció a una cantante de cabaret, llamada Loretta, con la cual se casó, y la llevó en seguida a Inglaterra. Parece que no fueron felices en esta unión, porque poco después volvió Loretta al teatro y huyó con un artista.

Una vez que Lord Sholto obtuvo su divorcio, y como se encontrara con su fortuna reducida a cincuenta pesos, volvió los ojos a Lady Georgina, la princesa de las Mil y una noches, con sus cincuenta millones y un palacio en Mayfair. Para hacer justicia al descendiente del "Negro Douglas", diremos que no perdió tiempo y que en menos de tres semanas había convertido a Georgina Mosselmans en Lady Sholto Douglas. Durante algún tiempo disfrutó de la regia mansión de Mayfair y gastó generosamente la fortuna de su mujer.

Pronto se impuso la infortunada Lady de que su esposo la engañaba. Hay motivos para creer que éste sentía especial inclinación por las rubias, y aunque Georgina le perdonó en repetidas ocasiones esas preferencias, probó el Lord ser incorregible y ambos convinieron en recurrir al divorcio.

El Príncipe Abdul

Por este tiempo, según se dice, Lady Georgina se encontraba influenciada por los atractivos del príncipe Burahned-Din, hijo del Sultán Abdul Hamid, famoso como exterminador de los armenios, y que le había prometido dejarlo como sucesor en el trono de Turquía.

Se encontraba el príncipe mirando tristemente una mesa de bacará en Montecarlo, cuando llamó la atención de Lady Georgina. El joven acababa de perder su último billete de mil francos, y como la hubiera conocido algunos días antes, se atrevió a pedirle prestados unos 25.000.

Ocho días después se casaban conforme al rito mahometano, a lo que ella no se pudo negar porque se sentía fascinada por el encanto oriental del príncipe.

Georgina compró para su principesco esposo uno de los hermosos y viejos palacios aristocráticos de Viena, y lo instaló en él para que pudiera vivir como digno hijo del Sultán. Muy pronto comenzó el príncipe a dar lecciones a su mujer de la manera como un verdadero Sultán trata a las suyas, y a los seis meses le informó que, de acuerdo con las leyes mahometanas, podía separarse de ella tan sólo con decirse lo. Con brutal desprecio le dijo que no valía lo que una esposa de segunda clase del harem de su padre. Y por fin, le notificó su voluntad, diciéndole: "Me divorcio de ti, ándate".

De esta manera se encontró arrojada del palacio que ella misma había pagado. El príncipe había estado gastándole la fortuna a razón de cien mil dólares mensuales, lo que no resultaba mucho en comparación de aquellos veinte millones de que quiso aliviarla el conde de Sauvigny.

El último desengaño

Lady Georgina, profundamente desengañada con esta serie de contrariedades, resolvió buscar en Hollywood, la sede del cine, el olvido de sus dolores. Allí logró que se le diera el papel de Cleopatra en una película. Creía, y con razón, que poseía los pies ideales para desempeñar ese rol, pues calzaba el N.º 2, lo que constituye un record de pequeñez. Más cuando supo que sólo le pagarían mil dólares a la semana, apenas lo justo para pagar las chinelas con que debería aparecer en la pantalla, renunció a representar a la Reina del Nilo, y regresó a París. Ahora está en libertad de emprender la conquista de su quinto marido, que bien puede resultarle el Príncipe Azul de la leyenda.

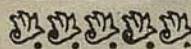
Corresponsal.

Londres, octubre de 1928.



AGUA BLANCA "CASANOVAS"

PARA EXTIRPAR LAS

Pecas, Paños, Barros,
Manchas, Granos, Puntos Negros, Manchas de
Viruela, Etc. 

Hay certificados de distinguidos médicos que acreditan su indiscutible bondad

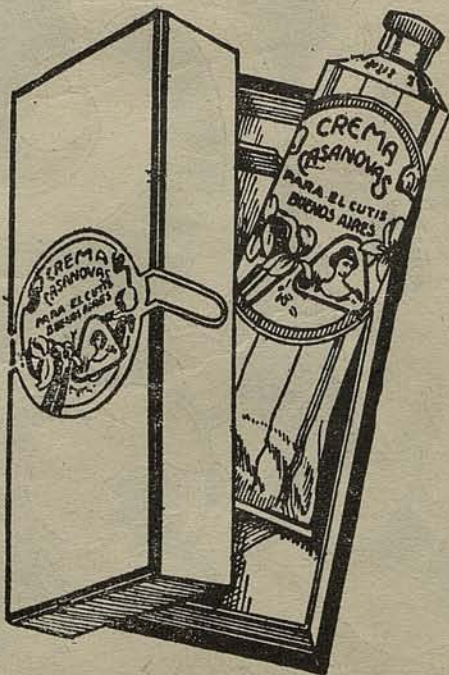
Precio: \$ 12 m/c el frasco
\$ 6 m/c el tubo

De venta en las principales Farmacias y donde los Agentes Generales para Chile:

Droguería del Pacífico S. A.

Suc. de Daube y Cia.

VALPARAISO - SANTIAGO
CONCEPCION Y ANTOFAGASTA



LOS ABRIGUITOS PRACTICOS PARA LOS DIAS FRESCOS EN LA PLAYA



- 1.—En los días bonitos es muy práctico este abrigoito de grueso crepe color limón, con festones y pelerina.
- 2.—El bebé puede llevar este abriquito en crepe de China rosa viejo con tres volantes y un cuello echarpe anudado.
- 3.—Este abrigo es de seda gruesa azul marino con forro rosa. Los botones son de nácar rosa.
- 4.— Para un niño es lindo este abrigo en kasha

- color limón, adornado con incrustaciones de tela negra
- 5.—Abrigo de reps beige con pliegues y festones.
- 6.—Clásico paletó de lana beige con botones de nácar beige
- 7.—Abrigoito de lanilla azul vivo, con bandos en tono más claro.
- 8.—De franela beige con reversos y puños de franela roja bordada de blanco.

El
desinfectante
que toda mu-
jer debe usar
diariamente
para su hi-
giene íntima



PARA LA HIGIENE ÍNTIMA
DE LA MUJER

NEOLIDES

antiseptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligeramente perfumados,
desodorizantes.



Previenen
y alivian
demuchas
dolencias
femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

SAL DIGESTIVA Bémece

M. R.

Bicarbonato de Sosa, Magnesía, Carbonato de Cal

ESPECIFICO DE LAS
ENFERMEDADES
del ESTOMAGO

Ardores y Dolores de ESTOMAGO
Acideces - Flatulencias - Bostezos
Pesadez e Hinchazon de ESTOMAGO
Bochornos - Rojez del Rostro y
Somnolencia despues de las comidas
Dispepsias, Gastritis, Hiperacidéz, etc.

DOSIS Una cucharadita despues de cada comida
de Venta en todas las Farmacias

F I E L

Por — JAVIER DE VIANA

Jesusa está contenta.

Es domingo. Los patrones han hecho atalajar el break y han salido para las carreras.

Los peones se han ido todos para las carreras.

Liborio también. Liborio es el cochero.

Jesusa, después de haber limpiado toda la vajilla, tiene miedo en el caserón inmenso y solitario. Está absolutamente abandonada. Se lava las manos en la pileta, se quita el delantal... En uno de los ganchos de la carne se ve colgado un corazón de vaca. Coge el cuchillo de la cocina, corta un trozo. Junto al muro duerme una caña de pescar; la toma. Sale... la puerta del patio suena al cerrarse. Un gato que dormita sobre el muro se asusta y salta...

Las gallinas picotean en el guardapatio. La chancha overa, echada al sol, hace ¡grun! ¡grun! mientras diez lechoncitos rosados, exprimen las ubres, sacudiendo sin descanso los rabitos filiformes.

Algún pato ventrucho y patiancho, avanza parsimoniosamente, las plumas en desorden, abierto el pico espartulado.

Las gallinas se esponjan y hastiadas de amores, no hacen caso del gallo, que, al pasar junto a ellas, caído el copete, pálidas las caránculas, roza los espolones y ensaya un requiebro por compadrada, sin deseos él también.

Por allá duerme un perro, tirando de tiempo en tiempo, furiosas dentelladas a las moscas que le molestan en su reposo.

Sobre el horcón de la enramada, un hornero, posado en la pared del nido en construcción, medita. Cerquita, entre las ramas de unas tulas escuálidas, sin miedo de pincharse, varias urracas saltan, gritan, se rien dejando en las espigas jirones de sus vestimentas griseas.

Más allá en la copa de los eucaliptos, las cotorras vocean, vocean, armando una farra tan descomunal, y tan sin objeto, que una águila posada en uno de los árboles para descansar un momento, se indigna, agita las alas y tiende serenamente el vuelo.

Jesusa observa durante unos instantes.

Las casas y el campo presentan el silencio triste de las siestas. Hasta se diría que tiene el olor agrio del sudor de las siestas.

Jesusa, lentamente, coge la caña de pescar en una mano, un pedazo de corazón de vaca en la otra, se encamina, paso a paso, hacia la cañada vecina.

Como es primavera y el campo está todo lleno de flores, evita pisar las flores con sus pies calzados con alpargatas floreadas.

Va sola.

Es decir, sola, no. Con la lengua de fuera, trotando despacio la acompaña "Fiel", el perro de Liborio, un perro muy feo, rabón, sin orejas, pelicresco.

Jesusa siente rabia al ver que la sigue el perro de su amado, cuando, su amado se ha ido, y le tira un puntapié. "Fiel" da un brinco y sigue trotando al lado de la moza, con la lengua de fuera, el tronco del rabo erguido y los flancos batiendo como un fuelle.

Jesusa se enoja.

—¡A las casas! — grita al can, señalando las casas con una de sus manos regordetas, morenas, sabrosas como un asado de picana.

"Fiel" se sienta sobre sus patas traseras, y, sin dejar de batir la enorme lengua rosada, fija sus grandes ojos, inteligentes y tristes, en la moza.

—¡A la casa!

"Fiel" no se mueve.

Jesusa reemprende la marcha, vuelta hacia atrás la mirada amenazante.

"Fiel" no se mueve.

Andando, preocupada, aburrida, enojada, la china olvida al perro. El perro se incorpora; sacude el muñón de cola que le resta, sacude la cabeza sin orejas, se lame el hocico, torna a estirar la lengua y trota, oliendo el suelo. Un rastro de perdiz le detiene un instante; ¡al fin es perro!... Se impacienta, duda, reflexiona, pero, como no es hombre, renuncia a su placer y galopa para alcanzar a la patrona, cuya silueta blanca se perdía casi entre las maciegas doradas de la flechilla del bajo...

Jesusa avanzaba con miedo. Le asustó una perdiz volando junto a ella; le asustó una lechuza que graznó a su paso; le asustó un fiandú que, levantado del nido al sentirla; golpeó el pico y agitó los alones.

Empero, criolla, Jesusa continuó su marcha. Llegó al borde de la cañada en cuyas aguas de plata dardeaba el sol primaveral.

Apretando pajas, espinándose con los caraguatás, despreciando las rosetas, haciendo poco caso de los bichos colorados, logró sitio en la ribera, en la barranca, sobre una blanca laguna de cañadón, donde saltaban inocentes las mojarras.

Desenvolvió la línea, tomó el corazón de vaca para cortar la carnada; y al tomarlo vió, echado junto a ella, húmeda la lengua y los ojos, a "Fiel".

A la sombra de los grandes sauces, que bordaban la ribera opuesta, brincaban las mojarras.

Jesusa, con una mano en el anzuelo, se detuvo; posó su otra ma-

CORRESPONDENCIA Por Merlina

Viola del Mar.— Su poema es impubliable.
Julio Salzman.— Lo suyo es necesario consultarlo primero con la gerencia de la Empresa. Ya le daremos la respuesta.

Cholita Negra.— Es imposible conseguir que no quede señal alguna en la piel después de haber sido depiladas las cejas. Cualquiera cold-cream y polvos encima, pueden remediar en parte ese feo aspecto, mucho más notorio cuando la persona es morena. Es verdad que esas zapatillas han pasado de moda. En realidad, no son bonitas. Sin embargo, no se trata de una cosa tan notoria como para que usted no se las pueda poner, hasta que se le acaben.

Ormida.— El específico en cuestión, ya lo hemos dicho, son "Las Pilules Orientales". Con dicho específico, nosotros hemos visto los más variados resultados. A algunas no les ha hecho efecto alguno y a otras les ha hecho un efecto excesivo.

Mirto A.— Usted ha remitido su carta para Borcosque a Santiago, siendo que debe usted enviarla a los Estados Unidos a la dirección que da el señor Borcosque en el propio "Para Todos".

Antihueña molesta.— Use pasta "Colgates" para los dientes. Es un poco áspera y los blanqueará mejor que otra cualquiera.

Por lo demás, el color en los dientes que se mantienen limpios, es condición intrínseca de ellos y por lo tanto invariable. De todos modos, no estaría demás que consultara usted al mejor dentista que encuentre en la localidad, porque un buen aseo a máquina puede resultar eficaz.

El luto por padre debe durar dos años. Uno riguroso y otro de medio luto. A los tres meses, ya puede usted salir normalmente y aun divertirse con discreción.

Naturalmente que nadie se deshonor por que trabaja honradamente y hoy, la mayor parte de las mujeres trabajan, casi tanto como los hombres.

Lectora de "Para Todos".— Tome 125 granos de pan de centeno apenas salido del horno, la clara de cuatro huevos frescos y medio litro de vinagre; bata el conjunto durante bastante tiempo. Filtre por compresión a través de un lienzo y se lava la cara por tres días consecutivos con el líquido recogido. Esto mismo lo puede hacer para blanquear los brazos.

Puede también usted elaborar la siguiente pomada, muy útil para blanquear las manos, la cara y los brazos.

Lanolina 30

Aceite de almendras dulces . . . 10
Glicerina 15
Agua oxigenada 15
Bórax 1
Tintura de benjuí 5

No hay nada más difícil que hacer desaparecer las pecas. Pero ahí van dos recetas más:

Manteca de cacao 10
Aceite de ricino 10
Esencia de Rosas 10 gotas

Aplíquese en la cara por la mañana y por la noche.

Creo que ya le hemos dicho que el agua oxigenada aplicada con una muñeca de algodón por la mañana y por la noche obra así mismo con gran eficacia. Después se lava con glicerina.

Para dirigirse al consultorio sentimental, no tiene usted sino poner en el sobre: "Para Todos" Sección Consultorio Sentimental. Santiago. Casilla 3518.

Gabriela Huick.— Su poema no es del todo malo. Quizás pueda Ud. publicar dentro de algún tiempo. Pero todavía no.

F I E L

no sobre la cabeza del noble amigo echado a sus pies... y tomando el corazón de vaca, se lo ofreció diciéndole:

—¡Tomá!... Está mejor empleado que en usarlo para cazar los pobres pescaditos!...

Y una voz de hombre dijo entonces a su espalda:

—¡No le dé tuito el corazón a mi perro!... ¡Guarde algo pa mí!...

Jesusa, dando un brinco, dejando caer al agua la caña y el cuchillo, se echó en los brazos de Liborio.

"Fiel" abandonando la carniza que había empezado a mascar, saltaba acariciándolos a ambos.

Era perro, "Fiel".



Rodillo para el semblante.

**UNA SILUETA FINA
Es Elegante**

**EL AUTO-MASAJE CON EL
HEWA SAUG-ROLLER**
ELIMINA OBESIDAD, DIABETES, REUMATISMO, GOTA
Y ARTERIOSCLEROSIS.

FÁBRICA DE ARTICULOS DE GOMA
DE JULIO HEERWAGEN

SANTO DOMINGO, N.º 2048
CASILLA 3665 - TELEF. 88915



\$
50



\$
50

ESTA REVISTA

"PARA TODOS"

lo mismo que

Zig-Zag
Sucesos
Los Sports
Don Fausto
El Peneca
Familia

Impresas por la SOC. IMPRENTA Y LITOGRAFIA UNIVERSO, SANTIAGO. (Departamento Empresa "Zig-Zag"), son un exponente del trabajo que hace

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

Y ASI COMO PREDOMINA EN ESTOS TRABAJOS EDITORIALES, ASI PREDOMINA EN PRECIO, CALIDAD Y ATENCION CON SUS DEPARTAMENTOS DE LITOGRAFIA, TRABAJOS TIPOGRAFICOS COMERCIALES, TRABAJOS ENCUADERNADOS, FABRICA DE PAPELERIA Y CUANTA COSA IMAGINABLE SE HACE EN LA INDUSTRIA IMPRENTERA.

SANTIAGO
Ahumada, 32

VALPARAISO
Tomás Ramo, 147

CONCEPCION
Castellón esa. Freire

LAS FLORES Y LOS TIPOS DE BELLEZA FEMENINA



Si Cleopatra fascinó a Antonio con la onda permanente o no, es cosa que no han resuelto aún los egiptólogos más eruditos; pero los archivos del Papiros del Museo del Cairo han revelado un secreto de belleza igualmente importante— secreto que si no era conocido por la Sirena del Nilo, es casi cierto que se hallaba en posesión de sus rivales.

En pocas palabras, muchas, es el secreto que revela que cada mujer simboliza alguna flor especial— una flor de la que debe, si es que quiere ser deseada por todos los hombres, imitar el color, la fragancia y hasta cierto punto los caprichos y actitudes. En otras palabras los accesorios de su toilette y sus modales.

¿Hay algo más sencillo?

De regreso de un viaje a Egipto, vía París, una de las más eminentes embellecedoras de Nueva York ilustra la antigua receta egipcia con un trío de estrellas de la pantalla que toma por modelos: June Collier, Madge Bellamy y Sally Phipps. Dice en parte lo siguiente:

"Mis Collier es estricta y exquisitamente femenina, algo reservada y aristocrática. El suyo es el tipo de la Orquídea y si es suyo es también este tipo debe usar carmín peonía, polvos crema, pintura de ojos color violeta y creyón de labios peonía. Sus colores son particularmente crema y gris, pero también le sentarán las sombras pastel en las ropas.

"Mis Bellamy es otro tipo

distinto. Esta pequeña mujercita tiene la tez aterciopelada, los ojos pardos y húmedos y pelo castaño oscuro. Es el tipo de criatura caprichosa, como si dijéramos "Malcriadita". Es emotiva y de prontos. Si usted se parece a ella, debe usar carmín de un tinte como de fucsia, los polvos más delicados y creyón de labios peonía. Vista tonos pastel suaves, principalmente amarillos y pardos. Su color particular debe ser el coral.

"Mas si usted tiene un tipo de belleza como el de Sally Phipps— de pelo rojizo, aspecto amuchachado, juvenil, el símbolo suyo será la flor llamada "Don Diego". Debe usar usted un toque de carmín púrpura, polvos vivaces, creyón de los ojos oscuros. Su indumento debe ser amuchachado, de tipo ligero, brillante, un poco atrevido".

He aquí, pues, el famoso secreto de belleza egipcia. Es sencillo y muy interesante. ¿Verdad?

LOS OJOS QUE SE ABREN

Por Henri Bordeaux

El, multiplicando sin premura las precauciones oratorias, dijo: —Es, en suma, el consentimiento mutuo, que prohíbe la ley, pero ante el cual la jurisprudencia cierra los ojos. Y, además, ¿cómo desenredar la verdad? Por este medio el procedimiento se simplifica y el público pierde todo interés por un asunto que se ha hecho trivial.

—Pero ¿qué es ello?—insistía la señora joven, que no atendía más que a su caso particular.

—Pues bien: Alberto acepta anticipadamente todas las cláusulas que le convenga a usted imponerle..., con tal que no se pronuncie nombre alguno en los debates.

—¡Ah!—exclamó Isabel sencillamente; y sus ojos se llenaron de lágrimas. Unos instantes después las lágrimas se habían secado y el encantador rostro había recobrado su inmaculada lozanía; de suerte que Felipe pudo dudar de una turbación tan fugaz.

Mas la señora de Molay-Norrois dejó estallar su indignación:

—¡Miserable! ¡Se preocupa de la honra de esa persona!

Y volviéndose hacia su hija la alentaba a la negativa, diciendo:

—Tú no tienes que aceptar condiciones, sólo te corresponde dictarlas. Los jueces, convencidos del mal proceder de tu marido, indudablemente te confiarán tus hijos. ¿Cómo habían de confiarlos, aunque sólo por unos días, al hombre que los abandonó y, sin que le remuerda la conciencia, no se preocupa hoy mismo más que de su querida? Un mal esposo es un mal padre...

—Los jueces no acostumbran a prohibir que un padre se cuide de sus hijos.

—Se lo ha prohibido él mismo. ¿Los reclamó al partir mi hija? ¿Y no se declara pronto a renunciar a ellos para siempre... ¡para siempre!..., con tal que quede a salvo la honra, comprometida, de esa mujer? ¿No es eso monstruoso?

—Falsea usted, señora, los sentimientos de Alberto. Hay obligaciones que se imponen, que un hombre galante no puede rehuir sin degradarse...

—No hay otras obligaciones que las de su hogar.

Felipe, dirigiéndose a la señora de Derize, interpretó un breve párrafo de una de las dos cartas de Alberto.

—¿Y si fuera por un recuerdo de ternura, por piadosa defe-

rencia por lo que él no quisiera disputarle los hijos a la madre? ¿Si diera pruebas con esto de su estimación inalterable, de su confianza?... En cuanto a la pensión que piensa señalarles, le ruega que usted misma fije su cuantía.

Al oír ese final de frase, que facilitaba los arreglos materiales, en que jamás había parado mientes, hizo Isabel un gesto indignado.

—No se trata de eso—dijo muy resuelta.

Un tanto sorprendido por ese desinterés, que le parecía en contradicción con sus discursos anteriores, Felipe insistió sobre otro argumento:

—¿Qué ventajas podía tener para usted un escándalo judicial? ¿Qué beneficio le reportaría? ¿No le basta con que la separación se falle a su favor y con que usted misma decida lo demás? Reflexione usted, si gusta, unos días, señora, antes de tomar una decisión que puede ser tan grave.

Isabel miró a su madre como implorando consejo. En su tersa frente se dibujaba una pequeña arruga vertical, que separaba las cejas. Toda su cara, todo su cuerpo, se atirantaban en un esfuerzo de voluntad anormal, excepcional, sin relación con la belleza infantil de su fisonomía y la despreocupación habitual de sus gestos. No esperó a que la señora de Molay-Norrois diera su parecer.

—Está ya reflexionado—fué su dictamen—. Rehuso. No he de mentir. Diré toda la verdad: tanto peor para aquellos que la encuentren dura.

—Muy bien—aprobó su madre, no sin algún remordimiento secreto, pues con ello no hacía caso de las protestas del señor Molay-Norrois, el cual, desde el regreso de su hija, había impuesto a ambas señoras la evitación de todo escándalo. Pero ella era de esas mujeres virtuosas, ardientes y rectas, que se dejan llevar de la violencia de sus sentimientos.

Felipe Lagier esperaba aquella respuesta. Aquel rasgo de decisión y de sinceridad de Isabel no le disgustaba, y le parecía en ella una novedad digna de atención. Rechazaba todo acuerdo no por venganza o rencor, sino porque ella estimaba que los resultados de la ruptura tenían menos importancia que la ruptura misma. Es regla de conducta muy segura la verdad; mas ¡cuán difícil de se-



El estado de animo

durante el día, depende de cómo hayamos despertado.

Una o dos Tabletas „Bayer“ de Adalina por la noche tranquilizan el sistema nervioso y proporcionan un sueño profundo y reparador.

Al día siguiente despertaremos alegres, con nuevos ánimos y rebosantes de energías.

El secreto de la tranquilidad y del sueño sano son las

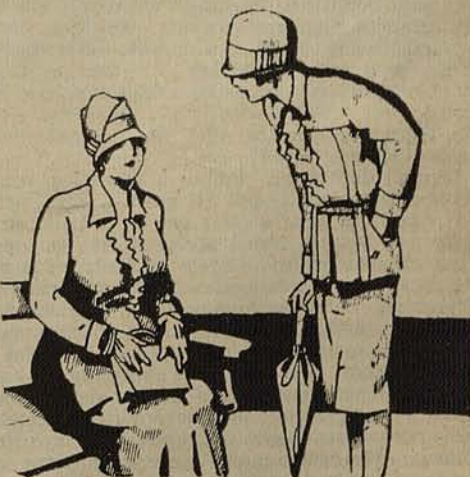
Tabletas Bayer de
Adalina



M. R.

M. R.: a base de Bromodietilacetilurea.

Una
Silueta
Elegante
y Esbelta



no sólo es un signo de belleza, sino también de buena salud. La gordura excesiva indica siempre trastornos del organismo, que a la larga resultan sumamente perjudiciales. Para reducir la obesidad, sin temer efectos perjudiciales sobre el corazón, tómense las

TABLETAS PARA ADELGAZAR "KISSINGA"

que no contienen yodo ni glándula tiroides, y están preparadas con las sales termales de Kissingen, (Alemania).

Para evitar el estreñimiento crónico, de que padecen tantas personas, cuide Ud. de que su intestino funcione correctamente, tomando las

PILDORAS LAXANTES "KISSINGA"

que son el laxativo más agradable para uso continuado.

Píldoras laxantes. Base: Sal therm. Kissingen, Extr. Rhey, Extr. cáscara sagrada, Corteza frangul, Sapo medio. Tabletas para adelgazar. Base: sal therm. Kissingen, Extr. Rhey, Extr. cáscara sagrada, Magnes. ust. Natr. cholein.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS

M. R.

Agentes Generales: Droguería del Pacífico S. A. Suc. de Daube y Cia.

guir y, más aún, de aceptar! No siendo de un carácter complejo ni reflexivo, juzgaba Isabel más sencillo atenerse a ella: al menos la elegía espontáneamente, sin someterse a ninguna influencia.

—Además—añadió la señora de Molay-Norris,—el señor Salvage nos ha prometido que la separación será dictada muy pronto, sin examen de testigos.

—Eso depende—objetó el abogado— del documento que obra en su poder, y que yo ignoro.

—¿Qué documento?

—Sí, la carta a que se hace referencia...

Isabel se puso encarnada, como si la hubieran cogido en una falta, y se creyó obligada a dar una explicación.

—Es una carta bajo sobre neumático. Durante las ausencias de Alberto, y a instancias suyas, yo abría los telegramas y las cartas-telegramas, para informarlo luego de su contenido. Las cartas, nunca. El me había pedido ese favor al principio de estar casados. Es verdad que hacía ya mucho tiempo que yo había dejado de prestárselo. Ese día precisamente esperaba él con impaciencia unas pruebas que no acababan de llegar. Había salido. Tenía yo que telefonarle si llegaban. Creí que las anunciaban. Fué casualidad. Así supe...

Tenía empeño en hacer ver que no vigilaba la correspondencia de su esposo y que cualquier espionaje hubiera sido indigno de ella. Más aún que sus palabras, la expresión de su rostro protestaba contra la sola idea de tal papel. Y en esa actitud de lealtad, su juventud se revestía de un encanto aun más directo.

—¿Quiere usted enseñarme esa carta?—preguntó Felipe, que, por curiosidad o por simpatías, iba ampliando demasiado su misión.

—Pero... ¿para qué?

—La leeré más adelante. Si usted me la comunica, seré yo el único en tener conocimiento de ella antes de los debates. De lo contrario, rodará por los estudios de los procuradores. He venido aquí con carácter conciliador, no de abogado. Y si las circunstancias condenaran sin reserva a Alberto, yo le rogaría que eligiese otro defensor...

—No—respondió Isabel, emocionada;— usted es su amigo: es justo que usted lo defienda. Ya empezaba usted hace un momento. Precisamente me disponía a enviar esa carta cuando usted llegó; el procurador me la ha pedido ya por dos veces. Ahora no tengo ya secretos; mi vida está entregada al público, todo me es igual. Voy a buscarla.

Pero era la vida de otra persona la que ella se disponía a entregar. Mientras volvía, la señora de Molay-Norris confesó a Felipe que tenía prisa por llevarse a Uriage a su hija, a quien la perspectiva nada más de aquel proceso fatigaba, y a los pequeños, que necesitaban del campo. El se interesó por la niña y por su ahijado, y al instante el semblante hostil se desarrugó, iluminándose con una de esas bondadosas sonrisas de abuela que, a fuerza de bregar con la infancia, adquiere otra vez algo de su confiada ingenuidad.

—Aquí tiene usted. Lea pronto—dijo Isabel, entrando nuevamente en el salón, mientras le tendía un sobre, que apenas cogía con la punta de sus dedos, como si tocase con miedo un tizón inflamado.

—Preguntaba por los niños—le explicaba su madre con benevolencia.—¿Dónde están?

—En mi dormitorio. Vamos a buscarlos, mamá.

Felipe comprendía que no querían presenciar su lectura, y él también prefería estar a solas con su antiguo amor.

¡Ana de Sezery, Isabel Molay-Norris, imágenes de su juventud que continuaban emocionándole a través de la vida de Alberto Derize!... ¿Qué se había hecho de la jovencita de San Ismier, tan desconcertante, con sus humoradas y caprichos? Tal como se había presentado aquella mañana a su imaginación, así acudía ahora a la evocación de su memoria, con sus ojos rasgados y dorados, su boca de plegadas comisuras y su doble expresión, de expectación y de cansancio. Más por aquel rostro habían debido pasar los años. Miró su letra y la reconoció, aunque era más recta, más firme, por sus bruscas curvas, sus rasgos incompletos. Y leyó sin detenerse las ocho carillas de delgadísimo papel, que crujían entre sus dedos como hojas secas bajo la pisada que las destruye:

Paris. Hoy viernes.

¿Fué ayer tarde cuando se separó usted de mí, mi amigo, mi amante? Me parece que hace ya mucho tiempo, y, vea usted, soy la primera en ir a su encuentro. ¡Tengo tanto miedo ahora de los minutos que huyen, y que, uniéndose a mis años, deben muy pronto llevarse mi juventud!... Cuando yo era jovencita y estaba muy enervada de mi diminuta corte, cuando usted venía a San Ismier traté a veces de componerme algo, con el fin de agradarle. No tengo habilidad para eso, y me daba tan poca traza que nunca lo logré. ¿No adivinó usted nunca, pues, entonces mi ternura? Ha llevado a la suya diez años de delantera, y, sin que usted la advirtiese, ya lo acompañaba. ¡Ah si fuera suficiente amar para suprimir el tiempo! Pero no basta ser amada para anular los días malos. Después de decir adiós a mi vieja casa de Sezery, que me vendían, a mis tierras, a mis árboles, apenas si he conocido más que aquéllos. En el puente del barco que me conducía a Inglaterra me inclinaba para contemplar el agua, y el agua huía con todos mis ensueños. Me figuraba que arrojaba mi corazón al fondo. ¡Cuánto orgullo no me ha sido preciso para la humilde vida que he llevado! ¡Y cuántas vicisitudes temo ahora que me hayan envejecido y que lo alejen a usted de mí—por conquistar ese grado de trabajo, gracias al cual he podido volver a encontrarme con usted!! ¡Cuánto gozo evocando aquel encuentro!

Hace un año fué. Usted había venido a Londres para asistir a un Congreso de Historia. ¿Recuerda usted nuestra visita a la Torre? Veo aún el lugar donde fueron decapitadas las reinas Ana Bolena y Catalina Howard. Usted resucitó esas pobres muertas, y yo... yo sabía también de la tumba; bien puedo confesarlo hoy. Ningún hombre lleva en sí a tal grado el poder de animar lo pasado, las piedras, y también los corazones faltos de vida.

Pero, con todo, un mes más tarde, cuando yo me instalaba en París para recoger la modesta herencia de mi tía Liéville, a la que debo mi actual independencia, no intenté verlo nuevamente. Temía demasiado su indiferencia y mi recuerdo. Luego vino el estío a separarnos, y yo traté de librarme de un sentimiento que, más fuerte que nunca, se apoderaba de mí. Pero con el otoño regresó usted. Es esa una estación tan intranquila, tan transitoria, que cada día suyo pesa como losa de plomo. Se siente entonces el alma llena de angustia; un alma decaída y henchida de expectación a un tiempo. Se siente uno morir un poco, con la esperanza de renacer. Yo, por mi parte, nunca puedo estar alegre en el otoño, sobre todo ahora que en él descubro incesantemente lo frágil, lo precario de la juventud que se desvanece.

¿Cómo había de rehusar cuando usted ofreció enseñarme un París ignorado, el París histórico, poblado aún de espectros? Cuando era pequeña, me gustaban en Sezery los cuadros de mis antepasados, y, por el placer de sentir miedo, me imaginaba de noche que sus sombras volvían. ¡Oh nuestros hermosos paseos a lo largo de los malecones tibios de sol o de las callejas que usted conocía, y de donde evocaba angustias sombras! ¡Y Saint Germain, y la Malmaison, y ese Chantilly que hemos visitado a fines de otoño, cuando la selva está sin hojas ya y se ve tan lejos dentro de ella, hasta su mismo corazón! Cada expedición nuestra nos unía más el uno al otro. Indudablemente, servían de pábulo a nuestros instintos de indagación, a nuestra fiebre intelectual. Frecuentemente—¿se acuerda usted?—reanudábamos, una por una, aquellas maravillosas hipótesis que satisficaban nuestro anhelo de eternidad. Más era de amor de lo que ambos estábamos ansiosos. Y yo continué temblando. Su vida, me aseguró usted ayer tarde, no puede pasarse ya sin la mía. Mas la mía es de usted para el tiempo que usted quiera. Que se enlace suavemente a la suya sin jamás perjudicarla. Deje usted que le sirva sin apoderarse de ella. ¡Si usted supiera! No tengo ya confianza. Nunca fué muy viva en mí, y estos diez últimos años la han matado. No creo ya en la felicidad que puedo soñar dar, y sacrificaría mi vida por la suya. Vele usted por mi flaqueza, amor mío; ¡me siento tan vieja y tan nueva a la vez!, y le amo.

ANA

Un hombre de negocios es siempre un poco escéptico acerca de la sentimentalidad de las cartas amorosas. Sabe, por los hechos que a ellas van unidas en casi todo sumario, con qué eufemismo o con qué cortedad de miras suelen ser redactadas. Pero Felipe había frecuentado bastante en otra época el castillo de Sezery para no reconocer la sinceridad de la jovencita en aquel tono de apasionada exaltación y de descorazonamiento anticipado. Adivinaba tan sólo en ella un aumento de melancolía y algo como una mayor lasitud oculta. Los ojos debían ser ahora menos dorados; la boca, más deprimida; todo su cuerpo, más demacrado. En suma, debía de haber perdido en parte su encanto físico, lo que explicaría su temor invencible ante el futuro; y tuvo la crueldad de complacerse en todas esas imágenes, que la hacían menos deseable.

La señora de Derize volvió la primera, con sus dos niños. Resultaba beneficiada por aquella tácita comparación. Con aquel acompañamiento infantil y en todo el esplendor de la juventud, parecía asistida de un poder singular.

—¿Leyó usted?—preguntó ella después que hubo besado Felipe a María Luisa y al pequeño Felipe, su ahijado.

Sí, señora; mas según esa carta, ella no era su querida.

Esa interpretación la dejó estupefacta:

—No se burle usted de mí: eso no está bien...

Guiado por su destreza profesional, él había descubierto un argumento que explicó luego, no sin haber protestado de sus intenciones.

—¡Oh señora! Busco, a pesar de usted, a pesar de Alberto, un medio de evitar esta ruptura. Me figuro que si usted querido habría triunfado fácilmente de su... de su rival. Aquí tenemos un amor de cabeza. Las escenas a que se alude no son más que vistas de lugares históricos y el cambio mutuo de cierta exaltación cerebral.

A su vez, entró la señora de Molay-Norris con poca oportunidad. Ciertas personas tienen ese privilegio. Dulcemente, le rogó Isabel se llevase a los niños. María Luisa, que tenía los ojos profundos de su padre, siempre despiertos, y las facciones algo acentuadas, miraba y escuchaba a Felipe con atención, y su madre desconfiaba de la precocidad de esta chiquilla, que desde que partieron de París lanzaba con frecuencia unas preguntas asaz comprometedoras. En cuanto al chiquitín, regordete y rubio, se obstinaba en tirar de una borla de un cojín, que se daba prisa en arrancar, con el fin de llevarse algo.

A solas otra vez con el abogado, Isabel metió la carta en el sobre.

—Ahora que la ha leído usted, no la necesitará ya el procurador. No la enseñaré ya hasta el último momento, ¿no es eso?

—Será lo mejor.

De este modo quedaron frustrados los planes de los pasantes del despacho. Tabourin, quienes, sin pedir parecer a su jefe, habían insistido por dos veces, y con tono oficial, para obtener la pieza

mencionada en la demanda, con el solo objeto científico de adquirir una convicción.

Isabel disculpóse luego de no ser más que una mujer vulgar, de no tener *un alma desencantada y expectante*, una alma otoñal, y de no comprender nada de sutilezas psicológicas. Poco acostumbrada a la ironía, pronto cambió de tono:

—Además, Alberto mismo no ha negado.

—¡Ah! ¿Cómo se defendió?

—No se defendió, me acusó...

—¿A usted?

—Sí, tuvo esa osadía. Se quejó de no sé qué infortunios imaginarios, que trataban en vano de enumerar. Y al preguntarle yo: "¿pues qué te falta?", me contestó: "A ti, nada; a mí, todo". Todo eso es absurdo. Y al amenazarle con irme con mis hijos, no intentó siquiera detenerme. ¿Comprende usted ahora cómo todo ha concluido entre nosotros? Hoy vive con la mujer que Ud. me suplica trate con indulgencia. Es casi vieja, casi fea: que se la guarde. Lo que es yo, no quiero oír hablar más de nada. Se ha concluido para siempre, sí, para siempre. Que me dejen.

Vertió unas lágrimas sinceras, las suficientes para tener más que nunca razón, pero no bastantes para estropear su cutis. Mas esa justa medida no fué calculada: el amor propio padecía en ella tanto como el amor. Adivinóle él, y contempló con más interés la pequeña frente lisa y misteriosa, sombreada por los bien ordenados cabellos; los bellos ojos emocionados, y toda la exuberante juventud, que la pena no había podido alterar. Así, sus frases de consuelo se hicieron persuasivas, y cuando se hubo despedido de la señora de Derize y de la de Molay-Norrois, que no tardó en volver junto a su hija, semejante a una fiel guardia de Corps, no se decía en sus adentros frases lisonjeras sobre la manera, algo ambigua, con que había cumplido su misión. No le quedaba más que esperar la llegada de su amigo, para darle cuenta de su derrota. Ana de Sezery sería puesta en la picota y mostrada a los ojos del vulgo. Isabel Derize lograría en justicia una separación que ya era definitiva.

Al salir, en el malecón del Isère se cruzó con el joven escribiente Malaunay, y no lo vio. Mas éste, que conocía la casa y gustaba de rondarla, aprovechó aquel encuentro para congratularse de su propia clarividencia; irguió la cabeza con aire de triunfo, husmeó el ambiente de la tarde, que a esa hora empezaba a refrescar, y se dijo:

—Mire, qué claro está: traiciona a su cliente. ¿No tenía yo razón en apostar por el marido vencedor?

I V

EL DEMANDADO

La madre de Alberto Derize conservó unos instantes, después de abierto, el telegrama que le anunciaba la llegada de su hijo en el expreso de la tarde. Se sentía sorprendida y contenta. Luego, fué su primer cuidado dirigirse a la cocina, pues gustábase ahorrar todo recargo de trabajo a su doméstica, que era casi tan vieja como ella y que, no habiendo cambiado nunca de colocación, la servía desde hacía cuarenta años.

—Fanchette, no cenaremos hasta las ocho y media.

La que respondía por ese nombre rozagante y juvenil volvió hacia su ama una cara surcada de anchas arrugas y llena de sombro.

—¡A las ocho y media, señora!

En la monotonía de su vida, ordenada como en el claustro, semejante tardanza era un acontecimiento, casi un escándalo. Pero cuando supo que "don Alberto" era el causante de ello, su boca parecía hendirse hasta las orejas en una sonrisa, y bajo las pobladas cejas, sus ojos garzos pestefearon como si los hiriese una luz demasiado viva. Por más que se hubiera hecho un hombre, "don Alberto" no dejaba de ser algo suyo, puesto que lo había tenido en sus brazos al nacer. Y hasta continuaba imaginándose muy pequeño, colmándolo, cuando venía, de menudos cuidados superfluos, y recordándole ciertas circunstancias antiguas y poco cortes, como la de haberse abrasado la rabadilla por sentarse en un brasero. Aunque no tuviese trato más que con sus cacerolas, bien había ella notado que la señora tenía un disgusto desde algún tiempo. Y ¿no había oído contar a los vecinos maliciosos cosas que la aterraban y que hacían referencia a alguna de esas mujeres desvergonzadas a cuyo solo encuentro hay que santiguarse? En seguida ideó atracar de carne y de pasteles al niño pródigo, y propuso todos los platos que él, desde los tiempos más remotos, había honrado con alguna predilección, cosa que tenía siempre tan presente como un saldado sus victorias. Tuvo que limitar ese celo a una sopa casera, a un estofado, espárragos y unos fillos de confitura de albaricoque.

—Lo colocaremos en mi dormitorio—añadió la señora de Derize.—Sacaré las mantas y las sábanas.

—¿Y la señora?

—Ocuparé el cuartito que da al Mediodía.

—El sol lo castiga mucho.

—Sí, pero él necesitará descansar después de un día de tren.

Y las dos ancianas, unidas en un mismo afecto, pusieron con actividad a preparar el mejor recibimiento a aquel que ocupaba sus corazones maternos. Más, entretanto que Fanchette, con la lengua fuera, se absorbía en la vigilancia de su tartera, la señora de Derize, abriendo armarios y combinando sus arreglos para las alcobas, no dejaba de estar inquieta. Desde luego, había interpretado favorablemente el telegrama de Alberto; ese regreso era el

preludio de una reconciliación, el alejamiento de ese París, que tanto temía ella desde lejos, sin conocerlo, como una ciudad mala donde las nociones de la verdad y del error se alteraban, acabando por confundirse. La idea de tener a su hijo a su lado, para ella sola, contribuía también a predisponerla favorablemente. Habitualmente paraba él con su esposa y sus hijos en casa de los Molay-Norrois, cuyo piso era más confortable y más espacioso. Esa infracción a una costumbre establecida, que ella sufría sin decir nada, venía a darle en cierto modo un desquite. ¿Cómo lo mimaría y lo agasajaría! Mas no con exceso: en primer lugar, no está bien mucha blandura con los hombres, y además, merecía ser reñido. Por primera vez desde que dejó de ser niño le daba un verdadero disgusto. Ella no aprobaba, no comprendía su conducta. El matrimonio, según su manera de ver, era una unión indisoluble y sagrada, que sólo la muerte podía romper; que la muerte misma, en cuanto a ella, no había roto al destrozar sin piedad una dicha de una duración harta breve. ¿Qué sería de los hijos si cada uno de los cónyuges se reservaba la libertad de empezar de nuevo su vida? Ellos no habían pedido nacer, y ¿no era preciso después de haberles dado luz del día transmitirles esa otra claridad que es la tradición de familia? ¿Se realizó jamás algo sin mira determinada y una aceptación definitiva? Eso se lo había ella escrito a raíz de conocer la partida de Isabel y la traición que la originaba. Había querido ir a París, pero Alberto le había anunciado que se marchaba. Por cinco veces, con su paso lento, firme todavía se había dirigido no sin hacerse fuerza, a casa de su hija política para exhortarla a la paciencia y al perdón, afrontando las reprimendas de los Molay-Norrois y su tibia acogida, invocando particularmente los intereses de María Luisa y de Felipe, las inocentes víctimas. Más no había logrado ni emocionar, ni convencer a Isabel, y había chocado con una decisión formal y terca. Por otra parte, conocía el carácter entero, imperioso, hasta orgulloso, como suele ser frecuentemente en las naturalezas superiores, de su hijo Alberto; lo había tenido que sufrir algunas veces, confiada siempre en su cariño, en su nobleza de alma y su rectitud. Pero no debe exigirse de los demás la paciencia de una madre. Isabel, al retirarse después de la ofensa, había hecho uso de su derecho. A él le correspondía renunciar a su pasión, volver a anudar los lazos aflojados. Ahora bien: ella comprendía que muy difícilmente se prestaría a eso. Y reflexionando más, la débil esperanza que el telegrama había suscitado levantó vuelo, tal como esos pájaros que penetran en un aposento al acaso, ávidos de volver a encontrarse al aire libre.

Por las ventanas, abiertas, mientras ella iba y venía, penetraba un poco de fresca después del calor del día. En el mes de junio la claridad se prolonga hasta muy tarde, y no era noche todavía, sino esa hora intermedia en que el sol, fatigado, se prepara lentamente a abandonar el horizonte. La señora de Derize comprobaba, con algo de pena, esa amenaza de un fin que no estaba inmediato, que autorizaba para proyectos. Era la hora que ella elegía para visitar el cementerio próximo a San Roch. Los muertos pueden esperar. Se contentó con añadir un poco de agua a un violetero, sobre la cómoda de su alcoba, ante una fotografía, cuyas facciones había atenuado el tiempo y que nunca debió de ser muy clara. Y hastaladeó algo las flores para que el retrato quedara más al descubierto.

—¡Así — pensó ella, — su padre le hablará! ¡Ah, si él hubiera podido educarlo!

Residía ella al oriente de la villa, en un barrio que casi lindaba con el campo. El bulevar de las Despedidas sigue a la largo de las antiguas murallas, plantadas de grandes árboles y cuyos declives están revestidos de menuda y corta hierba. La puerta que lo atraviesa, y que lleva el mismo nombre melancólico, da al hermoso paseo de la Isla Verde, que hay que tomar por el atajo para llegar al cementerio. Todos los duelos fúnebres tienen que pasar por allí. El sentimiento de la muerte está presente sin cesar. Así, no es un lugar muy solicitado por los inquilinos, a pesar de su panorama de arboleda, de pendientes verdes, y, a la izquierda, entre las ramas de alerces y de tilos, del monte Rachais y el de San Eynard, cuyos peñascos, al ponerse el sol, se tiñen de un color brillante, ya rosa, ya violeta.

Ese pequeño piso segundo, de seis piezas, esquina al bulevar y a la calle de Lesdiguières, no lo habitaba la señora de Derize sino desde el casamiento de su hijo. Ella había creído terminada entonces su tarea, y buscó un retiro cercano al cementerio. Hasta esa fecha había vivido, a causa de las visitas de Alberto, en los nuevos barrios que lindan con la Carrera de San Andrés; la gente joven necesita de los espectáculos de movimiento, de actividad, y no vías taciturnas y advertencias de la nada. Cuando ella lo vió con un hogar nuevo y comprendió que en sus viajes a Grenoble él estaba atraído y hasta monopolizado por la sociedad de los Molay-Norrois, donde se envejecían de su reputación creciente, se acercó con toda naturalidad al recinto que encerraba su juventud y su dicha. Allí yacían sus padres, a quienes debía esa fuerza de resistencia que brotaba de su infancia feliz; su marido, a quien ella perdió después de cuatro años de casada y cuya memoria se obstinaba en hacer revivir al cabo de treinta y seis años. Parecía a ella que no había tenido antes tiempo libre para llorarle bastante y que satisfacía así una deuda: ante las avanzadas de la vejez tenemos necesidad de sol y de calor, y se los pedimos a nuestros tiempos desvanecidos. El había fallecido en pleno poder de producción, víctima de un mal fulminante y accidental, precisamente cuando acababa de instalar una de esas fábricas de fuerza motriz que forman ahora la riqueza del Delfinado, utilizando sus to-

rrentes, su *houille blanche*. Sin diploma, vino a ser un precursor. Era la segunda tentativa de elevación de los Derize; ya el padre había sido herido por la muerte antes de lograr el triunfo. De este modo, las familias, con frecuencia, dan dos bosquejos incompletos del descendiente que ha de ennoblecerlas, o son detenidas por la suerte contraria en su desarrollo normal, y no consiguen salir adelante.

Conocida es la época crítica por que atraviesa casi siempre una industria nueva a principios de su explotación. Si falta el jefe, no tarda en verse comprometida. Antes de correr un riesgo que pudiera tener fatales consecuencias, la madre de Alberto, desprovista de fortuna particular, había preferido liquidarlo todo. Esa liquidación no dejaba a su hijo más que una propiedad, una casita en San Martín de Uriage, casi en la montaña, y compuesta de una casavivienda, un cortijo, bosques y praderas, cuya renta ascendía a poco más de dos mil francos y no estaba enteramente libre de gravámenes. Ahí se retiró, en su soledad: la proximidad de la iglesia y la tranquilidad de la campiña la atraían. Alberto no tenía más que tres años. El fué en adelante su única preocupación. Quería ella que realizara el destino malogrado de su padre y de su abuelo. Para crearse algún recurso y poder darle una educación más esmerada, empezó por establecer un colegio de párvulos; cuando ya fué su hijo mayorcito, solicitó y obtuvo para sí, en el servicio de correos de Grenoble, un puesto, modesto al principio, muy luego más adecuado a sus condiciones de orden, de inteligencia y de buena administración. Al dejarle que se buscara a sí mismo, que se descubriera y mostrase a la luz sus aptitudes, adivinando, la primera, su valer, le dió la vida por segunda vez. El la recomendó con el rápido adelanto en sus estudios, con su talento, y más todavía, con su ternura, algo recelosa, algo mudable y taciturna durante las malas épocas, pero que sabía ser a ratos tan confiada, tan delicada, tan profunda, que la anciana, al pensar en ella, sentía humedecerse los ojos y henchirse de una dulce congoja el corazón. Desde que empezó a recoger los primeros frutos de su laboriosidad, exigió que renunciara ella a toda clase de trabajo: ¿no le tocaba a él ahora a su vez? Cuando se casó, si el inmueble de San Martín, procedente de la herencia paterna, y además redimido por él de toda carga, fué inscrito en su contrato y hasta lo hizo valer algo ante los Molay-Norrois, siguió entregando las rentas a su madre, añadiéndole, secretamente, una pequeña pensión, porque no consentía que nadie, ni aun su esposa, se enterase de las últimas peripecias de aquella áspera lucha que su madre y él habían librado con la necesidad, con el fin de que la memoria de su padre, muerto prematuramente, quedase a salvo.

Nada hay que ligue más a las almas fuertes como las pruebas sufridas en compañía, sólo el compartir el cansancio físico hace ya un espíritu de compañerismo y de solidaridad. Durante aquellos años de combate, una intimidad excepcional había unido a la señora de Derize con su hijo. Ella, por seguirlo en sus estudios, había completado su ilustración. ¡Con qué arte de aprender y con qué veneración la había asistido él, solicitando sus consejos para seguir siendo su discípulo! ¡Y cómo sabía ella calmar sus ambiciosos deseos, comunicarle esa virtud tan difícil de adquirir, la más opuesta a las naturalezas vigorosas, y con todo tan indispensable que ningún ardor, ninguna rapidez en el trabajo, pueden suplirla; la paciencia! Como si lo estimara más que a sí misma, lo disuadía de disipar sus fuerzas, de diseminarse, de destruirse por medio del periodismo, de la conferencia, de todas esas obras menudas cuyo primer éxito trae consigo el pedido, y cuya aceptación habitual se trueca prestamente en peligrosa, porque satisface una necesidad de actividad mientras le señala límites agradables. Instintivamente y sin saber explicárselo—¿no se sonreía ella al confesarle el respeto supersticioso que le inspiraban los libros abultados?—comprendía ella que la concentración en un solo objeto, auxiliada por el espíritu de la perseverancia, es la única que puede engendrar obras duraderas. De este modo lo alentaba a los esfuerzos sostenidos y sin duda influyó algo en la composición de su *Historia de obrero en la sociedad moderna*, tan útil hoy, de aquella *Historia del labrador en el siglo XIX*, que había de resumir la vida rústica y mostrar su perdurable nobleza.

Con todo, no se avino nunca a seguirlo a París, fuera porque temía encontrarse desorientada lejos de su centro acostumbrado, fuera porque, en su cabal juicio, no quería tomar posesión de un lugar que pronto había de ser de otra mujer. Desde lejos, con su correspondencia puntual, sostenía ella la buena inteligencia, y las vacaciones los reunían otra vez en su casa de campo de San Martín. El Casamiento de Alberto introdujo cambios en estas vidas tan unidas. Ella los esperaba; pero, con todo, la afligieron, aunque a nadie hizo confidencias. No tuvo ni aun el dolor de renunciar espontáneamente a su influencia como se había prometido desde largo tiempo. Muy enamorado de Isabel indecisa, y cuyos padres tardaban en dar su consentimiento, como deseando subrayar aún más la merced, Alberto, con la impetuosidad y el olvido de la juventud, se dió por entero a sus amores. Creía ella perderlo en absoluto. La nueva familia de que entraba a formar parte, más brillante, más amable, radicaba en un medio ambiente más elegante y lo halagaba, lo embriagaba. No había nacido saciado ya, semejante a esos jóvenes hastiados a quienes nada sorprende ni distrae; saborear ávidamente los placeres sociales y los del lujo. Con frecuencia se encuentra en los escritores y los artistas, cuyo talento exige la observación y el contacto con la vida exterior, algún lado accesible a las más vulgares seducciones del mundo. Las relaciones de los Molay-Norrois eran extensísimas, y practicaban con largueza la hospitalidad. Alberto, al contemplar a su joven esposa, veía reflejarse sobre

su vida una desconocida claridad. Fué durante aquella época cuando la madre se instaló en el bulevar de las Despedidas y empezó a acercarse a lo pasado que cubren las sombras de la muerte, semejante a un viajero que, de la montaña aún iluminada, desciende, a la caída de la tarde, a la llanura. Luego, más tarde, notó ella con tristeza, con remordimiento, que su hija política no la había reemplazado en ese papel eficaz de consejera, que exige una atención y un esfuerzo cotidianos. Temía grandemente que, con su carácter rígido, Alberto llegara hasta los límites del fracaso, que creía vislumbrar. Si intervino, con tacto y dulzura, no fué por tratar de recuperar luego una posición que había abandonado. Pero todo volvió al orden y se serenó, semejante a esos lagos que la tormenta amenaza, mas, luego perdona. El multiplicó los trabajos de provecho, duplicó sus rentas, hacía frente con facilidad a los gastos nuevos, y únicamente buscaba una soledad más celosa aún, para escribir su gran obra que adelantaba, con más lentitud, pero no con menos penetración ni menor arranque y vigor mental. Isabel, por su parte, cuidaba de la salud física de sus dos hijos, hacía visitas, lucía su elegancia, conservaba su bello rostro asombrado y plácido. Y esas apariencias de felicidad disimulaban un drama íntimo que se había revelado bruscamente, y que la madre se reprochaba no haber sabido presentir cuando hubiese sido posible conjurar el peligro...

De este modo esperaba la señora de Derize, y temía, no poco, la llegada de su hijo. Lo recibiría afectuosamente, cierto—para su soledad. ¿No era aquella una fiesta?—pero no le ocultaría su desaprobación. Los niños sobre todo, no le consentían hacer la menor reserva. Con toda su autoridad de madre, y en nombre de todos sus sacrificios pasados, que nunca solía invocar, había de protestar contra un abandono que no podía ser definitivo. Y al exaltarse así en punto a su deber, la pobre señora, que veía morir el día y hacerse más espesa la obscuridad, se sentía cada vez más dominada por la tristeza y el miedo y se encontraba más vieja a medida que se acercaba la hora del regreso.

La alcoba estaba dispuesta, la comida, en su punto; Fanchette empezaba ya a lamentarse del retraso sistemático de los trenes, cuando llamaron a la puerta.

—El es—se dijo la sirvienta, encaminándose, cojeando hacia la puerta.

En el fondo del corredor, con su vestido negro, apenas discernible en la obscuridad, cada vez más intensa, la madre contenía su aliento, más emocionada que si de nuevo se encontrara con su hijo después de una enfermedad. Al momento un: "Buenas noches, Fanchette", franco y claro como siempre, le volvió la tranquilidad. El niño amado no debía de haber cambiado tanto.

—¿Alberto, eres tú?

—¡Mamá!

Le decía "mamá", en vez de "madre", cuando deseaba manifestarle más especialmente su ternura, cuando quería devolverle su poder protector, como en los tiempos en que era pequeño. A la primera palabra le alegraba el corazón. Al venir de la escalera alumbrada la distinguía mal entre las sombras. Ella se adelantó y lo estrechó entre sus brazos. Luego, él se la llevó tras sí al saloncito, donde había luz, y hasta quitó la pantalla de la lámpara para verla mejor. En cada visita hacía, con aire regocijado, esa pequeña inspección, y su mirada penetrante, que pesaba sobre las cosas, juzgaba si la salud y la edad se habían comportado en su ausencia. Ella se aprovechaba también para leer claro en su semblante. Se parecían poco físicamente; él era alto y bien proporcionado, de facciones un poco fuertes, ancha frente, prolongada aún más por una incipiente calvicie, ojos oscuros, pequeños, hundidos, de un fuego reconcentrado, y esa sultura de movimientos que presta tanta flexible seducción a un hombre joven todavía; ella, delgada, descolorida, eclipsada, marchita, sin otra cosa de personal más que sus ojos, unos ojos azules claros, cuya expresión profunda decía a un tiempo lucidez y candor y era así como un indicio de una nobleza de alma espontánea e irreductible unida a un criterio seguro. Como volvieran a abrazarse, con cualquier pretexto insignificante, presentóse Fanchette con un gesto suplicante y trágico, que no podía tener más que un sentido; había que pasar inmediatamente al comedor. Es un buen procedimiento para comprenderse mejor y estar de acuerdo, y, sin embargo, después de haber cambiado algunas frases volvieron a quedarse silenciosos y a sentirse de nuevo distanciados. Pensaban los dos en lo que no decían. Después de la sopa, cuando la vieja criada se retiró para traer los otros platos, la señora de Derize, admirada de la calma que en ella sucedía a la agitación, afrontó de lleno el obstáculo:

—¿Vienes a reconciliarte con tu mujer?

El irguió la cabeza, que había inclinado hacia el mantel, y con acento más autoritario, más seco, replicó:

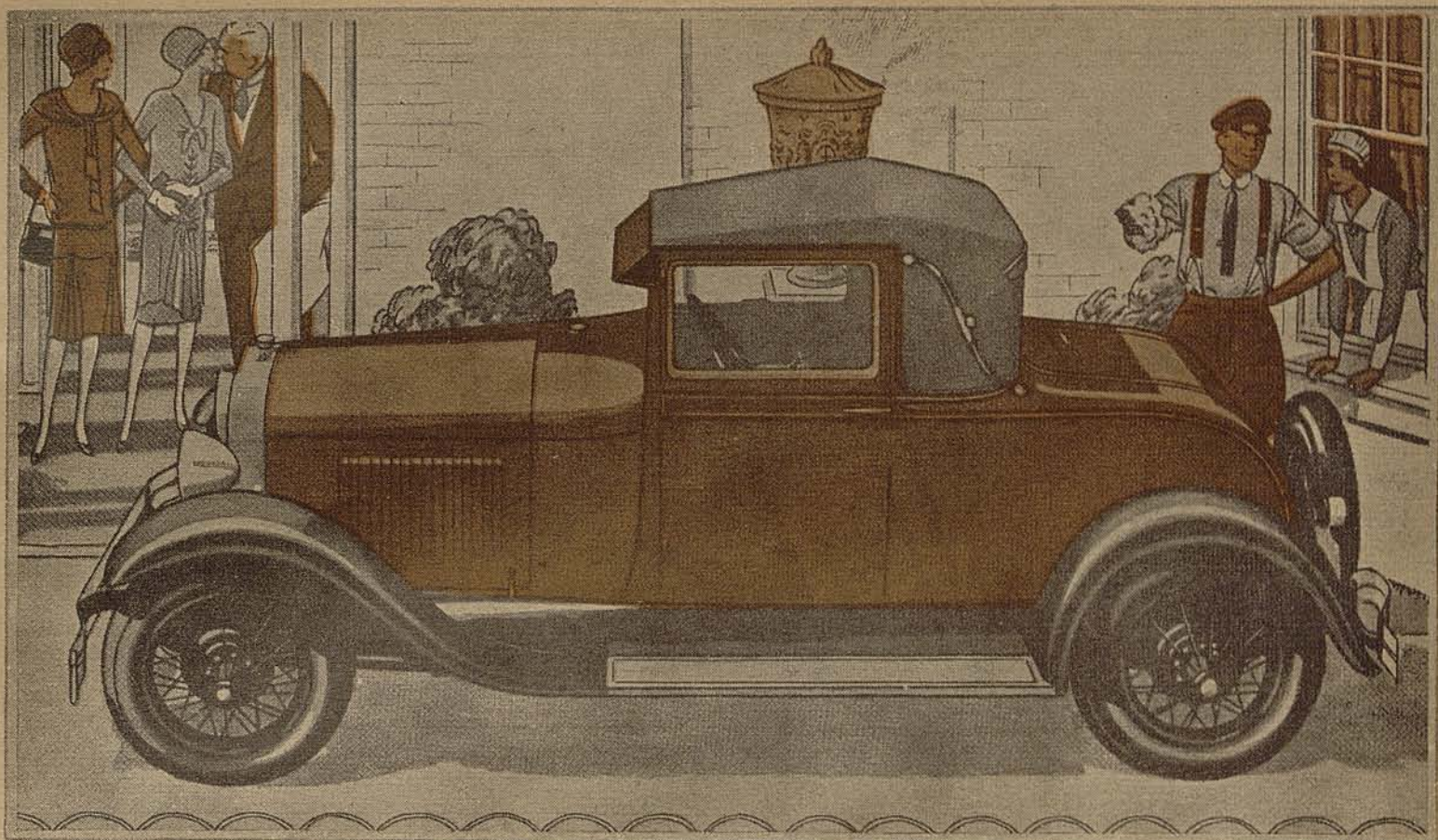
—No.

Ella desconfiaba siempre de sí misma antes de dar un paso; mas una vez dado, todos sus temores se desvanecían. La negación brutal de su hijo no la detuvo.

—Oye Alberto—volvió a decir ella,—un hombre puede padecer la fuerza de las pasiones, puede cometer errores, lo creo. Sin el apoyo de Dios somos débiles, y tú lo has olvidado, por cierto. Más cuando se posee un hogar, unos hijos, se pertenece uno a ellos. Nada en el mundo tiene el poder de eximirlo a uno de la carga.

Al instante pudo leer el resultado de su exhortación en las facciones endurecidas de su hijo. Tenía su más distante, su más inaccesible expresión: en derredor suyo se levantaban altas murallas. Protegido y fuerte, dió explicación con entera libertad de espíritu.

(Continuará)



El nuevo FORD es la idea más completa del automovilismo moderno

"El Nuevo Ford, ha dicho Mr. Ford", es más que un nuevo automóvil,—es más que un nuevo modelo,—*es la expresión más avanzada en transporte económico y moderno.*

El Nuevo Ford responde instantáneamente en el tráfico más denso, como en la montaña y en la carretera y esto sucede por razones mecánicas sencillas de explicar, pues el progreso que la Ford Motor Company ha efectuado en el nuevo Ford es base de legítimo orgullo para toda la industria automovilística.

FACILIDAD DE MANEJO

Estas características de la dirección unidas a otros innumerables perfeccionamientos del Nuevo Ford, hablan de por sí para explicar su facilidad de manejo y el asombroso desempeño en todas las condiciones y en todas partes.

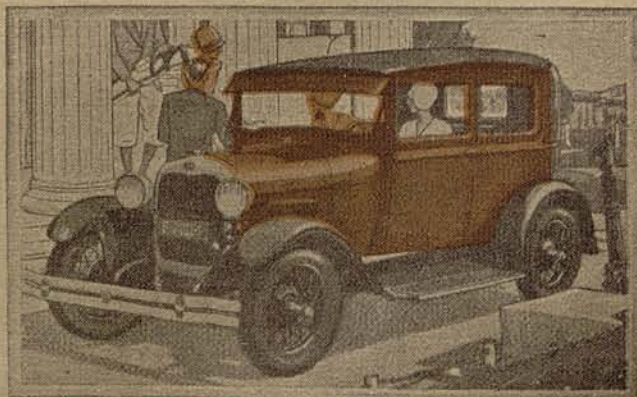
Con su poderoso motor de 40 caballos a sólo 2200 revoluciones por minuto, su caja de cambios, construídas al igual que las más costosas, su sistema de suspensión que hace del Nuevo Ford un coche muy suave, el nuevo producto Ford se coloca a la vanguardia y lo hace ideal para el novicio, para las damas y, en resumen, para los que quieren un auto que "vaya y vuelva".

CONFIANZA EN TODO MOMENTO

La confianza que en todo momento inspira el Nuevo Ford se debe a que *se sabe* que es un automóvil que responde a cualquier deseo de su conductor.

Así se puede ir a 80 o más kilómetros por hora y saber que el sistema de seis frenos reduce esa velocidad en pocos metros.

Se sabe que por más lejos que se vaya hay un gasto moderado de combustible y que en cada pueblo hay un Agente Ford gustoso para "servir bien".



FORD MOTOR COMPANY
SANTIAGO DE CHILE



CINZANO

M.R.

VERMOUTH